

Teología CONCISA

UNA GUÍA A LAS
CREENCIAS DEL
CRISTIANISMO
HISTÓRICO

J. I. PACKER

AUTOR DE *“Conociendo a Dios”*



[p ii]

Publicado por

Editorial **Unilit**

Miami, Fl. 33172

Derechos reservados

Primera edición 1998

© 1993 por Foundation for Reformation

Originalmente publicado en inglés con el título:

Concise Theology por Tyndale House Publishers, Inc.

Wheaton, Illinois

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, procesada en algún sistema que la pueda reproducir, o transmitida en alguna forma o por algún medio—electrónico, mecánico, fotocopia, cinta magnetofónica u otro—excepto para breves citas en reseñas, sin el permiso previo de los editores.

Traducido al español por: Andrés Carrodegua

Citas bíblicas tomadas de la Santa Biblia, revisión 1960

© Sociedades Bíblicas Unidas

Otras citas marcadas B.d.l.A. “Biblia de las Américas”

© 1986 The Lockman Foundation

Usadas con permiso.

Producto 498209

ISBN 1-56063-949-0

Ex Libris Eltropical

Contenido

Prefacio

PRIMERA PARTE: DIOS REVELADO COMO CREADOR

Revelación La Escritura es la palabra de Dios

Interpretación Los cristianos podemos comprender la palabra de Dios

Revelación General Dios es real, y esto es conocido de todos

Culpa El efecto de la revelación general

Testimonio Interno El Espíritu Santo es quien autentica las Escrituras

Autoridad Dios gobierna a su pueblo por medio de las Escrituras

Conocimiento El verdadero conocimiento de Dios procede de la fe

Creación Dios es el creador

Revelación de Sí Mismo “Éste es mi nombre”

Existencia En Sí Mismo Dios siempre ha sido

Su Trascendencia La naturaleza de Dios es espiritual

Su Omnisciencia Dios ve y sabe

Su Soberanía Dios reina

Su Omnipotencia Dios es omnipresente y omnipotente

Predestinación Dios tiene un propósito

Trinidad Dios es uno y tres

Santidad Dios es luz

[p iv]

Bondad Dios es amor

Sabiduría La voluntad doble de Dios es una sola

Misterio Dios es incomparablemente grande

Providencia Dios gobierna este mundo

Milagros Dios manifiesta su presencia y su poder

Su Gloria La manifestación de la gloria de Dios exige que nosotros le demos gloria

Idolatría Dios exige una fidelidad total

Ángeles Dios utiliza agentes sobrenaturales

Demonios Dios tiene enemigos sobrenaturales

Satanás Los Ángeles caídos tienen un caudillo

Humanidad Dios hizo a los seres humanos a su imagen

El Ser Humano Los humanos son cuerpo y alma, en dos géneros

SEGUNDA PARTE: DIOS REVELADO COMO REDENTOR

La Caída La primera pareja humana pecó

El Pecado Original La depravación infecta a todos
Incapacidad Los seres humanos caídos son libres y esclavos a un tiempo
El Pacto Dios lleva a los humanos llenos de pecado a un pacto de gracia
La Ley Dios legisla, y exige obediencia
La Ley En Acción La ley moral de Dios tiene tres propósitos
Conciencia Dios nos enseña y purifica nuestro corazón
Adoración Dios nos da unas pautas litúrgicas
Los Profetas Dios envió mensajeros para que proclamaran su voluntad
La Encarnación Dios envió a su Hijo para salvarnos
[p v]
Dos Naturalezas Jesucristo es totalmente humano
El Nacimiento Virginal El nacimiento de Jesucristo fue milagroso
Maestro Jesucristo proclamó el reino y la familia de Dios
Impecabilidad Jesucristo estaba totalmente libre de pecado
Obediencia Jesucristo cumplió con la voluntad redentora de su Padre
Vocación La misión de Jesucristo fue revelada durante su bautismo
La Transfiguración Cómo fue revelada la gloria de Jesucristo
La Resurrección Jesucristo fue levantado de entre los muertos
La Ascensión Jesucristo fue alzado a los cielos
Su Sesión Jesús reina en los cielos
Mediación Jesucristo es el mediador entre Dios y el hombre
El Sacrificio Jesucristo hizo expiación por el pecado
Redención Definida Jesucristo murió por los elegidos de Dios

**TERCERA PARTE:
DIOS REVELADO COMO
SEÑOR DE LA GRACIA**

El Paráclito El Espíritu Santo les ministra a los creyentes
Salvación Jesús rescata a los suyos del pecado
Elección Dios escoge a los suyos
El Llamado Eficaz Dios atrae a los suyos hacia Sí
La Iluminación El Espíritu Santo da comprensión espiritual
Regeneración El cristiano nace de nuevo
Obras Las buenas obras son una expresión de la fe
Arrepentimiento El cristiano cambia radicalmente
[p vi]
Justificación La salvación es por gracia, por medio de la fe
Adopción Dios hace hijos suyos de los que forman su pueblo
Santificación El cristiano crece en la gracia
Libertad La salvación trae consigo libertad
Legalismo Trabajar por el favor divino nos quita el derecho a Él

Antinomianismo No hemos sido liberados para pecar
Amor Amar es algo básico dentro de la conducta del cristiano
Esperanza La esperanza es básica en la postura cristiana
Iniciativa El cristiano vive para agradar a Dios
Oración Los cristianos practican la comunión con Dios
Juramentos Y Votos Los cristianos deben ser veraces
Reino De Dios Los cristianos deben manifestar el estilo de vida del Reino
Apóstoles Los representantes de Jesús ejercieron la autoridad de Él
Iglesia Dios forma una nueva comunidad con los suyos
Palabra Y Sacramento Cómo identificar a una iglesia genuina
Ancianos Los pastores deben cuidar de la iglesia
Sacramentos Cristo instituyó dos sellos del pacto con Dios
Bautismo Este rito manifiesta la unión con Cristo
La Santa Cena Este rito manifiesta comunión con Cristo
Disciplina La iglesia debe mantener en alto las normas cristianas
Misión Cristo envía a la iglesia al mundo
Dones Espirituales El Espíritu Santo equipa a la iglesia
Matrimonio El matrimonio tiene por propósito ser un pacto de relación permanente
La Familia El hogar cristiano es una unidad espiritual
El Mundo Los cristianos están en la sociedad para servirla y transformarla
El Estado Los cristianos deben respetar el gobierno civil

[p vii]

CUARTA PARTE:
DIOS REVELADO COMO
SEÑOR DEL DESTINO

Perseverancia Dios mantiene seguro a su pueblo
Pecado Imperdonable Sólo la impenitencia carecerá de perdón
Mortalidad Los cristianos no tienen que temer a la muerte
Segunda Venida Jesucristo regresará a la tierra en gloria
Resurrección General Los muertos en Cristo resucitarán en gloria
Trono Del Juicio Dios juzgará a toda la humanidad
Infierno Los malvados serán lanzados a una angustia que no tendrá fin
Cielo Dios recibirá a los suyos en el gozo eterno

Prefacio

ESTA OBRA PRESENTA EN BREVE ESPACIO aquellas cosas que a mi entender son los puntos esenciales y permanentes del cristianismo, vistos al mismo tiempo como un sistema de creencias y como una forma de vida. Otros tendrán ideas diferentes sobre la forma en que se debería perfilar el cristianismo, pero ésta es la mía. Es reformada y evangélica, y como tal, sostengo que es histórica y clásica dentro de la corriente central del cristianismo.

Esta información, que fue planificada en primer lugar para una Biblia de estudio y que ahora ha sido revisada, tiene un contenido bíblico intencional y, como otros de mis escritos, está salpicada de textos que se deben buscar. Propongo que es así como debe ser, porque para el cristianismo resulta básico recibir las enseñanzas bíblicas como instrucciones dadas por Dios, que proceden, tal como señalara Calvino, de su misma boca santa, por vía de agentes humanos. Si ciertamente las Escrituras son Dios mismo predicando y enseñando, como siempre ha sostenido el gran cuerpo de la iglesia, entonces el primer distintivo de la buena teología es que busca hacerse eco de la Palabra divina con toda la fidelidad de la que es capaz.

La teología es en primer lugar la actividad de pensar y hablar acerca de Dios (teologizar), y en segundo, el producto de dicha actividad (la teología de Lutero, o de Wesley, o de Finney, o de Wimber, o de Packer, o de quien sea). Como actividad, la teología es toda una urdimbre de disciplinas relacionadas entre sí, aunque distintas: la aclaración de textos (exégesis), la síntesis de lo que dicen sobre los temas que tratan (teología bíblica), el estudio de la forma en que se ha [p x] expresado la fe en el pasado (teología histórica), su formulación para el día de hoy (teología sistemática), el descubrimiento de sus implicaciones en cuanto a la conducta (ética), su elogio y defensa como verdad y sabiduría (apologética), la definición de la tarea cristiana en el mundo (misionología), la acumulación de recursos para la vida en Cristo (espiritualidad) y la adoración corporativa (liturgia), y la exploración del ministerio (teología práctica). Los próximos capítulos, aunque esquemáticos, se adentran en todos estos aspectos.

Recordando que el Señor Jesucristo no llamó *jirafas*, sino *ovejas* a aquéllos que Él quería alimentar, he tratado de mantener las cosas dentro de la mayor sencillez posible. Alguien le dijo en cierta ocasión al arzobispo William Temple que él había hecho muy sencilla una cuestión compleja; él se sintió encantado y dijo de inmediato: “Señor, tú que me hiciste sencillo, hazme más sencillo aún”. Me identifico con Temple, y he tratado de mantener mi cabeza en sintonía con estos sentimientos.

Tal como les digo con frecuencia a mis estudiantes, la teología es para la doxología y la consagración; esto es, para alabar a Dios y practicar la santidad. Por consiguiente, se la debe presentar de tal forma que nos haga conscientes de la presencia divina. La teología se halla en su momento más sano cuando se halla conscientemente bajo el ojo del Dios de quien habla, y cuando está cantando para su gloria. Esto también lo he tratado de tener presente.

Estos cortos estudios de grandes temas me parecen, ahora que los he hecho, como los viajes relámpago por Inglaterra que las compañías emprendedoras de autobuses organizan para los visitantes de Estados Unidos (quince minutos en Stonehenge, dos horas en Oxford, teatro y noche en Stratford, hora y media en York, una tarde en el Distrito Lake... ¡vaya!). Cada uno de los capítulos no es más que una nota esquemática. Con todo, me atrevo a tener la esperanza de que mi material tan comprimido, “empacado por Packer” como está, se pueda expandir en la mente de los lectores para levantar su [p xi] corazón hacia Dios, de la misma forma que una forma diferente de aire caliente levanta a los globos y sus pasajeros hacia el cielo. Ya veremos.

La frecuencia con que cito la Confesión de Westminster podrá molestar a algunos, puesto que soy anglicano, y no presbiteriano. Sin embargo, puesto que esta Confesión fue hecha con la intención de ampliar los Treinta y nueve Artículos, y la mayoría de los que le dieron forma eran clérigos anglicanos, y puesto que es algo así como una obra maestra, “el fruto más maduro de la redacción de credos en la Reforma”, tal como la llamara B. B. Warfield, creo que tengo derecho a valorarla como parte de mi herencia anglicana reformada, y usarla como uno de mis principales recursos.

Reconozco con agradecimiento la mano escondida de mi tan admirado amigo R. C. Sproul, de quien procede la idea que fue el germen de varios de estos esquemas. Aunque difieran nuestros estilos, pensamos de manera muy semejante, y hemos cooperado felizmente en una serie de proyectos. He descubierto que a veces nos llaman “la mafia reformada”, pero las palabras duras no rompen huesos, y seguimos adelante.

También les debo dar las gracias a Wendell Hawley, mi editor, y LaVonne Neff, mi correctora de estilo, por su colaboración y paciencia de muchas formas. Trabajar con ellos ha sido un privilegio y un placer.

[p 13]



PRIMERA PARTE

DIOS REVELADO
COMO CREADOR

REVELACIÓN

LA ESCRITURA ES LA PALABRA DE DIOS

Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las tablas.

Éxodo 32:16

El cristianismo es el verdadero culto y servicio al verdadero Dios, Creador y Redentor de la humanidad. Es una religión que se apoya en la revelación: nadie sabría la verdad acerca de Dios, ni se podría relacionar con Él de una manera personal, si Él no hubiera actuado primero para darse a conocer. Pero Dios ha actuado así, y los sesenta y seis libros de la Biblia, treinta y nueve escritos antes de venir Cristo, y veintisiete después de que hubo venido, constituyen juntos el registro escrito, interpretación, expresión y prototipo de su autorrevelación. Dios y la santidad son los temas que unen toda la Biblia.

Desde un punto de vista, las Escrituras (*Escrituras* significa “escritos”) son el fiel testimonio de los santos a favor del Dios al que ellos amaron y sirvieron; desde otro punto de vista, y por un ejercicio exclusivo mediante el cual Dios dominó su composición, son el testimonio y las enseñanzas del propio Dios, con forma humana. La Iglesia les llama “Palabra de Dios” a estos escritos, porque tanto su autor como su contenido son divinos.

La seguridad decisiva de que las Escrituras proceden de Dios y están compuestas en su totalidad por su sabiduría y verdad, procede de Jesucristo, y de sus apóstoles, que enseñaron en su nombre. Jesús, Dios encarnado, consideraba su Biblia (nuestro Antiguo Testamento) como las instrucciones escritas de su [p 16] Padre celestial, que Él tenía que obedecer tanto como los demás (Mateo 4:4, 7, 10; 5:19–20; 19:4–6; 26:31, 52–54; Lucas 4:16–21; 16:17; 18:31–33; 22:37; 24:25–27, 45–47; Juan 10:35), y que había venido a cumplir (Mateo 5:17–18; 26:24; Juan 5:46). Pablo describe el Antiguo Testamento como totalmente “inspirado por Dios”; esto es, producto del Espíritu (“aliento”) de Dios, de la misma manera que el cosmos (Salmo 33:6; Génesis 1:2) y escrito para enseñar a la cristiandad (2 Timoteo 3:15–17; Romanos 15:4; 1 Corintios 10:11). Pedro sostiene el origen divino de las enseñanzas bíblicas en 2 Pedro 1:21 y 1 Pedro 1:10–12, y esto mismo hace con la forma en que cita los textos el autor de la epístola a los Hebreos (Hebreos 1:5–13; 3:7; 4:3; 10:5–7, 15–17; cf. Hechos 4:25; 28:25–27).

Puesto que las enseñanzas de los apóstoles sobre Cristo son en sí mismas verdad revelada en palabras enseñadas por Dios (1 Corintios 2:12–13), con todo derecho, la iglesia considera los escritos apostólicos auténticos como aquellos que completan las Escrituras. Pablo ya se refería a las cartas de Pablo como parte de las Escrituras (2 Pedro 3:15–16), y es evidente que Pablo está llamando Escrituras al evangelio de Lucas en 1 Timoteo 5:18, donde cita las palabras de Lucas 10:7.

La idea de unas líneas directrices escritas procedentes de Dios mismo, como base para una vida santa, se remonta al acto divino de escribir el Decálogo en tablas de piedra, e indicarle después a Moisés que escribiera sus leyes y la historia de su trato con su pueblo (Éxodo 32:15–16; 34:1, 27–28; Números 33:2; Deuteronomio 31:9). Interiorizar este material, y vivir de acuerdo con él, fue siempre central en la consagración genuina de Israel, tanto para los líderes como para la gente común y corriente (Josué 1:7–8; 2 Reyes 17:13; 22:8–13; 1 Crónicas 22:12–13; Nehemías 8; Salmo 119). El principio de que todo debe ser gobernado por las Escrituras; esto es, por el Antiguo Testamento y el Nuevo tomados en conjunto, es igualmente básica para el cristianismo.

Lo que dicen las Escrituras, es Dios quien lo dice, porque, de una manera sólo comparable al misterio de la Encarnación, [p 17] más profundo aún, la Biblia es al mismo tiempo humana por completo, y divina por completo. Por consiguiente, debemos recibir todo su variado contenido—historias, profecías, poemas, cánticos, escritos sapienciales, sermones, estadísticas, cartas y cualquier otra cosa—como procedente de Dios, y debemos reverenciar todo cuanto enseñan los escritores de la Biblia como instrucción de origen divino y poseedora de toda autoridad. Los cristianos nos debemos sentir agradecidos a Dios por el don de su Palabra escrita, y aplicarnos con ahínco a fundamentar nuestra fe y nuestra vida total y exclusivamente en ella. De no hacerlo así, nunca lo podremos honrar ni agradecer como Él nos llama a hacerlo.

INTERPRETACIÓN

LOS CRISTIANOS PODEMOS COMPRENDER LA PALABRA DE DIOS

Dame entendimiento, y guardaré tu ley, y la cumpliré de todo corazón.

Salmo 119:34

Todos los cristianos tienen el deber y el derecho, no sólo de aprender de la herencia de fe de la Iglesia, sino también de interpretar las Escrituras por sí mismos. La Iglesia de Roma tiene dudas sobre esto, y alega que a la persona sola le es fácil hacer una interpretación errónea de las Escrituras. Esto es cierto, pero las siguientes reglas, si se observan con fidelidad, ayudarán a impedir que esto suceda.

Todos los libros de las Escrituras son de composición humana, y a pesar de que siempre se los debe venerar como Palabra de Dios, su interpretación debe comenzar por su carácter humano. Por consiguiente, la alegorización, que no tiene en cuenta el significado expresado por el escritor humano, no es adecuada nunca.

Ninguno de sus libros está escrito de manera codificada, sino de una forma que podían entender los lectores a los cuales iba dirigido. Esto es cierto, incluso con respecto a los libros que usan primariamente del simbolismo: Daniel, Zacarías y Apocalipsis. El argumento principal siempre está claro, aunque los detalles aparezcan nublados. Por eso, cuando comprendemos las palabras utilizadas, el fondo histórico y las convenciones culturales del escritor y de sus lectores, vamos por buen camino para captar los pensamientos que se están presentando. No obstante, la comprensión espiritual—esto es, el discernimiento de la realidad de Dios, sus formas [p 19] de tratar a la humanidad, su voluntad presente y nuestra propia relación con Él ahora y para el futuro—nunca nos alcanzará a partir del texto, hasta que sea quitado el velo de nuestro corazón y podamos compartir la pasión del propio autor por conocer, agradar y honrar a Dios (2 Corintios 3:16; 1 Corintios 2:14). Aquí hace falta orar para que el Espíritu de Dios engendre esta pasión en nosotros y nos muestre a Dios en el texto. (Véanse Salmo 119:18–19, 26–27, 33–34, 73, 125, 144, 169; Efesios 1:17–19; 3:16–19).

Cada uno de los libros tiene su lugar dentro del progreso de la revelación de su gracia por parte de Dios, que comenzó en el Edén y alcanzó su punto cimero en Jesucristo, Pentecostés y el Nuevo Testamento apostólico. Debemos tener presente ese lugar cuando estudiemos el texto. Por ejemplo, los Salmos, que sirven de modelo para el corazón de los santos de todas las épocas, expresan sus oraciones y alabanzas en función de las realidades típicas (reyes y reinos terrenales, salud, riquezas, guerra, larga vida) que circunscribían la vida de la gracia en la era precristiana.

Todos y cada uno de los libros proceden de la misma mente divina, de manera que las enseñanzas de los sesenta y seis libros que componen la Biblia serán complementarias entre sí, y tendrán coherencia interna total. Si no somos capaces de ver esto, el fallo está en nosotros, y no en las Escrituras. Es cierto que las Escrituras no se contradicen entre sí en ningún lugar; al contrario, los pasajes se explican unos a otros. Este sólido principio de interpretar las Escrituras por medio de otras Escrituras recibe algunas veces el nombre de “analogía de las Escrituras”, o “analogía de la fe”.

Cada uno de los libros presenta verdades inmutables con respecto a Dios, a la humanidad, a la santidad y la impiedad, aplicadas a situaciones concretas en las cuales se hallaron ciertas personas y grupos humanos, y ejemplificadas por ellas. La etapa final en la interpretación bíblica consiste en reaplicar estas verdades a nuestra propia situación vital; ésta es la forma de discernir lo que Dios nos está diciendo desde [p 20] las Escrituras a nosotros en este momento. Tenemos ejemplos de aplicaciones así en el momento en que Josías se da cuenta de la ira de Dios porque Judá no ha sabido observar su ley (2 Reyes 22:8–13), o cuando Jesús razona a partir de Génesis 2:24 (Mateo 19:4–6), o Pablo usa Génesis 15:6 y el Salmo 32:1–2 para mostrar la realidad de la justicia presente por la fe (Romanos 4:1–8).

No se debe tratar de hallar en las Escrituras, ni imponerles tampoco, significado alguno que no se pueda sacar con toda certeza de las mismas Escrituras; esto es, que no sea expresado de manera inequívoca por uno o más de sus escritores humanos.

La minuciosa y piadosa observancia de estas reglas es distintivo de todo aquel cristiano que “usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15).

[p 21]

REVELACIÓN GENERAL

DIOS ES REAL, Y ESTO ES CONOCIDO DE TODOS

*Los cielos cuentan la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia la obra de sus manos.*

Salmo 19:1

El mundo de Dios no es un escudo que esconda el poder y la majestad del Creador. A partir del orden de la naturaleza, es evidente que existe un Creador majestuoso y lleno de poder. Pablo lo afirma en Romanos 1:19–21, y en Hechos 17:28 pone por testigo a un poeta griego de que los humanos han sido creados por Dios. Afirma también que la bondad de este Creador se hace evidente en su generosa providencia (Hechos 14:17; cf. Romanos 2:4), y que al menos algunas de las exigencias de su santa ley son conocidas por la conciencia de todos los seres humanos (Romanos 2:14–15), junto con la incómoda certeza de un juicio retributivo al final de todo (Romanos 1:32). Estas evidentes certezas constituyen el contenido de la revelación general.

La revelación general recibe este nombre, porque todos la reciben, sólo en virtud de estar vivos dentro del mundo de Dios. Esto ha sido así desde el comienzo de la historia humana. Dios actúa para hacerles conocer estos aspectos de sí mismo a todos los seres humanos, de manera que en todos los casos, el no ser agradecido con el Creador y no servirlo en justicia constituya un pecado contra el conocimiento, y las declaraciones de que no se ha recibido este conocimiento no se deben tomar con seriedad. La revelación universal por parte de Dios de su poder, de que Él es digno de alabanza, y de sus exigencias morales, es la base para la acusación que le [p 22] hace Pablo a toda la raza humana, declarándola pecadora y culpable ante Dios, por no servirlo como debe (Romanos 1:18–3:19).

Ahora, Dios ha complementado la revelación general con una revelación más clara de sí mismo como Salvador de los pecadores a través de Jesucristo. Esta revelación, manifestada en la historia y compendiada en las Escrituras, y que abre la puerta de la salvación para los perdidos, suele recibir el nombre de “revelación especial”, o “específica”. Comprende la expresión verbal explícita de todo lo que nos dice la revelación general acerca de Dios, y nos enseña a reconocer esa revelación en el orden de la naturaleza, en los sucesos de la historia y en la composición de los seres humanos, de manera que aprendamos a ver al mundo entero, en expresión de Calvino, como un teatro de la gloria de Dios.

[p 23]

CULPA

EL EFECTO DE LA REVELACIÓN GENERAL

“Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó.”

Romanos 1:19

Las Escrituras dan por sentado, y la experiencia lo confirma, que los seres humanos tienen inclinación natural por alguna forma de religión, y con todo, no adoran a su Creador, cuya revelación general de sí mismo lo da a conocer de manera universal. Ni el ateísmo teórico, ni el monoteísmo moral son naturales en nadie: el ateísmo es siempre una reacción contra una creencia preexistente en Dios o en dioses, y el monoteísmo natural sólo ha venido a aparecer a raíz de la revelación especial.

Las Escrituras explican este estado de cosas, diciéndonos que el egoísmo pecaminoso y la aversión a lo que nuestro Creador proclama sobre sí mismo conducen a la humanidad a la idolatría, la cual significa la transferencia de nuestra adoración y homenaje a algún poder u objeto diferente al Dios Creador (Isaías 44:9–20; Romanos 1:21–23; Colosenses 3:5). De esta forma, los humanos apóstatas “detienen con injusticia la verdad” y cambian “la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Romanos 1:18, 23). Sofocan y mitigan tanto como pueden la conciencia que les da la revelación general de que hay un Juez-Creador trascendente, y adhieren su indestructible sensación de que existe lo divino a objetos indignos de ello. Esto conduce a su vez a una drástica decadencia moral, con su consiguiente angustia, como primera manifestación de la ira de Dios contra la apostasía del ser humano (Romanos 1:18, 24–32).

[p 24] Hoy en día, la gente idolatra en el occidente, y de hecho adora una serie de objetos seculares, como la empresa, la familia, el fútbol, y sentimientos placenteros de diversas clases. La decadencia moral sigue siendo la consecuencia, tal como lo era cuando los paganos adoraban ídolos físicamente reales en los tiempos bíblicos.

Los seres humanos no pueden suprimir por entero su sensación de que hay un Dios, ni la de su juicio presente y futuro; Dios mismo no está dispuesto a permitirselo. Siempre queda algún sentido de lo que es correcto o incorrecto, y de que somos responsables ante un Juez divino que es santo. En nuestro mundo caído, todos aquéllos cuya mente no se halla deteriorada de alguna forma, tienen una conciencia que en algunos puntos los

guía, y que de vez en cuando los condena, diciéndoles lo que deberían sufrir por las maldades que han cometido (Romanos 2:14 ss.), y cuando la conciencia habla en esos términos, constituye en verdad la voz de Dios.

En cierto sentido, la humanidad caída es ignorante con respecto a Dios, puesto que aquello que la gente quiere creer, y de hecho cree, acerca de los destinatarios de su adoración, falsifica y distorsiona la revelación de Dios, de la cual no pueden escapar. No obstante, en otro sentido, todos los seres humanos siguen estando conscientes de que hay un Dios, y se sienten culpables, además de tener incómodos indicios de que se aproxima un juicio que ellos no quisieran que se produjera. Sólo el Evangelio de Cristo puede poner paz en este perturbador aspecto de la situación del ser humano.

[p 25]

TESTIMONIO INTERNO

EL ESPÍRITU SANTO ES QUIEN AUTENTICA LAS ESCRITURAS

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas.

1 Juan 2:20

¿Por qué creen los cristianos que la Biblia es la Palabra de Dios, un grupo de sesenta y seis libros que forman una sola obra edicada a nuestra instrucción, en la cual Dios nos revela la realidad de la redención por medio de Jesucristo, el Salvador? La respuesta es que Dios mismo ha confirmado esto por medio de lo que llamamos el “testimonio interno del Espíritu Santo”. Ésta es la forma en que lo expresa la Confesión de *Westminster* (1647):

El testimonio de la Iglesia nos puede mover e inducir a una alta y reverente estima de las Santas Escrituras. Y lo celestial que es su material, lo eficaz que es su doctrina, lo majestuoso que es su estilo, la concordancia entre todas sus partes, el motivo del todo (esto es, darle toda la gloria a Dios), el descubrimiento pleno que hace del único camino de salvación para el hombre, las otras excelencias incomparables, tan numerosas, y toda su perfección, son argumentos por medio de los cuales presenta abundantes evidencias de que es la Palabra de Dios; sin embargo, a pesar de todo esto, nuestra persuasión plena y seguridad con respecto a su infalible verdad y autoridad divina procede de la obra que hace el Espíritu Santo en nuestro interior, dándonos testimonio por medio de la Palabra y junto con ella en nuestro corazón. (1:5)

El testimonio del Espíritu a favor de las Escrituras es semejante a su testimonio a favor de Jesús, del que encontramos que se habla en Juan 15:26 y 1 Juan 5:7 (cf. 1 Juan 2:20, 27). No [p 26] es cuestión de impartir información nueva, sino de iluminar unas mentes anteriormente oscurecidas para que discernan la divinidad al darse cuenta del incomparable efecto que tiene: en un caso, el efecto provocado por el Jesús del Evangelio, y en el otro, el provocado por las palabras de las Santas Escrituras. El Espíritu resplandece en nuestro corazón para darnos la luz del conocimiento de la gloria de Dios, no sólo de manera que brille el rostro de Jesucristo (2 Corintios 4:6), sino también para que brillen las enseñanzas de las Santas Escrituras. La consecuencia de este testimonio es un estado mental en el cual tanto el Salvador como las Escrituras se nos evidencian a sí mismos como divinos—Jesús, una persona divina; las Escrituras, un producto divino—de una forma tan directa, inmediata y cautivadora como aquélla en la que se nos ponen de evidencia los gustos y los colores, imponiéndose a nuestros sentidos. En consecuencia, no nos sigue siendo posible dudar de la divinidad de Cristo o de la Biblia.

Así es como Dios autentica ante nosotros las Santas Escrituras como Palabra suya; no por medio de alguna experiencia mística, o información secreta susurrada en privado en algún oído interior, ni tampoco por medio de los argumentos humanos solos (por fuertes que sean), o por el testimonio de la Iglesia solo (por impresionante que sea cada vez que contemplemos la historia de estos dos mil años pasados). Más bien, Dios lo hace por medio de la luz exploradora y el poder transformador que utilizan las Escrituras para dar evidencias de que son divinas. Los efectos que producen esta luz y este poder son en sí mismos el testimonio del Espíritu “por la Palabra y con la Palabra en nuestro corazón”. Los argumentos, los testimonios de otras personas, y nuestras propias experiencias personales nos podrán preparar para recibir este testimonio, pero impartirlo, al igual que sucede con la fe en Cristo como Salvador divino, es prerrogativa exclusiva del Espíritu Santo en su soberanía.

La iluminación del Espíritu, que da testimonio a favor de la divinidad de la Biblia, constituye una experiencia universal entre los cristianos, y así ha sido desde el principio, aunque muchos cristianos no hayan sabido ponerla en palabras, o manejar la Biblia de una manera que esté de acuerdo con ella.

[p 27]

AUTORIDAD

DIOS GOBIERNA A SU PUEBLO POR MEDIO DE LAS ESCRITURAS

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.

2 Timoteo 3:16

El principio cristiano de la autoridad bíblica significa, por una parte, que Dios tiene el propósito de dirigir la fe y la conducta de su pueblo por medio de la verdad revelada que aparece en las Santas Escrituras; por otra, que todas nuestras ideas acerca de Él deben ser medidas, probadas, y corregidas y aumentadas cuando sea necesario, en función de las enseñanzas bíblicas. La autoridad como tal es el derecho, la exigencia, la capacidad, y por extensión, el poder para dominar. En el cristianismo, la autoridad le pertenece al Dios Creador, que nos hizo para conocerlo, amarlo y servirlo, y su forma de ejercer su autoridad sobre nosotros es por medio de la verdad y la sabiduría de su Palabra escrita. Así como desde el punto de vista humano, todos los libros de la Biblia fueron escritos para mover a un servicio más constante y profundo a Dios, también desde el punto de vista divino, toda la Biblia tiene este propósito. Y, ya que el Padre le ha dado ahora al Hijo autoridad ejecutiva para gobernar el cosmos en su nombre (Mateo 28:18), las Escrituras funcionan en la actualidad precisamente como el instrumento del señorío de Cristo sobre sus seguidores. Todas las Escrituras son como las cartas de Cristo a las siete iglesias (Apocalipsis 2–3) en este aspecto.

¿Dónde se puede hallar hoy la verdad de Dios llena de autoridad? Se dan tres respuestas, y cada una de ellas apela a la Biblia de su propia forma.

[p 28] Las iglesias Católica Romana y Ortodoxa hallan la verdad de Dios, según ellas creen, en las interpretaciones de las Escrituras que se hallan incorporadas a su propia tradición y consenso. Consideran que la Biblia es la verdad que nos ha entregado Dios, pero insisten en que es la iglesia la que debe interpretarla, y que es infalible cuando lo hace.

Por contraste, aquellos clasificados como liberales, radicales, modernistas o subjetivistas encuentran la verdad de Dios en los pensamientos, las impresiones, los juicios, las teorías y las especulaciones que las Escrituras despiertan en su propia mente. Al mismo tiempo que desechan el concepto neotestamentario sobre la inspiración de las Escrituras, y no tratan su Biblia como un documento digno de confianza, o que está formado por transcripciones del pensamiento divino que son absolutas y están llenas de autoridad, se sienten confiados en que el Espíritu los guía a ellos a escoger y desechar de una manera tal, que el resultado obtenido es sabiduría procedente de Dios.

En cambio, el protestantismo histórico halla la verdad de Dios en las enseñanzas de las Escrituras canónicas como tales. Recibe estas Escrituras como inspiradas (esto es, producto del aliento divino, 2 Timoteo 3:16), inerrantes (esto es, totalmente ciertas en todo cuanto afirman), suficientes (esto es, que nos dicen todo cuando Dios nos quiere decir, y todo cuanto necesitamos saber para la salvación y la vida eterna) y claras (esto es, directas y que se interpretan a sí mismas en todas las cuestiones de importancia).

Las dos posiciones primeras tratan a los juicios humanos sobre la Biblia como decisivos para la verdad y la sabiduría; la tercera, al mismo tiempo que valora la herencia de la iglesia en cuanto a convicciones, y aprecia las exigencias de coherencia que lleva consigo el pensamiento racional, somete de manera sistemática todos los pensamientos humanos a las Escrituras, las cuales toma seriamente como canon. La palabra *canon* significa regla o norma. Las dos posiciones primeras hablan de las Escrituras como canon, pero no las toman **[p 29]** con una seriedad total como regla operativa para la fe y la vida. De esta forma, en la práctica, no aceptan totalmente su autoridad, y por consiguiente, su profesión de cristianismo, aunque sea sincera, resulta defectuosa.

[p 30]

CONOCIMIENTO

EL VERDADERO CONOCIMIENTO DE DIOS PROCEDE DE LA FE

*Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar:
en entenderme y conocerme que yo soy Jehová,*

*que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra;
porque estas cosas quiero, dice Jehová.*

Jeremías 9:24

En 1 Timoteo 6:20–21, Pablo advierte a Timoteo contra “la falsamente llamada ciencia (en griego, *gnosis*), la cual profesando algunos, se desviaron de la fe”. Pablo está atacando las tendencias teosóficas y religiosas que se desarrollaron hasta convertirse en el gnosticismo del siglo II. Los que enseñaban estas creencias y prácticas les decían a los creyentes que debían ver su consagración cristiana como una especie de primer paso algo confuso en el camino hacia el “conocimiento”, y los exhortaban a dar más pasos dentro de ese camino. Estos maestros consideraban al orden material como algo carente de valor, y al cuerpo como una prisión para el alma, y trataban la iluminación como la respuesta total a las necesidades espirituales de los seres humanos. Negaban que el pecado tuviera parte alguna en el problema, y la “ciencia” que ofrecían sólo tenía que ver con conjuros, contraseñas celestiales, y disciplinas de misticismo y despegue de la realidad. Habían clasificado de nuevo a Jesús como un maestro sobrenatural que había tenido aspecto de humano, aunque no lo era; negaban la Encarnación y la Expiación, y reemplazaban el llamado hecho por Cristo a una vida santa con recetas para desarrollar el ascetismo, o concesiones a la vida licenciosa. Las cartas de Pablo a Timoteo (1 Timoteo 1:3–4; [p 31] 4:1–7; 6:20–21; 2 Timoteo 3:1–9); Judas 4, 8–19; 2 Pedro 2 y las dos primeras cartas de Juan (1 Juan 1:5–10; 2:9–11, 18–29; 3:7–10; 4:1–6, 5:1, 12; 2 Juan 7–11) se oponen de manera explícita a las creencias y las prácticas que emergerían más tarde bajo la forma del gnosticismo.

En contraste con esto, las Escrituras hablan de “conocer” a Dios como el ideal para la persona espiritual: esto es, llegar a una plenitud de fe y relación que traiga salvación y vida eterna, y produzca amor, esperanza, obediencia y gozo. (Véanse, por ejemplo, Éxodo 33:13; Jeremías 31:34; Hebreos 8:8–12; Daniel 11:32; Juan 17:3; Gálatas 4:8–9; Efesios 1:17–19; 3:19; Filipenses 3:8–11; 2 Timoteo 1:12). Las dimensiones de este conocimiento son intelectuales (conocer la verdad acerca de Dios: Deuteronomio 7:9; Salmo 100:3); volitivas (confiar en Dios, obedecerlo y adorarlo en función de esa verdad) y morales (practicar la justicia y el amor: Jeremías 22:16; 1 Juan 4:7–8). La fe—conocimiento se centra en Dios encarnado, Cristo Jesús hombre, el mediador entre Dios y nosotros los pecadores, por medio del cual llegamos a conocer a su Padre como Padre nuestro (Juan 14:6). La fe busca conocer de manera concreta a Cristo y a su poder (Filipenses 3:8–14). El conocimiento de la fe es el fruto de la regeneración, la entrega de un corazón nuevo (Jeremías 24:7; 1 Juan 5:20), y de la iluminación del Espíritu (2 Corintios 4:6; Efesios 1:17). La relación de conocimiento es recíproca, e implica afecto y pacto por ambas partes: nosotros conocemos a Dios como nuestro, porque Él nos conoce a nosotros como suyos (Juan 10:14; Gálatas 4:9; 2 Timoteo 2:19).

Todas las Escrituras nos han sido entregadas para ayudarnos a conocer a Dios de esta forma. Esforcémonos por usarlas de la manera correcta.

[p 32]

CREACIÓN

DIOS ES EL CREADOR

*¡Cuán innumerables son tus obras,
oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría;
la tierra está llena de tus beneficios*

Salmo 104:24

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Lo hizo por decreto, sin que hubiera ningún material preexistente; su decisión de que existieran las cosas (“Sea...”) fue la que les dio el ser y las formó en su orden, con una existencia que depende de su voluntad, aunque es distinta de la suya. Padre, Hijo y Espíritu Santo estuvieron involucrados juntos en esto (Génesis 1:2; Salmos 33:6, 9; 148:5; Juan 1:1–3; Colosenses 1:15–16; Hebreos 1:2; 11:3). Debemos tener en cuenta los puntos siguientes:

(a) El acto creador es un misterio para nosotros; en él hay cosas que no podemos comprender. Nosotros no podemos crear por decreto, y no sabemos cómo pudo hacerlo Dios. Decir que creó “a partir de la nada” equivale a confesar el misterio, no a explicarlo. En particular, no podemos concebir de qué forma una existencia dependiente puede ser al mismo tiempo distinta, ni cómo los ángeles y los seres humanos, en su existencia dependiente, en lugar de ser autómatas, pueden ser criaturas capaces de tomar decisiones libres, de las cuales

son moralmente responsables ante su Hacedor. Sin embargo, las Escrituras nos enseñan en todo momento que así son las cosas.

(b) El espacio y el tiempo son dimensiones del orden creado; Dios no está “dentro” de ninguno de los dos, ni está atado a ninguno de ellos, como nos sucede a nosotros.

(c) Puesto que el orden del mundo no se ha creado a sí mismo, tampoco se puede sostener a sí mismo, como le sucede [p 33] a Dios. La estabilidad del universo depende de que Dios lo sostenga continuamente; este ministerio le pertenece concretamente al Hijo divino (Colosenses 1:17; Hebreos 1:3), y sin él, todas las criaturas, de todas las clases, incluyéndonos a nosotros, dejarían de ser. Esto es lo que Pablo les dijo a los atenienses: “él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas... En él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:25, 28).

(d) La posibilidad de intrusiones de tipo creador (por ejemplo, los milagros del poder creador, la creación de nuevas personas por medio de la actividad procreadora humana; la reorientación de los corazones humanos y de nuestros anhelos y energías en la regeneración) es tan antigua como el mismo cosmos. Hasta qué punto Dios, en su actividad de sostenernos, continúa creando realmente cosas nuevas, es algo que no se puede explicar en función de nada que haya sucedido antes, y está más allá de nuestro poder saberlo; sin embargo, ciertamente su mundo permanece abierto a su poder creativo en todos sus puntos.

Saber que Dios creó el mundo que nos rodea, y a nosotros como parte de él, es un punto básico de la religión verdadera. Debemos alabar a Dios como Creador, a causa del orden maravilloso, la variedad y la belleza de sus obras. Hay salmos como el Salmo 104, que son modelo de este tipo de alabanza. Debemos confiar en Dios como Señor soberano, poseedor de un plan eterno que abarca sin excepción todos los acontecimientos y los destinos, y con poder para redimir, crear de nuevo y renovar; esa confianza se vuelve racional cuando recordamos que estamos confiando en el Creador omnipotente. Cuando nos damos cuenta de que nuestra existencia misma depende, momento tras momento, del Dios creador, encontramos adecuado llevar una vida de entrega, consagración, gratitud y lealtad a Él, y nos parece algo escandaloso no hacerlo. La piedad comienza aquí, con Dios, el Creador soberano, como primer centro de nuestros pensamientos.

[p 34]

REVELACIÓN DE SÍ MISMO

“ÉSTE ES MI NOMBRE”

Además dijo Dios a Moisés; Así dirás a los hijos de Israel: Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Éste es mi nombre para siempre; éste es mi memorial por todos los siglos.

Éxodo 3:15

En el mundo moderno, el nombre de una persona no es más que una etiqueta para identificarlo, como un número, y se le podría cambiar sin que perdiera nada. En cambio, los nombres de la Biblia tienen por fondo cultural la extendida tradición de que los nombres personales proporcionan información, al describir de alguna forma quién es la persona. El Antiguo Testamento celebra constantemente el hecho de que Dios le ha dado a conocer su nombre a Israel, y los salmos dirigen una y otra vez su alabanza hacia el nombre de Dios (Salmos 8:1; 113:1–3; 145:1–2; 148:5, 13). Aquí, “nombre” significa Dios mismo, tal como se ha revelado por palabra y por obra. En el corazón mismo de esta revelación de sí mismo se halla el nombre con el que autorizó a Israel a invocarlo: *Yahwé*, como lo escriben los eruditos modernos, *Jehová*, como se solía escribir, o *el Señor*, como aparece en numerosas versiones del Antiguo Testamento.

Dios le declaró su nombre a Moisés cuando le habló desde la zarza que ardía continuamente sin consumirse. Comenzó por identificarse como el Dios que se había comprometido por medio de un pacto con los patriarcas (cf. Génesis 17:1–14); después, cuando Moisés le preguntó cuál le podría decir al [p 35] pueblo que era su nombre (porque los antiguos daban por supuesto que las oraciones sólo eran oídas si se decía de manera correcta el nombre de aquél a quien iban dirigidas), Dios le dijo primero: “Yo soy el que soy”; después lo acortó para decir “Yo soy”, y terminó llamándose “YHWH (nombre que suena como “yo soy” en hebreo, y que algunas versiones sustituyen por la expresión “El Señor”); el Dios de vuestros padres” (Éxodo 3:6, 13–16). El nombre, en todas sus formas, proclama su realidad soberana, eterna, que se sostiene en sí misma y toma decisiones por sí misma; ese modo sobrenatural de existir del que era señal la zarza ardiente. Podríamos decir que la zar-

za era la ilustración tridimensional con la que Dios estaba presentando su propia vida inagotable. “Éste es mi nombre para siempre”, dijo; esto es, su pueblo debía pensar siempre en Él como el rey viviente, dominante, potente, que nada ni nadie puede atar o disminuir, tal como la zarza ardiente manifestaba que era (Éxodo 3:15).

Más tarde (Éxodo 33:18–34:7), Moisés pide ver la “gloria” de Dios (su manifestación de sí digna de adoración), y en respuesta, Dios “proclamó el nombre de Jehová” de esta forma: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado...” En la zarza ardiente, Dios había respondido a esta pregunta: ¿Cómo existe Dios? Aquí, responde a esta otra: ¿Cómo se comporta Dios? Este anuncio fundamental de su personalidad moral tiene frecuente eco en textos posteriores de las Escrituras (Nehemías 9:17; Salmo 86:15; Joel 2:13; Juan 4:2). Todo esto forma parte de su “nombre”, es decir, de la revelación que Él hace de su naturaleza, por la cual ha de ser adorado para siempre.

Dios completa esta revelación sobre la gloria de su personalidad moral, al llamarse a sí mismo “Jehová, cuyo nombre es Celoso” (Éxodo 34:14). Esto hace eco de lo que dijo sobre sí en la ratificación del segundo mandamiento, al mismo tiempo que lo hace resaltar (Éxodo 20:5). El celo que afirma tener, [p 36] se relaciona con el pacto: es la virtud del amante entregado, que quiere la lealtad total de aquélla a quien se ha comprometido a honrar y servir.

En el Nuevo Testamento, las palabras y los hechos de Jesús, el Hijo encarnado, constituyen una revelación plena del pensamiento, las actitudes, los caminos, planes y propósitos de Dios Padre (Juan 14:9–11; cf. 1:18). En el Padrenuestro, las palabras “santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9) expresan el anhelo de que la primera persona de la Divinidad sea reverenciada y alabada como lo merece el esplendor de la revelación de sí que Él ha hecho. Dios es digno de recibir gloria por todas las glorias de su nombre; esto es, su gloriosa revelación de sí en la creación, la providencia y la gracia.

[p 37]

EXISTENCIA EN SÍ MISMO

DIOS SIEMPRE HA SIDO

*Antes que naciesen los montes y formases la tierra
y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios*

Salmo 90:2

Los niños preguntan a veces: “¿Quién hizo a Dios?” La respuesta más clara consiste en decirles que nunca fue necesario hacer a Dios, porque Él siempre ha existido. Él existe de una forma distinta a la nuestra: nosotros, sus criaturas, existimos de una manera frágil, finita, derivada y dependiente, pero nuestro Hacedor existe de una manera necesaria, eterna, en la que se sostiene a sí mismo; necesaria, esto es, en el sentido de que Dios no tiene en sí la posibilidad de dejar de existir, así como nosotros no tenemos en nuestro ser la de vivir para siempre. Es necesario que envejeczamos y muramos, porque forma parte de nuestra naturaleza actual que nos suceda esto; en cambio, Dios continúa inmutable para siempre, de manera necesaria, porque forma parte de su naturaleza el que sea así. Éste es uno de los numerosos contrastes entre la criatura y el Creador.

La existencia de Dios en sí mismo es una verdad básica. Al comenzar su presentación del Dios desconocido ante los idólatras atenienses, Pablo les explicó que este Dios, el Creador del mundo, “no es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” (Hechos 17:23–25). Tanto en las religiones tribales de hoy, como en la Atenas de la antigüedad, el pensamiento es el mismo: los sacrificios ofrecidos a los ídolos son una forma de mantener vivo a su dios; en cambio, el Creador no necesita de ningún sistema de apoyo como éste. [p 38] Losteólogos crearon la palabra *aseidad*, que significa que Él tiene vida en sí mismo y extrae de su propio ser su inagotable energía (en latín, *a se* significa “de sí mismo”), para expresar esta verdad que la Biblia presenta de manera clara (Salmos 90:1–4; 102:25–27; Isaías 40:28–31; Juan 5:26; Apocalipsis 4:10).

En teología, son innumerables los errores que se originan de la suposición de que las condiciones, certezas y límites de nuestra propia existencia finita se aplican también a Dios. La doctrina de su aseidad se levanta como baluarte contra todos estos errores. En nuestra vida de fe, nos es fácil empobrecernos a base de abrazar una idea de Dios demasiado limitada y pequeña, y una vez más, la aseidad se levanta como baluarte para im-

pedir que esto suceda. Es vital para nuestra salud espiritual que creamos que Dios es grande (cf. Salmo 95:1–7), y captar la verdad de su aseidad es el primer paso en el camino para lograrlo.

[p 39]

SU TRASCENDENCIA

LA NATURALEZA DE DIOS ES ESPIRITUAL

Jehová dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?

Isaías 66:1

“Dios es espíritu”, le dijo Jesús a la mujer samaritana junto al pozo (Juan 4:24). Aunque es un ser totalmente personal, Dios no vive en un cuerpo y por medio de él, como nosotros, y por tanto, no está anclado dentro de un marco temporo-espacial. De esta realidad, y del hecho de que Él tiene existencia en sí mismo y no está marcado como nosotros por la desintegración personal (falta de concentración y de control) que el pecado ha producido en nosotros, se derivan varias cosas.

En primer lugar, Dios no está limitado ni por el espacio (está en todas partes y en toda su plenitud continuamente) ni por el tiempo (no hay “momento presente” en el que se encuentre encerrado, como nosotros). Los teólogos se refieren a la libertad que tiene Dios con respecto a los límites y las ataduras como su infinitud, su inmensidad y su trascendencia (1 Reyes 8:27; Isaías 40:12–26; 66:1). Puesto que es Él quien sostiene todas las cosas para que existan, también tiene siempre presentes todas las cosas en todos los lugares, en su relación propia con su plan y propósito totales para cada cosa y cada persona de su mundo (Daniel 4:34–35; Efesios 1:11).

En segundo lugar, Dios es inmutable. Esto significa que es totalmente coherente: puesto que es perfecto por necesidad, no puede cambiar ni para mejorar ni para empeorar; y puesto [p 40] que no se halla inmerso en el tiempo, no está sujeto a cambios, como les sucede a las criaturas (2 Pedro 3:8). Lejos de hallarse desconectado e inmóvil, Él se halla siempre activo en su mundo, haciendo constantemente que broten cosas nuevas (Isaías 42:9; 2 Corintios 5:17; Apocalipsis 21:5), pero en todo esto expresa su carácter perfecto con una coherencia también perfecta. Precisamente, es la inmutabilidad de su carácter la que garantiza que cumplirá las palabras que ha dicho y los planes que ha hecho (Números 23:19; Salmo 33:11; Malaquías 3:6; Santiago 1:16–18), y es esta inmutabilidad la que explica por qué, cuando una persona cambia de actitud hacia Él, también cambia su actitud hacia esa persona (Génesis 6:5–7; Éxodo 32:9–14; 1 Samuel 15:11; Jonás 3:10). La idea de que esta inmutabilidad de Dios comprende una impasible indiferencia ante lo que está sucediendo en este mundo, es diametralmente opuesta a la verdad.

En tercer lugar, los sentimientos de Dios no se hallan fuera de su control, como les sucede a los nuestros con tanta frecuencia. Los teólogos expresan esto diciendo que Dios es impasible. No quieren decir con esto que carezca por completo de sentimientos, sino que cuanto Él siente, al igual que cuanto hace, es cuestión de una decisión voluntaria y deliberada suya, y se halla incluido en la unidad de su ser infinito. Dios nunca es víctima nuestra, en el sentido de que le hagamos sufrir donde Él no haya escogido primero sufrir. No obstante, abundan las Escrituras que expresan la realidad de las emociones de Dios (gozo, angustia, ira, agrado, amor, odio, etc.), y es un gran error olvidar que Dios siente, aunque de una forma necesaria que trasciende la experiencia emocional de los seres finitos.

En cuarto lugar, todos los pensamientos y las acciones de Dios involucran todo su ser. Esto es su integración, llamado a veces “simplicidad”. Esta cualidad hace un fuerte contraste con la complejidad y falta de integración de nuestra propia existencia personal, en la cual, como consecuencia del pecado, muy raras veces podemos concentrar todo nuestro ser y todos [p 41] nuestros poderes en algo, si es que lo logramos alguna vez. En cambio, uno de los aspectos de las maravillas de Dios es que Él dedica de manera simultánea su atención total e indivisa, no sólo a las cosas una a una, sino a todas las cosas y todas las personas, en cualquier lugar de este mundo, tanto en el pasado como en el presente y en el futuro (cf. Mateo 10:29–30).

En quinto lugar, el Dios que es espíritu debe ser adorado en espíritu y en verdad, como dijo Jesús (Juan 4:24). “En espíritu” significa “desde un corazón renovado por el Espíritu Santo”. Ningún rito, movimiento corporal o formalidad piadosa constituye adoración sin que esté involucrado en corazón, y esto sólo lo puede causar el Espíritu Santo. “En verdad” significa “apoyándose en la revelación hecha por Dios de la realidad, y que culmina en Jesucristo, la Palabra encarnada”. En primer lugar, y por encima de todo, se trata de la revela-

ción de lo que somos, como pecadores perdidos, y lo que es Dios para nosotros, como el Creador-Redentor por medio del ministerio mediador de Jesús.

En el presente, no hay lugar alguno en la tierra del que se haya dispuesto que sea el único centro de adoración. La habitación simbólica de Dios en la Jerusalén terrena fue reemplazada cuando llegó el tiempo (Juan 4:23) por su habitación en la Jerusalén celestial, desde la cual ministra Jesús ahora (Hebreos 12:22–24). En el Espíritu, “cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras”, dondequiera que estén (Salmo 145:18; cf. Hebreos 4:14–16). Esta disponibilidad de Dios a nivel mundial es parte de las buenas nuevas del Evangelio; es un maravilloso beneficio, y no nos deberíamos limitar a darlo por sentado.

[p 42]

SU OMNISCENCIA

DIOS VE Y SABE

*Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando
a los malos y a los buenos.*

Proverbios 15:3

La palabra *omnisciente* significa “que lo sabe todo”. Las Escrituras declaran que los ojos de Dios lo recorren todo (Job 24:23; Salmos 33:13–15, 139:13–16; Proverbios 15:3; Jeremías 16:17; Hebreos 4:13). Él escudriña todos los corazones y observa los caminos de todos (1 Samuel 16:7; 1 Reyes 8:39; 1 Crónicas 28:9; Salmo 139:1–6, 23; Jeremías 17:10; Lucas 16:15; Romanos 8:27; Apocalipsis 2:23). En otras palabras, lo sabe todo acerca de todo y de todos, todo el tiempo. Además, conoce el futuro con tanta seguridad como el pasado y el presente, y tanto los sucesos posibles que nunca tendrán lugar, como los sucesos reales que sí se producen (1 Samuel 23:9–13; 2 Reyes 13:19; Salmo 81:14–15; Isaías 48:18). Tampoco necesita tener “acceso” a información alguna sobre las cosas, como una computadora haría para sacar un documento de un archivo; todo su conocimiento está siempre ante su mente de manera inmediata y directa. Los escritores bíblicos mantienen un profundo temor reverencial ante la capacidad de la mente divina al respecto (Salmos 139:1–6; 147:5; Isaías 40:13–14, 28; cf. Romanos 11:33–36).

El conocimiento de Dios está unido a su soberanía; Él conoce todas y cada una de las cosas, tanto en ellas mismas como en su relación con las demás, porque fue Él quien las creó, las sostiene y las hace funcionar en cada momento de acuerdo con su plan para ellas (Efesios 1:11). La idea de que Dios pueda saber, y conocer de antemano todo, sin controlarlo [p 43] todo, nos parece no sólo contraria a la Biblia, sino carente de sentido.

Al creyente cristiano, el conocimiento de la omnisciencia de Dios le debe producir la seguridad de que Él no lo ha olvidado, sino que está cuidando de él, y seguirá haciéndolo, de acuerdo con sus promesas (Isaías 40:27–31). En cambio, para cualquiera que no sea cristiano, la verdad del conocimiento universal de Dios debe ser causa de temor, porque le servirá para recordar que no es posible esconderse a sí mismo, ni a sus pecados, de la vista de Dios (Salmos 139:7–12; 94:1–11; Juan 1:1–12).

[p 44]

SU SOBERANÍA

DIOS REINA

Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades.

Daniel 4:34

La afirmación de la soberanía absoluta de Dios en la creación, la providencia y la gracia es básica para las creencias y la alabanza bíblicas. La visión de Dios en su trono—esto es, reinando—aparece una y otra vez (1 Reyes 22:19; Isaías 6:1; Ezequiel 1:26; Daniel 7:9; apocalipsis 4:2; cf. Salmos 11:4; 45:6; 47:8–9; Hebreos 12:2; Apocalipsis 3:21), y se nos dice constantemente con términos explícitos que el Señor (Jehová) reina como monarca, y ejerce su dominio sobre las cosas grandes y las pequeñas por igual (Éxodo 15:18; Salmos 47; 93; 96:10; 97; 99:1–5; 146:10; Proverbios 16:33; 21:1; Isaías 24:23; 52:7; Daniel 4:34–35; 5:21–28; 6:26; Mateo 10:29–31). El dominio de Dios es total: su voluntad es la que decide, y lleva a cabo todo cuanto decide, y nadie puede detener su mano ni frustrar sus planes.

A lo largo de todas las Escrituras aparece con claridad que las criaturas racionales de Dios, tanto angélicas como humanas, poseen libre albedrío (poder para tomar decisiones personales en cuanto a lo que deben hacer); no seríamos seres morales, responsables ante Dios como juez, de no ser así; tampoco sería entonces posible distinguir, como lo hacen las Escrituras, entre las malas intenciones de los agentes humanos y las buenas intenciones de Dios, quien utiliza en su [p 45] soberanía las acciones humanas, como medio planificado para llegar a sus propias metas (Génesis 50:20; Hechos 2:23; 13:26–39). Con todo, la realidad del libre albedrío nos hace enfrentarnos con el misterio, puesto que el control de Dios sobre nuestras actividades libres y decididas por nosotros mismos es tan completo como lo es sobre cualquier otra cosa, y cómo puede ser esto, lo desconocemos. No obstante, Dios ejerce de ordinario su soberanía permitiendo que las cosas tomen su curso, más que a través de intrusiones milagrosas que creen perturbación.

En el Salmo 93 se dice que la realidad del dominio soberano de Dios

- (a) garantiza la estabilidad del mundo contra todas las fuerzas del caos (vv. 1b–4),
- (b) confirma el hecho de que todo cuanto Dios manifieste u ordene es digno de confianza (v. 5a), y
- (c) llama a su pueblo a darle el homenaje de la santidad (v. 5b). Todo este salmo expresa gozo, esperanza y confianza en Dios, y no es de maravillarse. Nos conviene tomarnos muy en serio esta enseñanza.

[p 46]

SU OMNIPOTENCIA

DIOS ES OMNIPRESENTE Y OMNIPOTENTE

¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿ No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?

Jeremías 23:24

Dios está presente en todas partes; sin embargo, no debemos pensar que esto significa que llena espacios, puesto que no tiene dimensiones físicas. Él llena todas las cosas en su condición de espíritu puro, en una relación de inmanencia que es más de cuanto podemos comprender nosotros, criaturas confinadas a un cuerpo. Sin embargo, hay una cosa clara, y es que Él está presente en todas partes, en la plenitud de todo lo que es y de todos los poderes que tiene, y las almas necesitadas que oran, en cualquier lugar del mundo que estén, reciben con la misma plenitud una atención absoluta por parte de Él. Puesto que Dios es omnipresente, les puede prestar una atención total a millones de personas al mismo tiempo. La creencia en que Dios es omnipresente, entendida así, se refleja en el Salmo 139:7–10; Jeremías 23:23–24; Hechos 17:24–28. Cuando Pablo habla de que el Cristo ascendido a los cielos llena todas las cosas (Efesios 4:8), ciertamente el hecho de que Cristo esté disponible en todas partes y en la plenitud de su poder forma parte del significado de lo que está diciendo. Es cierto decir que Padre, Hijo y Espíritu Santo son hoy omnipresentes juntos, aunque la presencia personal del Hijo glorificado sea espiritual (a través del Espíritu Santo), y no física (en el cuerpo).

“Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti” (Job 42:2). De esta forma da [p 47] testimonio Job sobre el hecho de que Dios es todopoderoso (omnipotente). La omnipotencia significa en la práctica que tiene poder para hacer todo cuanto en su perfección racional y moral (esto es, en su sabiduría y bondad), Él disponga hacer. No significa que Dios lo pueda hacer todo en un sentido literal; Él no puede pecar, mentir, cambiar su naturaleza, ni negar las exigencias de su personalidad santa (Números 23:19; 1 Samuel 15:29; 2 Timoteo 2:13; Hebreos 6:18; Santiago 1:13, 17); tampoco puede realizar la cuadratura del círculo, porque la noción de un círculo cuadrado es contradictoria en sí misma; tampoco puede dejar de ser Dios. No obstante, cuanto es su voluntad, y promete hacer, Él lo puede hacer, y lo hace.

¿Fue acaso una exageración que David dijera: “Te amo, oh Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio” (Salmo 18:1–2)? ¿ Fue también exagerado que otro salmista declarara: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Salmo 46:1)? No lo fue, puesto que sabían que Dios es omnipresente y omnipotente, aunque si no lo hubieran sabido, si habría sido excesivo. Es natural que el conocimiento de la grandeza de Dios (y su omnipresencia y omnipotencia son aspectos de esa grandeza) produzca gran fe y gran alabanza.

[p 48]

PREDESTINACIÓN

DIOS TIENE UN PROPÓSITO

Yo os he amado, dice Jehová; y dijisteis:

¿En qué nos amaste? ¿No era Esaú hermano de Jacob?

dice Jehová. Y amé a Jacob, y a Esaú aborrecí...”

Malaquías 1:2–3

Los cuarenta y tantos escritores que produjeron los sesenta y seis libros de las Escrituras a lo largo de unos mil quinientos años, se veían a sí mismos y veían a sus lectores como metidos dentro del cumplimiento del soberano propósito de Dios con respecto a este mundo; el propósito que lo llevó a crear, que el pecado interrumpió más tarde, y que su obra redentora está restaurando en la actualidad. En esencia, ese propósito era y es una interminable expresión y disfrute de amor entre Él y sus criaturas racionales; un amor manifestado en la adoración, alabanza, acción de gracias, honra, gloria y servicio que esas criaturas le dan a Él, y en la intimidad, los privilegios, los gozos y los dones que El les da a ellas.

Los escritores contemplan lo que ya ha sido hecho para hacer avanzar el plan redentor de Dios a favor del planeta tierra, dañado por el pecado, y miran con esperanza al día en que ese plan quedará realizado por completo, cuando el planeta tierra sea vuelto a crear en una gloria imposible de imaginar (Isaías 65:17–25; 2 Pedro 3:10–13; Apocalipsis 21:1–22:5). Proclaman a Dios como el omnipotente Creador-Redentor y abundan constantemente en las multifacéticas obras de gracia que Dios realiza en la historia a fin de asegurarse un pueblo para sí, una gran compañía de seres humanos reunidos, con los cuales se pueda realizar su propósito original de dar y recibir amor. Estos escritores insisten en [p 49] que Dios ha demostrado tener un control absoluto en cuanto a llevar su plan hasta el punto en que se encuentra en el momento de escribir ellos, por lo que seguirá manteniendo ese control absoluto, realizándolo todo según su propia voluntad, completando así su proyecto redentor. Las preguntas acerca de la predestinación deben ser planteadas dentro de este marco de referencia (Efesios 1:9–14; 2:4–10; 3:8–11; 4:11–16).

Se utiliza la palabra “predestinación” para hablar de que Dios ha dispuesto de antemano todos los sucesos de la historia mundial pasada, presente y futura, y este uso es muy adecuado. Con todo, en las Escrituras y en las corrientes principales de la teología, la palabra “predestinación” significa concretamente la decisión tomada por Dios en la eternidad, antes de que existieran el mundo y sus habitantes, con respecto al destino definitivo de cada pecador. De hecho, el Nuevo Testamento utiliza las palabras “predestinación” y “elección” (las dos significan lo mismo), sólo para referirse al hecho de que Dios escoge a los pecadores en particular para la salvación y la vida eterna (Romanos 8:29; Efesios 1:4–5, 11). No obstante, muchos han señalado que las Escrituras también le adjudican a Dios una decisión por adelantado con respecto a aquellos que al final no serán salvos (Romanos 9:6–29; 1 Pedro 2:8; Judas 4), y así es como se ha convertido en algo usual dentro de la teología protestante el definir la predestinación como una decisión de Dios que incluye tanto su decisión de salvar a algunos del pecado (elección), como su decisión de condenar al resto por su pecado (reprobación), ambas cosas juntas.

A la pregunta sobre la base en que se apoya Dios para escoger a los que van a ser salvos, se contesta a veces diciendo: sobre la base de su presciencia de que, cuando se encuentren con el Evangelio, van a escoger a Cristo como Salvador. En esa contestación, la presciencia significa un conocimiento previo pasivo por parte de Dios, con respecto a lo que van a hacer las personas, sin que sea Él quien determine de antemano su acción. Sin embargo,

[p 50] (a) *Conocer antes*, en Romanos 8:29; 11:2 (cf. 1 Pedro 1:2 y 1:20, donde algunas versiones traducen el texto griego como “escoger”) significa “amar antes” y “designar antes”: no se expresa aquí la idea de que un espectador sepa de antemano lo que va a suceder de manera espontánea.

(b) Puesto que todos están muertos en el pecado por naturaleza (es decir, cortados de la vida de Dios e incapaces de reaccionar ante Él), nadie que escuche el Evangelio llegará jamás al arrepentimiento y la fe sin un impulso interno que sólo Dios puede impartir (Efesios 2:4–10). Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado por el Padre” (Juan 6:65. cf. 44; 10:25–28). Los pecadores escogen a Cristo, sólo porque Dios los escogió a ellos para esta decisión, y los movió a ella, renovando su corazón.

Aunque todos los actos humanos son libres, en el sentido de que es el propio ser humano quien toma sus decisiones, ninguno de ellos se halla fuera del control de Dios, de acuerdo con sus propósitos eternos y lo dispuesto por Él de antemano.

Por consiguiente, los cristianos le deben dar gracias a Dios por su conversión, pedirle que los mantenga en la gracia a la cual los ha traído, y esperar seguros su triunfo final, de acuerdo con lo dispuesto en su plan.

[p 51]

TRINIDAD

DIOS ES UNO Y TRES

Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios.

Isaías 44:6

El Antiguo Testamento insiste continuamente en que sólo hay un Dios, el Creador que se ha revelado a sí mismo, a quien se debe adorar y amar de manera exclusiva (Deuteronomio 6:4–5; Isaías 44:6–45:25). El Nuevo Testamento está de acuerdo (Marcos 12:29–30; 1 Corintios 8:4; Efesios 4:6; 1 Timoteo 2:5), pero habla del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres agentes personales que obran juntos como equipo para producir la salvación (Romanos 8; Efesios 1:13–14; 2 Tesalonicenses 2:13–14; 1 Pedro 1:2). La formulación histórica de la Trinidad (palabra derivada del latín *trinitas*, que significa “cualidad de ser tres”) trata de circunscribir y salvaguardar este misterio (no de explicarlo; eso está fuera de nuestro alcance), y nos hace enfrentarnos con un pensamiento que tal vez sea el más difícil de cuantos se le ha pedido jamás a la mente humana que maneje. No es fácil, pero es cierto.

Esta doctrina surge de los hechos que presentan los historiadores del Nuevo Testamento, y de la enseñanza de revelación que, hablando a lo humano, creció a partir de esos hechos. Jesús, quien oró a su Padre y les enseñó a los discípulos a hacer lo mismo, los convenció también de que Él era personalmente divino, y la creencia en su divinidad y en que es correcto ofrecerle nuestra adoración y nuestras oraciones, es básica dentro de la fe del Nuevo Testamento [p 52] (Juan 20:28–31; cf. 1:18; Hechos 7:59; Romanos 9:5; 10:9–13; 2 Corintios 12:7–9; Filipenses 2:5–6; Colosenses 1:15–17; 2:9; Hebreos 1:1–12; 1 Pedro 3:15). Él mismo prometió enviar otro Paráclito (Él había sido el primero), y la palabra *paráclito* describe un ministerio personal con muchas facetas, como las de consejero, abogado, ayudador, consolador, aliado, apoyo (Juan 14:16–17, 26; 15:26–27; 16:7–15). Este otro Paráclito, que vino el día de Pentecostés para cumplir con este ministerio prometido, era el Espíritu Santo, reconocido desde el principio como una tercera persona divina: mentirle a Él, dijo Pedro poco después de Pentecostés, es mentirle a Dios (Hechos 5:3–4).

Así fue como Cristo ordenó que se bautizara “en el nombre (singular: un Dios, un nombre) del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”: las tres personas que son el Dios único al que se consagran los cristianos (Mateo 28:19). Así es como encontramos a las tres personas en el relato sobre el bautismo del propio Jesús: el Padre reconoce al Hijo, y el Espíritu manifiesta su presencia en la vida y el ministerio del Hijo (Marcos 1:9–11). Así es como leemos la bendición trinitaria de 2 Corintios 13:14, y la oración para pedirles gracia y paz al Padre, al Espíritu y a Jesucristo, en Apocalipsis 1:4–5 (¿habría puesto Juan al Espíritu entre el Padre y el Hijo si no lo hubiera considerado divino en el mismo sentido que ellos?). Estos son algunos de los ejemplos más destacados con respecto a la postura y el énfasis trinitario del Nuevo Testamento. Aunque no aparezca en su texto el lenguaje técnico del trinitarianismo histórico, la fe y el pensamiento trinitarios están presentes a lo largo de todas sus páginas, y en ese sentido, se debe reconocer la Trinidad como una doctrina bíblica: una verdad eterna acerca de Dios que, aunque no aparece nunca de manera explícita en el Antiguo Testamento, es clara y manifiesta en el Nuevo.

La afirmación básica de esta doctrina es que la unidad del Dios único es compleja. Las tres “subsistencias” personales (como se les llama) son centros iguales y coeternos de conciencia propia; cada una de ellas es un “yo” en relación con [p 53] dos que son “tú”, y cada una de ellas participa de la plenitud de la esencia divina (la “sustancia” de la divinidad, si nos atrevemos a llamarla así), junto con las otras dos. No se trata de tres papeles representados por una sola persona (eso es *modalismo*); tampoco se trata de tres dioses que forman un grupo (eso es *triteísmo*); el Dios único (“Él”) es también e igualmente “ellos”, y “ellos” están siempre juntos y siempre cooperan. El Padre toma la iniciativa, el Hijo se somete y el Espíritu ejecuta la voluntad de ambos, que es también la suya propia. Ésta es la verdad acerca de Dios que fue revelada a través de las palabras y las obras de Jesús, y que le proporciona una fuerte base a la realidad de la salvación, tal como la presenta el Nuevo Testamento.

La importancia práctica de la doctrina de la Trinidad se encuentra en que nos exige prestar igual atención y dar igual honor a las tres personas en la unidad de su misericordioso ministerio con nosotros. Ese ministerio

es el tema que trata el Evangelio, que no es posible plantear, tal como lo demuestra la conversación de Jesús con Nicodemo, sin traer a colación sus distintos papeles dentro del plan de gracia divino (Juan 3:1–15; observe en especial los vv. 3, 5–8, 13–15, y los comentarios expositivos de Juan, que algunas versiones presentan como parte de la propia conversación, vv. 16–21). Según la norma bíblica, todas las formulaciones no trinitarias del mensaje cristiano son inadecuadas y, en realidad, fundamentalmente falsas, y por naturaleza, tenderán a desfigurar la vida cristiana.

[p 54]

SANTIDAD

DIOS ES LUZ

Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo ...

Levítico 11:44

Cuando las Escrituras llaman “santo” a Dios, o a una de las personas de la Trinidad (como hace con frecuencia: Levítico 11:44–45; Josué 24:19; Isaías 2:2; Salmo 99:9; Isaías 1:4; 6:3; 41:14, 16, 20; 57:15; Ezequiel 39:7; Amós 4:2; Juan 17:11; Hechos 5:3–4, 32; Apocalipsis 15:4), esta palabra comprende todo aquello en Dios que lo distingue de nosotros y lo hace objeto de reverencia, adoración y temor para nosotros. Abarca todos los aspectos de su grandeza trascendente y de su perfección moral, y constituye así un atributo de todos sus atributos, que señala la presencia de la “deidad” de Dios en todos sus puntos. Podemos hablar con toda corrección de cada una de las facetas de la naturaleza de Dios, y cada uno de los aspectos de su personalidad, llamándolos santos, porque lo son. No obstante, el núcleo del concepto se halla en la pureza de Dios, que no puede tolerar ninguna forma de pecado (Habacuc 1:13), y llama por tanto a los pecadores a humillarse continuamente ante su presencia (Isaías 6:5).

La justicia, que significa que hace en todas las circunstancias lo que es correcto, es una de las expresiones de la santidad de Dios. Él manifiesta su justicia como legislador y juez, y también al cumplir sus promesas y perdonar el pecado. Su ley moral, que exige una conducta que esté de acuerdo con la suya propia, es “santa, justa y buena” (Romanos 7:12). El juzga con justicia, teniendo en cuenta las violaciones reales [p 55] (Génesis 18:25; Salmos 7:11; 96:13; Hechos 17:31). Su “ira”; esto es, su hostilidad judicial activa contra el pecado, es totalmente justa en sus manifestaciones (Romanos 2:5–16), y sus “juicios” particulares (castigos retributivos) son gloriosos y dignos de alabanza (Apocalipsis 16:5, 7; 19:1–4). Cada vez que Dios cumple con su pacto, actuando para salvar a los suyos, se trata de un gesto de rectitud, o sea, de justicia (Isaías 51:5–6; 56:1; 63:1; 1 Juan 1:9). Cuando Dios justifica a los pecadores por medio de la fe en Cristo, lo hace apoyándose en la justicia que ha sido hecha; esto es, en el castigo que Cristo, nuestro sustituto, ha sufrido en su persona por nuestros pecados; así, la forma que toma esta misericordia justificante lo presenta a Él como total y absolutamente justo (Romanos 3:25–26), y se presenta nuestra propia justificación como justificada en el sentido judicial.

Cuando Juan dice que Dios es “luz”, sin que haya tiniebla alguna en Él, esta imagen está reafirmando su santa pureza, que hace imposible la intimidad entre Él y los que son voluntariamente impíos, y que exige que la búsqueda de la santidad y de la justicia en la vida sea una preocupación central para el pueblo cristiano (1 Juan 1:5–2:1; 2 Corintios 6:14–7:1; Hebreos 12:10–17). El llamado hecho a los creyentes, regenerados y perdonados como son, a practicar una santidad que esté de acuerdo con la del propio Dios, y agradecerle de esta forma, es constante en el Nuevo Testamento, como de hecho lo fue también en el Antiguo (Deuteronomio 30:1–10; Efesios 4:17–5:14; 1 Pedro 1:13–22). Porque Dios es santo, el pueblo de Dios también debe ser santo.

[p 56]

BONDAD

DIOS ES AMOR

*Alabad a Jehová, porque él es bueno, porque
para siempre es su misericordia.*

Salmo 136:1

Se suele explicar la declaración de que “Dios es amor” en función de (a) la revelación, presentada por medio de la vida y las enseñanzas de Cristo, de que la inagotable vida del Dios uno y trino es una vida de afecto y honra mutuos (Mateo 3:17; 17:5; Juan 3:35; 14:31; 16:13–14; 17:1–5, 22–26), unida a (b) el reconocimiento

de que Dios hizo a los ángeles y los seres humanos para que glorificaran a su Hacedor, compartiendo el gozoso intercambio de esta vida divina a su propio modo, en su condición de criaturas. Sin embargo, por cierto que esto parezca ser, cuando Juan dice que “Dios es amor” (1 Juan 4:8), lo que quiere decir (tal como explica más adelante) es que el Padre, por medio de Cristo, nos ha salvado realmente a nosotros, que éramos pecadores perdidos, y ahora creemos. “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios”—cosa que no hemos hecho—, “sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (4:9–10).

Al igual que sucede siempre en el Nuevo Testamento, “nosotros” como objeto y beneficiarios del amor redentor significa “nosotros los que hemos creído”. Ni en este lugar, ni en ningún otro, “nosotros” se refiere a todos y cada uno de los integrantes de la raza humana. Las enseñanzas del Nuevo Testamento con respecto a la redención son particularistas [p 57] por completo, y cuando se dice que Dios amó y redimió al “mundo” (Juan 3:16–17; 2 Corintios 5:19; 1 Juan 2:2), se está haciendo referencia al gran número de elegidos por Dios que se hallan esparcidos por el mundo entero, en medio de la comunidad humana impía (cf. Juan 10:16; 11:52–53); no a todas las personas que hayan existido, existan o vayan a existir. Si no fuera así, Juan y Pablo estarían contradiciendo cosas que dicen en otros textos.

Este amor soberano redentor es una de las facetas de la cualidad que las Escrituras llaman “bondad” de Dios (Salmo 100:5; Marcos 10:18); esto es, la gloriosa gentileza y generosidad con la que toca a todas sus criaturas (Salmo 145:9, 15–16), y que debe conducir a todos los pecadores al arrepentimiento (Romanos 2:4). Los otros aspectos de esta bondad son la misericordia, compasión o lástima, que manifiesta bondad hacia las personas angustiadas, rescatándolas de sus dificultades (Salmos 107, 136) y la paciencia, indulgencia y lentitud para la ira que siguen manifestando bondad hacia la persona, aunque ésta persista en su pecado (Éxodo 34:6; Salmo 78:38; Juan 3:10–4:11; Romanos 9:22; 2 Pedro 3:9). No obstante, la expresión suprema de la bondad de Dios sigue siendo la maravillosa gracia y amor inefable que manifiesta bondad al salvar a unos pecadores que sólo merecen la condenación; mas aún, salvándolos al enorme precio de la muerte de Cristo en el Calvario (Romanos 3:22–24; 5:5–8; 8:32–39; Efesios 2:1–10; 3:14–18; 5:25–27).

La fidelidad de Dios a sus propósitos, promesas y pueblo es otro aspecto más de su bondad, que lo hace digno de toda alabanza. Los humanos mentimos y quebrantamos nuestra palabra; Dios no hace ninguna de estas dos cosas. En los tiempos más difíciles, podemos aún decir: “Nunca decayeron sus misericordias... Grande es tu fidelidad” (Lamentaciones 3:22–23; Salmo 36:5; cf. Salmo 89, en especial los vv. 1–2, 14, 24, 33, 37, 49). Aunque las formas en que Dios expresa su fidelidad sean a veces inesperadas y desconcertantes, y ciertamente le parezcan al observador superficial, y a corto plazo, más una [p 58] infidelidad que otra cosa, el testimonio final de aquellos que caminan con Dios a través de los altibajos de la vida, es que “no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová nuestro Dios había dicho de ellos; todas les han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas” (Josué 23:14–15). La fidelidad de Dios, junto con los demás aspectos de su misericordiosa bondad, tal como los presenta su Palabra, constituye siempre un sólido fundamento sobre el cual pueden descansar nuestra fe y nuestra esperanza.

[p 59]

SABIDURÍA

LA VOLUNTAD DOBLE DE DIOS ES UNA SOLA

Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría.

Daniel 2:22

En las Escrituras, la palabra “sabiduría” se refiere a escoger como meta los fines mejores y más nobles, junto con los medios más adecuados y eficaces para llegar a ellos. La sabiduría humana aparece en los libros sapienciales del Antiguo Testamento (Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares, donde se nos indica cómo sufrir, orar, vivir, disfrutar y amar respectivamente) y en la epístola de Santiago (que exige una conducta cristiana constante): significa hacer del “temor” de Dios—es decir, de la adoración reverente y el servicio dirigido a Él—nuestra meta (Proverbios 1:7; 9:10; Eclesiastés 12:13) y cultivar la prudencia, la fortaleza, la paciencia y el celo como medios para lograrlo. Vemos la sabiduría de Dios en sus obras de creación, conservación y redención: está en el hecho de que haya tomado su propia gloria como meta (Salmo 46:10; Isaías 42:8; 48:11), y su decisión de alcanzarla en primer lugar creando una maravillosa variedad de cosas y personas (salmo 104:24; Proverbios 3:19–20), en segundo lugar, por bondadosas manifestaciones providenciales de

todo tipo (Salmo 145:13–16; Hechos 15:17), y en tercer lugar por la “sabiduría” redentora de “Cristo crucificado” (1 Corintios 1:18–2:16) y la Iglesia mundial resultante (Efesios 3:10).

La manifestación de la sabiduría de Dios comprende la expresión de su voluntad en los dos sentidos que tiene esta [p 60] frase. En el sentido primero y más fundamental, la voluntad de Dios es su decisión o decreto acerca de lo que va a suceder: “su propósito eterno, según el consejo de su voluntad, por medio del cual, para su propia gloria, Él había preordenado todo cuanto llegue a suceder” (Catecismo Breve de Westminster, P. 7). Ésta es la voluntad de Dios con respecto a los acontecimientos, de la que se habla en Efesios 1:11. En el segundo sentido, secundario, la voluntad de Dios es su mandato; es decir, su instrucción, dada en las Escrituras, con respecto a lo que deben hacer o evitar los seres humanos; en ocasiones se la llama voluntad preceptiva (véanse Romanos 12:2; Efesios 5:17; Colosenses 1:9; 1 Tesalonicenses 4:3–6). Algunas de sus exigencias están enraizadas en su personalidad santa, que nosotros debemos imitar: así son los principios del Decálogo y los dos grandes mandamientos (Éxodo 20:1–17; Mateo 22:37–40; cf. Efesios 4:32–5:2). Otras exigencias dependen sencillamente del hecho de que son de institución divina: así eran la circuncisión y las leyes del Antiguo Testamento con respecto a los sacrificios y la pureza, y así son hoy el bautismo y la Santa Cena. No obstante, todos obligan por igual a la conciencia, y el plan de Dios sobre los acontecimientos incluye las “buenas obras” de obediencia que han de realizar aquéllos que crean (Efesios 2:10).

Algunas veces es difícil creer que una costosa obediencia, que nos pone en desventaja con respecto al mundo (como suele suceder con la obediencia leal a Dios), forme parte de un plan predestinado para promover tanto la gloria de Dios como nuestro propio bien (Romanos 8:28). No obstante, debemos glorificar a Dios, creyendo que así son las cosas, y que un día veremos que es cierto, porque su sabiduría es suprema y nunca falla. Dar a conocer su voluntad preceptiva, y gobernar las respuestas que dé a ella el libre albedrío humano, es uno de los medios por los cuales Dios realiza su voluntad en los sucesos, aun cuando la respuesta sea de incredulidad y desobediencia. Pablo ilustra esto cuando les dice a los romanos que la incredulidad de Israel tiene su lugar [p 61] en el plan de Dios para la extensión del Evangelio (Romanos 11:11–15, 25–32): algo que, al darse cuenta, hace exclamar: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios!... A él sea la gloria por los siglos. Amén” (vv. 33, 36). Que sea éste también nuestro clamor.

[p 62]

MISTERIO

DIOS ES INCOMPARABLEMENTE GRANDE

Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos.

1 Crónicas 29:11

Dios es grande, dicen las Escrituras (Deuteronomio 7:21; Nehemías 4:14; Salmos 48:1; 86:10; 95:3; 145:3; Daniel 9:4): mayor de lo que nosotros podemos comprender. La teología lo declara, describiéndolo como incomprendible, no en el sentido de que la lógica sea para Él algo distinto de lo que es para nosotros, de manera que nos sea del todo imposible seguir el funcionamiento de su mente, sino en el sentido de que nunca lo podremos comprender por completo, sencillamente porque Él es infinito, mientras que nosotros somos finitos. Las Escrituras dicen de Dios que habita, no sólo en una oscuridad espesa e impenetrable, sino también en una luz inaccesible (salmo 97:2; 1 Timoteo 6:16), y ambas imágenes expresan el mismo pensamiento: nuestro Creador está por encima de nosotros, y está fuera de nuestras posibilidades el medirlo de manera alguna.

Algunas veces se expresa esto, hablando del misterio de Dios, con lo que no se utiliza esta palabra en el sentido bíblico de un secreto que Dios ha revelado ahora (Daniel 2:29–30; Efesios 3:2–6), sino en el sentido, desarrollado más recientemente, de una realidad que no tenemos capacidad suficiente para entender de una manera adecuada, por mucho que se diga acerca de ella. Dios nos dice en la Biblia que la creación, su providencial gobierno, la Trinidad, la Encarnación, la obra [p 63] regeneradora del Espíritu, la unión con Cristo en su muerte y resurrección y la inspiración de las Escrituras—por no ir más allá—son realidades, y aceptamos su palabra de que lo son, pero creemos que son, sin saber cómo pueden ser. En nuestra condición de criaturas, somos incapaces de comprender completamente el ser y las acciones del Creador.

No obstante, así como sería erróneo suponer que lo sabemos todo con respecto a Dios (y así, al efecto, sería como aprisionarlo en la caja de nuestra propia noción limitada sobre Él), también sería erróneo dudar de que nuestro concepto constituya un conocimiento verdadero de Él. Parte de lo que significa que hayamos sido creados a imagen de Dios es que somos capaces, tanto de saber cosas acerca de Él, como de conocerlo a Él de

manera relacional en un sentido verdadero, aunque limitado, del conocimiento; y cuanto Dios nos dice en las Escrituras acerca de sí mismo, es cierto en toda su extensión. Calvino hablaba de que Dios había sido condescendiente con nuestra debilidad, y se había acomodado a nuestras capacidades, tanto en la inspiración de las Escrituras, como en la encarnación de su Hijo, para podernos dar una comprensión genuina de sí mismo. La forma y la sustancia de la forma en que un padre habla con su niño pequeño no tienen comparación alguna con todo lo que contiene la mente de ese padre, y que él podría expresar plenamente si estuviera hablando con otro adulto; pero el niño recibe en la conversación sencilla del padre unos datos informativos reales, aunque limitados, acerca de su padre, y su respuesta de amor y confianza crece de acuerdo con ellos. Ésa es la analogía en esta situación.

Ahora vemos por qué nuestro Creador se nos presenta de manera antropomórfica, como si tuviera un rostro (Éxodo 33:11), una mano (1 Samuel 5:11), un brazo (Isaías 53:1), oídos (Nehemías 1:6), ojos (Job 28:10) y pies (Nahum 1:3), y también sentado en un trono (1 Reyes 22:19), volando en el viento (Salmo 18:10) y combatiendo en una batalla (2 Crónicas 32:8; Isaías 63:1–6). No se trata de descripciones de [p 64] lo que Dios es en sí mismo, sino de lo que Él es para nosotros; o sea, el Señor trascendente que se relaciona con su pueblo como Padre y amigo, y actúa como aliado suyo. Dios se nos presenta de esta manera para llevarnos a la adoración, el amor y la confianza, aunque en cuanto a conceptos seamos siempre como esos niños pequeños que oyen hablar a su padre a su propio nivel, y sólo conocen en parte al que les habla (1 Corintios 13:12).

No debemos olvidar nunca que en todos los casos, la teología es para la doxología: la expresión más genuina de confianza en un Dios grande será siempre la adoración, y siempre será una adoración correcta la alabanza a Dios por ser mucho más grande de lo que nosotros podemos entender.

[p 65]

PROVIDENCIA

DIOS GOBIERNA ESTE MUNDO

La suerte se echa en el regazo; mas de Jehová es la decisión de ella.

Proverbios 16:33

“Las obras de la providencia de Dios son sus obras más santas, sabias y poderosas, que conservan y gobiernan a todas sus criaturas, y todas las acciones de ellas” (Catecismo Breve de Westminster, P. 11). Si la Creación fue un ejercicio único de energía divina que causó que el mundo llegase a ser, la providencia es un ejercicio continuo de esa misma energía, por medio del cual el Creador, según su propia voluntad, (a) hace que sigan siendo todas sus criaturas, (b) se involucra en todo lo que sucede y (c) dirige todas las cosas hacia el fin que Él les ha señalado. Es un modelo de administración personal con propósitos definidos y control directo total: Dios tiene completo control sobre su mundo. Aunque su mano permanezca escondida, su dominio es absoluto.

Hay quienes han restringido la providencia de Dios a una presciencia sin control, o a un sostener sin intervenir, o a una supervisión general sin preocupación por los detalles, pero los testimonios a favor de su providencia tal como ha sido formulada anteriormente, son abrumadores.

La Biblia enseña con claridad que Dios tiene un control providencial (1) sobre el universo en general: Salmo 103:19; Daniel 4:35; Efesios 1:11; (2) sobre el mundo físico: Job 37; Salmos 104:14; 135:6; Mateo 5:45; (3) sobre la creación irracional: Salmo 104:21, 28; Mateo 6:26; 10:29; (4) sobre los asuntos de las naciones: Job 12:23; Salmos 22:28; 66:7; [p 66] Hechos 17:26; (5) sobre el nacimiento del hombre y su suerte en la vida: 1 Samuel 16:1; Salmo 139:16; Isaías 45:5; Gálatas 1:15–16; (6) sobre los éxitos y fracasos externos en la vida de los hombres: Salmo 75:6, 7; 1:52; (7) sobre cosas aparentemente accidentales o insignificantes: Proverbios 16:33; Mateo 10:30; (8) en la protección de los justos: Salmos 4:8; 5:12; 63:8; 121:3; Romanos 8:28; (9) en satisfacer las necesidades de los suyos: Génesis 22:8, 14; Deuteronomio 8:3; Filipenses 4:19; (10) en responder a la oración: 1 Samuel 1:19; Isaías 20:5, 6; 2 Crónicas 33:13; Salmo 65:2; Mateo 7:7; Lucas 18:7, 8; y (11) en descubrir y castigar a los malvados: Salmos 7:12–13; 11:6. (L. Berkhof, Systematic Theology [“Teología Sistemática”], 4ª ed.)

Para poder pensar con claridad en la forma en que Dios se envuelve en el proceso del mundo y en los actos de las criaturas racionales, hacen falta unos conjuntos adicionales de afirmaciones, como éstas: una persona entra en acción, o se origina un suceso debido a causas naturales, o Satanás mete la mano; no obstante, Dios pasa por encima de todo eso. Éste es el mensaje del libro de Ester, donde no aparece el nombre de Dios por ninguna parte. También: se hacen cosas que van en contra de lo que ordena la voluntad de Dios; sin embargo, cumplen su voluntad con respecto a los sucesos (Efesios 1:11). Otra: los humanos buscan la maldad en lo que

hacen, pero Dios, que pasa por encima de todo esto, usa sus acciones para el bien (Génesis 50:20; Hechos 2:23). Una vez más: los humanos pecan bajo el dominio total de Dios; no obstante, Él no es el autor del pecado (Santiago 1:13–17), sino su juez.

La naturaleza de la participación “concurrente” o “confluyente” de Dios en todo lo que sucede en su mundo, para hacer que se cumpla su voluntad con respecto a los acontecimientos, sin violar la naturaleza de las cosas, los procesos informales que están en marcha ni el libre albedrío del ser humano, es un misterio para nosotros, pero lo que enseña continuamente la Biblia con respecto a su influencia sobre el mundo, es lo que ya hemos presentado.

[p 67] Con respecto a los males que infectan el mundo de Dios (la perversidad moral y espiritual, el desperdicio de bienes y los desórdenes y trastornos físicos de un cosmos echado a perder), se puede decir en resumen: Dios permite el mal (Hechos 14:16); castiga el mal con mal (Salmo 81:11–12; Romanos 1:26–32); saca bien del mal (Génesis 50:20; Hechos 2:23; 4:27–28; 13:27; 1 Corintios 2:7–8); usa el mal para probar y disciplinar a quienes ama (Mateo 4:1–11; Hebreos 12:4–14), y un día redimirá a su pueblo por completo del poder y la presencia del mal (Apocalipsis 21:27; 22:14–15).

La doctrina de la providencia les enseña a los cristianos que ellos nunca se encuentran a merced de unas fuerzas ciegas (la fortuna, el azar, la suerte, el destino), que todo cuanto les sucede se halla en los planes de Dios, y que cada suceso llega como una nueva convocación a confiar, obedecer y regocijarse, sabiendo que todo es para su bien espiritual y eterno (Romanos 8:28).

[p 68]

MILAGROS

DIOS MANIFIESTA SU PRESENCIA Y SU PODER

Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió.

1 Reyes 17:22

Las Escrituras no tienen una sola palabra que corresponda a nuestro vocablo “milagro”. Este concepto es una mezcla de los pensamientos expresados por tres términos: *prodigio*, *obra de poder* y *señal*.

La noción primaria es la de *prodigio*. (La palabra *milagro*, del latín *miráculum*, denota algo que produce admiración). Un milagro es un suceso que, al observarlo, provoca consciencia de la presencia y el poder de Dios. Con propiedad, se califica de milagros a las manifestaciones de la providencia y las coincidencias asombrosas, y a sucesos prodigiosos como el nacimiento de un niño, de igual manera que a las obras de nuevo poder creador, puesto que también despiertan esa consciencia. Al menos en este sentido, hay milagros hoy.

La idea de la *obra de poder* se centra en la impresión que causan los milagros, y señala la presencia de actos sobrenaturales de Dios en la historia bíblica, en los que participa el mismo poder que creó al mundo a partir de la nada. Así tenemos la resurrección de personas muertas, que Jesús realizó en tres ocasiones, sin contar la suya propia (Lucas 7:11–17; 8:49–56; Juan 11:38–44), y Elías, Eliseo, Pedro y Pablo, una vez cada uno de ellos (1 Reyes 17:17–24; 2 Reyes 4:18–37; Hechos 9:36–41; 20:9–12), es una obra de este poder creador; no es posible explicarla en función de coincidencias, o de que la naturaleza haya seguido su curso. Lo mismo es cierto cuando se habla de sanidades orgánicas, de las cuales los [p 69] evangelios relatan muchas; en ellas también se exhibe una recreación y restauración sobrenatural.

La palabra *señal* como definición de un milagro (la usada continuamente en el evangelio de Juan, donde se relatan siete milagros clave) significa que son señal de algo; en otras palabras, que llevan en sí un mensaje. Los milagros de las Escrituras se hallan agrupados casi todos en los tiempos del Éxodo, de Elías y Eliseo, y de Cristo y sus apóstoles. En primer lugar, autentican a los propios obradores de milagros como representantes y mensajeros de Dios (cf. Éxodo 4:1–9; 1 Reyes 17:24; Juan 10:38; 14:11; 2 Corintios 12:12; Hebreos 2:3–4), y también manifiestan algo del poder de Dios para salvar y juzgar. Ése es su significado.

La fe en lo milagroso es integral en el cristianismo. Los teólogos que descartan todos los milagros, con lo que se obligan a sí mismos a negar la encarnación y la resurrección de Jesús, los dos milagros supremos de las Escrituras, no se deberían proclamar cristianos: su proclamación no sería válida. El rechazo de los milagros por los científicos de ayer no se derivaba de la ciencia, sino del dogma de un universo con una uniformidad absoluta, que los científicos introdujeron en su labor con las ciencias. No tiene nada de irracional que creamos que el Dios que hizo el mundo puede aún intervenir en él con su poder creador. Los cristianos deben recono-

cer que no es la fe en los milagros de la Biblia, o en la capacidad de Dios para obrar milagros hoy si así Él lo desea, la que no tiene nada de razonable, sino la duda con respecto a estas cosas.

[p 70]

SU GLORIA

LA MANIFESTACIÓN DE LA GLORIA DE DIOS EXIGE QUE NOSOTROS LE DEMOS GLORIA

Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor.

Ezequiel 1:28

La meta de Dios es su gloria, pero es necesario que expliquemos esto con detenimiento, porque es fácil entenderlo de manera incorrecta. No indica unos propósitos movidos por un egoísmo divino, como hay quien imagina algunas veces, sino por el amor divino. Es cierto que Dios quiere que lo alabemos porque Él es digno de alabanza, y lo exaltemos por su grandeza y su bondad; quiere que lo apreciemos por lo que Él es. No obstante, la gloria que constituye su meta es en realidad una relación con dos aspectos y dos etapas: es precisamente una conjunción de (a) un acto de revelación por parte suya, por medio del cual les manifiesta su gloria a los hombres y los ángeles con liberal generosidad, con (b) una respuesta de adoración por parte de ellos, por la cual le dan gloria movidos por la gratitud ante lo que han visto y recibido. En esta conjunción se realiza la intimidad de amor para la cual fueron y son hechas las criaturas racionales de Dios, y para la cual son redimidos ahora los seres humanos caídos. El movimiento que significa ver la gloria de Dios y darle gloria es la verdadera realización de la naturaleza humana en su corazón mismo, y le produce al ser humano un gozo supremo, tal como se lo produce a Dios (cf. Sofonías 3:14–17).

[p 71] En el Antiguo Testamento, la palabra “gloria” va asociada a las ideas de peso, riqueza, esplendor y dignidad, presentes todas cuando se dice de Dios que ha revelado su gloria. Estaba respondiendo a la súplica de Moisés para que le mostrara su gloria, cuando proclamó ante Él su nombre (es decir, su naturaleza, personalidad y poder, Éxodo 33:18–34:7). A esa proclamación acompañaba una manifestación física sobrecogedora, la *shekina*, una nube resplandeciente que es posible que tuviera el aspecto del fuego al rojo blanco (Éxodo 24:17). La *shekina* misma era llamada “la gloria de Dios”; aparecía en momentos significativos de la historia bíblica, como señal de la presencia activa de Dios (Éxodo 33:22; 34:5; cf. 16:7, 10; 24:15–17; 40:34–35; Levítico 9:23–24; 1 Reyes 8:10–11; Ezequiel 1:28; 8:4; 9:3; 10:4; 11:22–23; Mateo 17:5; Lucas 2:9; cf. Hechos 1:9; 1 Tesalonicenses 4:17; Apocalipsis 1:7). Los escritores del Nuevo Testamento proclaman que la gloria de la naturaleza, personalidad, poder y propósito de Dios está abierta ahora ante nuestra vista en la persona y función de Jesucristo, el Hijo encarnado de Dios (Juan 1:14–18; 2 Corintios 4:3–6; Hebreos 1:1–3).

La gloria de Dios, manifestada en el plan y la obra de gracia por medio de los cuales salva a los pecadores, debe hacer surgir la alabanza (Efesios 1:6, 12, 14); esto es, el acto de darle gloria a Dios con la palabra hablada (cf. Apocalipsis 4:9; 19:7). Además, debemos realizar todas las actividades de la vida con la meta de darle a Dios el homenaje, la honra y el placer que constituyen el darle gloria a un nivel práctico (1 Corintios 10:31).

Dios no estaba dispuesto a compartir con los ídolos la alabanza por la restauración de su pueblo, porque los ídolos, al no ser reales, no contribuyeron en nada a esta obra de la gracia (Isaías 42:8; 48:11); de igual manera, no está dispuesto a compartir hoy la alabanza por la salvación con los seres humanos de hoy, porque nosotros tampoco contribuimos a ella más que con la necesidad que tenemos de recibirla. Desde el principio hasta el final, y en todas las etapas del [p 72] proceso, la salvación viene del Señor, y nuestra alabanza debe demostrar que estamos conscientes de ello. Ésta es la razón por la cual la teología de la Reforma insistía tanto en el principio de “Gloria sólo a Dios” (*solí Deo gloria*), y por la que necesitamos mantener en alto ese principio con igual celo en el día de hoy.

[p 73]

IDOLATRÍA

DIOS EXIGE UNA FIDELIDAD TOTAL

*Y la castigaré por los días en que incensaba
a los baales, y se adornaba de sus zarcillos*

*y fde sus joyeles, y se iba tras sus amantes
y se olvidaba de mi, dice Jehová*

Oseas 2:13

Aunque sólo hay un Dios y sólo una fe verdadera, la que se enseña en la Biblia, nuestro mundo apóstata (Romanos 1:18–25) siempre ha estado repleto de religiones, y el secular impulso hacia el sincretismo, por medio del cual hay aspectos de una religión que son asimilados por otra, cambiándolas así a ambas, sigue estando en medio de nosotros. Ciertamente, ha sido revivido de manera sorprendente en nuestros tiempos por medio de la renovación de la búsqueda académica de una unidad trascendente de las religiones y el florecimiento de la popular amalgama de ideas orientales y occidentales que se da a sí misma el nombre de “Nueva Era”.

La presión en este punto no es nueva. Después de haber ocupado Canaán, Israel tuvo constantemente ante sí la tentación de absorber los cultos cananeos de los dioses y diosas de la fertilidad, incorporándolos al culto de Yahwé, y hacer imágenes del propio Yahwé, actuaciones ambas prohibidas por la ley (Éxodo 20:3–6). El principio espiritual en cuestión era el de que los israelitas recordaran que Yahwé, el Dios que había hecho un pacto con ellos, era totalmente suficiente para ellos, y exigía además su fidelidad exclusiva, de tal forma que la adoración a otros dioses constituía un adulterio espiritual (Jeremías 3; Ezequiel 16; Oseas 2). Era una prueba en la que fracasó notablemente la nación entera.

[p 74] El sincretismo también era algo extendido y aceptado en el imperio romano del siglo I, en el cual abundaba tanto el politeísmo y florecían todo tipo de cultos. Los maestros cristianos lucharon a brazo partido para impedir que la fe fuera asimilada por el gnosticismo (un tipo de teosofía que no les encontraba sentido a la encarnación y la expiación, puesto que veía el problema del ser humano como un problema de ignorancia, no de pecado), y más tarde por el neoplatonismo y el maniqueísmo, los cuales veían la salvación, al igual que el gnosticismo, sobre todo como cuestión de desprenderse del mundo físico. Tuvieron un éxito relativo en sus enfrentamientos, y las formulaciones clásicas de los credos acerca de la Trinidad y la Encarnación forman parte de su legado permanente.

Las Escrituras son severas con respecto a la maldad de las prácticas idolátricas. Se burla de los ídolos como entidades falsas y engañosas (Salmo 115:4–7; Isaías 44:9–20) que sin embargo esclavizan a sus adoradores a una ciega superstición (Isaías 44:20) que constituye una infidelidad con respecto a Dios (Jeremías 2). Pablo añade que los demonios obran por medio de los ídolos, convirtiéndolos en una verdadera amenaza espiritual, cuyo contacto lo único que puede hacer es corromper (1 Corintios 8:4–6; 10:19–21). En nuestra cultura occidental postcristiana, que está dispuesta a llenar el vacío espiritual que siente la gente a base de mirar con indulgencia al sincretismo, la brujería y los experimentos con el ocultismo, es necesario que nos tomemos muy en serio las advertencias bíblicas acerca de la idolatría (cf. 1 Corintios 10:14; 1Jn 5:19–21).

[p 75]

ÁNGELES

DIOS UTILIZA AGENTES SOBRENATURALES

Entonces dije: ¿Qué son éstos, señor mío? Y me dijo el ángel que hablaba conmigo: Yo te enseñaré lo que son éstos. Y aquel varón que estaba entre los mirtos respondió y dijo: Estos son los que Jehová ha enviado a recorrer la tierra

Zacarías 1:9–10

Los ángeles (su nombre significa “mensajeros”) son una de las dos clases de seres personales creadas por Dios, siendo la humanidad la otra clase. Son numerosos (Mateo 26:53; Apocalipsis 5:11). Son agentes morales inteligentes, sin cuerpo e invisibles de ordinario, aunque se pueden mostrar a los humanos en la apariencia de una forma física (Génesis 18:2–19:22; Juan 20:10–14; Hechos 12:7–10). No se casan, ni están sometidos a la muerte (Mateo 22:30; Lucas 20:35–36). Se pueden mover de un punto del espacio a otro, y muchos de ellos se pueden reunir en un lugar pequeño (Lucas 8:30, donde se está hablando de ángeles caídos).

Como los seres humanos, los ángeles fueron puestos a prueba originalmente, y algunos de ellos cayeron en pecado. Es evidente que el gran número de los que pasaron airosos la prueba se hallan en estos momentos confirmados en un estado de santidad y de gloria inmortal. El cielo constituye su sede (Mateo 18:10; 22:30; Apocalipsis 5:11); allí adoran a Dios constantemente (salmos 103:20–21; 148:2), y desde allí salen para servir a los cristianos, enviados por Dios (Hebreos 1:14). Éstos son los ángeles “santos” y “elegidos” (Mateo 25:31; Marcos 8:38; Lucas 9:26; Hechos 10:22; 1 Timoteo 5:21; Apocalipsis 14:10), ante los cuales la obra de gracia

de Dios [p 76] por medio de Cristo está manifestando en la actualidad más de la divina sabiduría y gloria, que cuanto ellos conocían anteriormente (Efesios 3:10; 1 Pedro 1:12).

Los santos ángeles guardan a los creyentes (Salmos 34:7; 91:11), en especial a los más pequeños (Mateo 18:10), y observan constantemente lo que está sucediendo en la Iglesia (1 Corintios 11:10). Se da por supuesto que tienen más conocimiento de las cosas divinas que los humanos (Marcos 13:32) y que tienen un ministerio especial dirigido a los creyentes en el momento de su muerte (Lucas 16:22), pero no conocemos los detalles con respecto a nada de esto. Bástenos para hacer notar la relevancia de los ángeles, el decir que si en algún momento nos hallamos necesitados de su ministerio, lo recibiremos, y que, mientras el mundo observa a los cristianos con la esperanza de verlos tropezar, también los observan los ángeles buenos con la esperanza de ver que la gracia triunfa en su vida.

El misterioso “ángel de Jehová” o “ángel de Dios” que aparece con frecuencia a principios de la historia del Antiguo Testamento, y que es identificado en unas ocasiones con el Dios del que es distinguido en otras (Génesis 16:7–13; 18:1–33; 22:11–18; 24:7, 40; 31:11–13; 32:24–30; 48:15–16; Exod. 3:2–6; 14:19; 23:20–23; 32:34–33:5; Números 22:22–35; Josué 5:13–15; Jueces 2:1–5; 6:11–23; 9:13–23), es en cierto sentido Dios mismo, actuando como su propio mensajero, y se suele considerar como una aparición preencarnada de Dios Hijo.

La actividad angélica era prominente en los grandes puntos clave del plan divino de salvación (los días de los patriarcas, la época del Éxodo y de la promulgación de la ley, el período del exilio y la restauración, y el nacimiento, resurrección y ascensión de Jesucristo), y será prominente de nuevo cuando vuelva Cristo (Mateo 25:31; Marcos 8:38).

[p 77]

DEMONIOS

DIOS TIENE ENEMIGOS SOBRENATURALES

Sacrificaron a los demonios, y no a Dios; a dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres

Deuteronomio 32:17

“Demonio”, o “diablo”, como dicen algunas versiones antiguas, traduce las palabras griegas *daimón* y *daimonion*, usadas ambas de manera ordinaria en los evangelios para referirse a los seres espirituales, corruptos y hostiles a Dios y al hombre, a quienes Jesús exorcizó numerosas veces para hacer que abandonaran a sus víctimas al principio de su ministerio. Los demonios eran ángeles caídos, criaturas incapaces de morir que servían a Satanás (Jesús identifica a Beelzebub, su supuesto príncipe, con Satanás: Mateo 12:24–29). Puesto que se habían unido a la rebelión de Satanás, fueron arrojados del cielo para esperar su juicio definitivo (2 Pedro 2:4; Judas 6). Su mente está permanentemente fija en el propósito de oponerse a Dios, a la bondad, la verdad, el reino de Cristo y el bienestar de los seres humanos, y tienen un poder y una libertad de movimientos reales, pero limitados, aunque siguiendo la pintoresca frase de Calvino, diríamos que arrastran sus cadenas dondequiera que van y nunca podrán tener la esperanza de vencer a Dios.

El nivel y la intensidad de las manifestaciones demoníacas en la gente durante el ministerio de Cristo fueron únicos, sin que hayan tenido paralelo en los tiempos del Antiguo Testamento ni después; no hay duda de que esto formaba parte de la desesperada batalla de Satanás por mantener su reino contra el ataque lanzado por Cristo en su contra (Mateo 12:29). [p 78] Los demonios se revelaban como poseedores de conocimiento y fortaleza (Marcos 1:24; 9:17–27). Causaban, o al menos explotaban, enfermedades físicas y mentales (5:1–15; 9:17–18; Lucas 11:14). Reconocían y temían a Cristo, a cuya autoridad estaban sujetos (Marcos 1:25; 3:11–12; 9:25), aunque según Él mismo confesara, sólo los podía expulsar por medio de su esfuerzo en la oración (Marcos 9:29).

Cristo autorizó y preparó a los Doce y a los setenta para que hicieran exorcismos en su nombre (esto es, por su poder; Lucas 9:1; 10:17), y el ministerio del exorcismo sigue siendo aún una necesidad pastoral de vez en cuando. La iglesia luterana del siglo XVI abolió los exorcismos, considerando que la victoria de Cristo sobre Satanás había suprimido la invasión demoníaca para siempre, pero este gesto fue prematuro.

El ejército demoníaco de Satanás usa también de estrategias más sutiles, como el engaño y el desaliento, de muchas formas distintas. La batalla contra estos constituye la esencia de la guerra espiritual (Efesios 6:10–18). Aunque los demonios les pueden causar problemas de muchas clases a las personas regeneradas en las cuales

mora el Espíritu Santo, no pueden frustrar de manera definitiva el propósito de Dios de salvar a sus elegidos, como tampoco podrán evitar al final su propio tormento eterno. Así como el diablo es el diablo de Dios (en frase de Lutero), también los demonios son demonios de Dios, enemigos derrotados (Colosenses 2:15) cuyo limitado poder sólo es prolongado para el avance de la gloria de Dios, a medida que los suyos contienden con ellos.

[p 79]

SATANÁS

LOS ÁNGELES CAÍDOS TIENEN UN CAUDILLO

Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás

Job 1:6

Satanás, caudillo de los ángeles caídos, al igual que ellos, viene a aparecer con toda claridad sólo en el Nuevo Testamento. Su nombre significa “adversario” (enemigo de Dios y de su pueblo), y el Antiguo Testamento lo presenta como tal (1 Crónicas 21:1; Job 1–2; Zacarías 3:1–2). El Nuevo Testamento le adjudica unos títulos reveladores: “diablo” (*diábolos*) significa acusador (esto es, del pueblo de Dios: Apocalipsis 12:9–10); Apolión (Apocalipsis 9:11) significa destructor; “el tentador” (Mateo 4:3; 1 Tesalonicenses 3:5) y “el maligno” (1 Juan 5:18–19) significan lo que dicen; “príncipe” y “dios de este mundo” indican que Satanás preside el estilo de vida contrario a Dios de la humanidad (Juan 12:31; 14:30; 16:11; 2 Corintios 4:4; cf. Efesios 2:2; 1 Juan 5:19; Apocalipsis 12:9). Jesús dijo que Satanás siempre había sido un asesino, y que es el padre de las mentiras; esto es, que es tanto el primero de los mentirosos, como el patrocinador de todas las falsedades y los engaños posteriores (Juan 8:44). Por último, se lo identifica como la serpiente que engañó a Eva en el Edén (Apocalipsis 12:9; 20:2). El cuadro general representa una maldad, malicia, furia y crueldad inimaginables, dirigidas contra Dios, contra su verdad y contra aquéllos a quienes Él les ha extendido su amor salvador.

Pablo hace resaltar la engañosa astucia de Satanás al afirmar que éste se convierte en ángel de luz, disfrutando la [p 80] maldad como bien (2 Corintios 11:14). Su destructora ferocidad se manifiesta en la descripción de que es como un león rugiente, que busca devorar (1 Pedro 5:8), y como un dragón (Apocalipsis 12:9). Así como era el enemigo jurado de Cristo (Mateo 4:1–11; 16:23; Lucas 4:13; Juan 14:30; cf. Lucas 22:3, 53), ahora es el enemigo del cristiano, siempre tratando de hallar los puntos débiles, desviando los puntos fuertes y socavando la fe, la esperanza y la integridad (Lucas 22:32; 2 Corintios 2:11; 11:3–15; Efesios 6:16). Es necesario tomarlo en serio, porque su maldad y su astucia lo hacen temible; sin embargo, no tan en serio que provoque un abyecto terror, porque se trata de un enemigo vencido. Satanás es más fuerte que nosotros, pero Cristo lo ha vencido (Mateo 12:29), y los cristianos también lo vencerán si le resisten con los recursos que les proporciona Cristo (Efesios 6:10–13; Santiago 4:7; 1 Pedro 5:9–10). Mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

Reconocer que Satanás es real, tomarse en serio su hostilidad, observar su estrategia (cualquier cosa, siempre que no sea el cristianismo bíblico) y darse cuenta de que siempre estamos en guerra con él, no equivale a caer en un concepto dualista de dos dioses, uno bueno y otro malo que combate con él. Satanás es una criatura sobrehumana, pero no divina; tiene gran conocimiento y poder, pero no es omnisciente ni omnipotente; se puede trasladar de maneras que no pueden los humanos, pero no es omnipresente; además, es un rebelde ya derrotado, que no tiene más poder que aquél que Dios le permite tener, y está destinado al lago de fuego (Apocalipsis 20:10).

[p 81]

HUMANIDAD

DIOS HIZO A LOS SERES HUMANOS A SU IMAGEN

Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.

Génesis 1:27

La declaración que aparece al principio de la Biblia (génesis 1:26–27, reflejada en el 5:1; 9:6; 1 Corintios 11:7; Santiago 3:9) sobre el hecho de que Dios hizo al hombre a su propia imagen, de manera que los seres humanos son semejantes a Dios de una forma en que no lo es ninguna otra criatura terrenal, nos dice que la dignidad especial que implica ser humanos es que, como tales, podemos reflejar y reproducir a nuestro propio nivel de criaturas los santos caminos de Dios, y de esta forma actuar como representantes directos suyos sobre la

tierra. Para esto fueron hechos los humanos, y en cierto sentido, sólo somos humanos hasta el punto en que lo estemos haciendo.

En Génesis 1:26–27 no se define la esfera en que el hombre es imagen de Dios, pero el contexto la presenta con claridad. Génesis 1:1–25 presenta a Dios como personal, racional (con inteligencia y voluntad, capaz de trazar planes y ejecutarlos), creativo, competente para controlar el mundo que Él hizo, y moralmente admirable porque todo cuanto crea es bueno. Es evidente que una imagen de Dios deberá incluir todas estas cualidades. Los versículos 28–30 presentan a Dios bendiciendo a los seres humanos que acaba de crear (esto debe significar que les dijo cuáles eran sus privilegios y su destino), y poniéndolos a gobernar la creación como representantes y ayudantes suyos. Así aparecen la capacidad del ser humano para comunicarse y relacionarse tanto con Dios como con los [p 82] demás humanos, y el dominio que Dios le ha dado sobre la creación inferior (destacado en el Salmo 8 como respuesta a la pregunta “¿Qué es el hombre?”), aparecen también como facetas de esta imagen.

Por tanto, en el momento de la Creación, la imagen de Dios en el hombre consistía (a) en que el hombre, era un “alma” o “espíritu” (Génesis 2:7, donde hay versiones que traducen correctamente como “ser viviente”; Eclesiastés 12:7); esto es, una criatura semejante a Dios, consciente de sí mismo y personal, con una capacidad para el conocimiento, el pensamiento y la acción semejante a la divina; (b) en que el hombre era moralmente recto, cualidad perdida en la Caída, y que en el presente se va restaurando en Cristo de manera progresiva (Efesios 4:24; Colosenses 3:10); (c) en que el hombre dominaba sobre su ambiente. Se suele añadir, y es razonable que se haga, que (d) la inmortalidad dada por Dios al hombre y (e) el cuerpo humano, por medio del cual experimentamos la realidad, nos expresamos a nosotros mismos y ejercemos nuestro dominio, pertenecen también a esta imagen.

El cuerpo no pertenece de manera directa a la imagen, puesto que Dios, como hemos indicado antes, no tiene cuerpo. Pertenece de manera indirecta, puesto que las actividades de ejercer dominio sobre la creación material y manifestarles afecto a otros seres racionales, que nos asemejan a Él, hacen necesario que tengamos un cuerpo. No hay una vida humana plena sin un cuerpo que funcione, tanto aquí como en el más allá. Esa verdad, implícita en Génesis 1, quedó explícita gracias a la encarnación y resurrección de Jesucristo, quien fue la imagen verdadera de Dios, tanto en su humanidad como en su divinidad. El Señor Jesús glorificado tiene un cuerpo para toda la eternidad, tal como les sucederá a los cristianos.

La Caída dañó la imagen de Dios, no sólo en Adán y Eva, sino en todos sus descendientes; esto es, en toda la raza humana. Retenemos esa imagen de manera estructural, en el sentido de que nuestra humanidad está intacta, pero no de manera funcional, porque ahora somos esclavos del pecado e incapaces [p 83] de usar nuestros poderes para reflejar la santidad de Dios. La regeneración comienza el proceso de restauración de la imagen moral de Dios en nuestra vida, pero hasta que no estemos plenamente santificados y glorificados, no podremos reflejar a Dios perfectamente en pensamiento y acción, tal como era el propósito al crear a la humanidad, y tal como el Hijo de Dios encarnado hizo en su humanidad y hace aún (Juan 4:34; 5:30; 6:38; 8:29, 46; Romanos 6:4, 5, 10; 8:11).

[p 84]

EL SER HUMANO

LOS HUMANOS SON CUERPO Y ALMA, EN DOS GÉNEROS

Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.

Génesis 2:7

Varón y hembra los creó.

Génesis 1:27

Todos y cada uno de los seres humanos que hay en este mundo constan de un cuerpo material animado o un yo personal inmaterial. Las Escrituras le dan a este yo el nombre de “alma” o “espíritu”. “Alma” destaca la distintividad del yo consciente de una persona como tal; “espíritu” lleva en sí el matiz de que este yo se deriva de Dios, depende de Él y es distinto al cuerpo como tal.

El uso bíblico nos lleva a decir que *tenemos y somos* alma y espíritu, pero es un error pensar que el alma y el espíritu son dos cosas diferentes; la visión “tricótoma” del ser humano como cuerpo, alma y espíritu es inco-

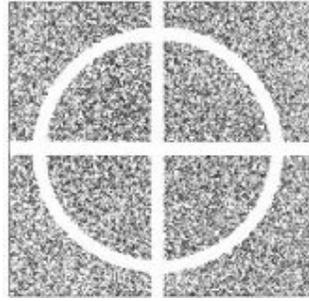
rrecta. La idea corriente de que el alma es órgano para la conciencia de este mundo solamente, y que el espíritu es un órgano distintivo de la comunión con Dios que adquiere vida en la regeneración se halla fuera de sintonía con las enseñanzas y el uso de las palabras en la Biblia. Además, conduce a un anti-intelectualismo paralizante por medio del cual la comprensión espiritual y el pensamiento teológico son separados, con el consiguiente empobrecimiento de ambos, puesto que se considera a la teología como algo del “alma” que no es espiritual, mientras [p 85] se piensa que las percepciones espirituales no tienen relación alguna con la enseñanza y el aprendizaje de la verdad revelada por Dios.

El que se encuentre el alma dentro de un cuerpo es algo integral dentro de los diseños de Dios para la humanidad. A través del cuerpo, como dijimos anteriormente, podemos experimentar nuestro ambiente, disfrutar y controlar las cosas que nos rodean, y relacionarnos con otras personas. Tal como Dios lo hizo, no había nada de malvado ni de corruptible en el cuerpo, y de no haber entrado el pecado, las enfermedades físicas, el envejecimiento y la decadencia que lleva a la muerte tal como la conocemos, nunca habrían formado parte de la vida humana (Génesis 2:17; 3:19, 22; Romanos 5:12). En cambio, ahora los seres humanos están corrompidos por completo en su ser psicofísico, tal como lo demuestran sus desordenados apetitos, tanto físicos como mentales, en su guerra continua entre sí y contra las normas de la sabiduría y de la justicia.

Al producirse la muerte, el alma deja detrás al cuerpo del difunto, pero no se trata de la feliz liberación que se han imaginado los filósofos griegos y algunos miembros de los cultos. La esperanza cristiana no es que seamos redimidos *del cuerpo*, sino que sea redimido *el cuerpo*. Esperamos con ansias nuestra participación en la resurrección de Cristo en y por medio de la resurrección de nuestro propio cuerpo. Aunque en el momento presente nos sea desconocida la composición exacta de nuestro futuro cuerpo glorificado, sabemos que habrá una cierta forma de continuidad con nuestro cuerpo presente (1 Corintios 15:35–49; Filipenses 3:20–21; Colosenses 3:4).

Ambos géneros, masculino y femenino, forman parte del diseño de la Creación. Hombres y mujeres son igualmente portadores de la imagen de Dios (Génesis 1:27), y por consiguiente, su dignidad es igual. La naturaleza mutuamente complementaria de los géneros tiene por propósito llevar a una cooperación enriquecedora (véase Génesis 2:18–23), cuando ambos desempeñan su papel, no sólo en el matrimonio, la [p 86] procreación y la vida familiar, sino también en las actividades más amplias de la vida. La percepción de la insondable diferencia que existe entre nosotros y una persona del otro género tiene como razón de ser convertirse en una escuela para aprender la práctica y el gozo de la valoración, la apertura, el honor, el servicio y la fidelidad, los cuales pertenecen todos a la cortesía que exige la misteriosa realidad del otro género. La ideología del “unisex” que trata de diluir la importancia de los dos géneros, pervierte así el orden dispuesto por Dios. En cambio, el lema francés sobre la distinción entre los géneros, “*Vive la différence!*” (¡ Que viva la diferencia!) expresa el punto de vista bíblico

[p 87]



SEGUNDA PARTE:
DIOS REVELADO
COMO REDENTOR

LA CAÍDA

LA PRIMERA PAREJA HUMANA PECÓ

Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.

Génesis 3:6

Pablo afirma en la epístola a los Romanos que por naturaleza, toda la humanidad se halla bajo la culpa y el poder del pecado, el reinado de la muerte y la ira inescapable de Dios (Romanos 3:9, 19; 5:17, 21; 1:18–19; cf. toda la sección del 1:18–3:20). En este tema, se remonta al pecado de aquél hombre que describe, al hablar en Atenas, como nuestro antepasado común (Romanos 5:12–14; Hechos 17:26; cf. 1 Corintios 15:22). Se trata de una interpretación apostólica con autoridad acerca del relato que recoge Génesis 3, donde encontramos la historia de la Caída, la derrota original de los humanos que los alejó de Dios y de la santidad para hacerlos entrar en el pecado y la perdición. Los puntos fundamentales de esa historia, vistos a través del lente de la interpretación dada por Pablo, son los siguientes:

(a) Dios hizo del primer hombre el representante de toda su posteridad, de igual manera que hizo de Jesucristo el representante de todos sus elegidos (Romanos 5:15–19 con el 8:29–30; 9:22–26). En ambos casos, el representante involucraría a aquellos que representaba en los frutos de su acto personal, fuera bueno o malo, de la misma forma que el líder de una nación involucra a su pueblo en las consecuencias de su acto cuando declara la guerra, por ejemplo. Esta disposición escogida por Dios, mediante la cual Adán decidiría el [p 90] destino de sus descendientes, ha sido llamada “el pacto de las obras”, faunque esta expresión no sea bíblica.

(b) Dios puso al primer hombre en un estado de felicidad, y prometió continuarlo para él y para su posteridad después de él, si mostraba fidelidad a través de una trayectoria de obediencia positiva y perfecta, y concretamente, al privarse de comer de un árbol descrito como el árbol de la ciencia del bien y del mal. Da la impresión de que el árbol tenía este nombre porque lo que estaba en cuestión era si Adán iba a dejar que Dios le dijera lo que era bueno o malo para él, o si trataría de decidirlo por sí mismo, sin tener en cuenta lo que había dicho Dios. De hecho, al comer de este árbol, Adán estaría declarando que él podía saber y decidir qué era bueno y qué era malo para él, sin consultar para nada a Dios.

(c) Adán, impulsado por Eva, que a su vez había sido impulsada por la serpiente (Satanás disfrazado: 2 Corintios 11:3 con el v. 14; Apocalipsis 12:9), desafió a Dios al comer del fruto prohibido. Las consecuencias fueron, en primer lugar, que la forma de pensar contra Dios y a favor del propio engrandecimiento, expresada en el pecado de Adán, se convirtió en parte de su ser y de la naturaleza moral que les transfirió a sus descendientes (Génesis 6:5; Romanos 3:9–20). En segundo lugar, Adán y Eva se encontraron dominados por una sensación de suciedad y de culpa que los hizo sentir avergonzados y temerosos ante Dios, y con razón. En tercer lugar, recibieron una maldición según la cual debían esperar el dolor y la muerte, y fueron expulsados del Edén. No obstante, al mismo tiempo Dios comenzó a mostrarles su misericordia salvadora; les hizo vestidos de pieles para cubrir su desnudez y prometió que la simiente de la mujer le quebrantaría la cabeza a la serpiente un día. Esto es sombra de Cristo.

Aunque el Génesis haga este relato con un estilo algo figurado, nos pide que lo leamos como historia; en el Génesis se relaciona a Adán con los patriarcas, y con ellos, al resto de la humanidad, por medio de las genealogías (caps. 5, 10, 11), con lo que se convierte en una parte tan real de la historia en [p 91] cuanto a tiempo y espacio, como Abraham, Isaac y Jacob. Todos los personajes principales del libro después de Adán, con la excepción de José, aparecen como pecadores de una u otra forma, y la muerte de José, como la de casi todos los demás que aparecen en el relato, aparece cuidadosamente registrada (Génesis 50:22–26); la afirmación de Pablo de que “en Adán todos mueren” (1 Corintios 15:22) sólo hace explícito lo que el Génesis ya ha dicho de manera clara, aunque implícita.

Se puede afirmar con toda justicia que la narración de la Caída nos proporciona la única explicación convincente que ha visto el mundo sobre la perversidad de la naturaleza humana. Pascal decía que la doctrina del pecado original parece una ofensa a la razón, pero una vez aceptada, le da una lógica total a la triste situación de los seres humanos. Tenía razón, y lo mismo se debería decir de la propia narración sobre la Caída.

LA DEPRAVACIÓN INFECTA A TODOS

*He aquí, en maldad he sido formado,
y en pecado me concibió mi madre.*

Salmo 51:5

Las Escrituras diagnostican el pecado como una deformación universal de la naturaleza humana, que aparece en todo momento y en toda persona (1 Reyes 8:46; Romanos 3:9–23; 7:18; 1 Juan 1:8–10). Ambos Testamentos lo designan a base de nombres que manifiestan su carácter ético como rebelión contra el dominio de Dios, el acto de no dar en el blanco que Dios nos ha puesto delante, de transgredir la ley de Dios, de desobedecer a las órdenes divinas, de ofender la pureza de Dios al contaminarnos a nosotros mismos, y de caer en culpa ante Dios como Juez. Esta deformidad moral es dinámica: el pecado se revela como una energía de reacción irracional, negativa y rebelde ante el llamado y el mandato de Dios; un espíritu de lucha contra Dios a fin de jugar a ser Dios. La raíz del pecado es el orgullo y la enemistad contra Dios, el espíritu que se nota en la primera transgresión de Adán, y los actos de pecado siempre tienen tras sí pensamientos, motivos y deseos que de una u otra forma expresan la hostilidad voluntaria del corazón caído ante las demandas de Dios sobre nuestra vida.

En un sentido amplio, podemos definir el *pecado* como una falta de conformidad con la ley de Dios en actos, hábitos, actitudes, puntos de vista, disposición, motivación y manera de existir. Entre los lugares de las Escrituras donde se ilustran los diferentes aspectos del pecado se encuentran Jeremías 17:9; Mateo 12:30–37; Marcos 7:20–23; Romanos 1:18—[p 93] 3:20; 7:7–25; 8:5–8; 14:23 (Lutero decía que Pablo había escrito la epístola a los Romanos para “ampliar de tamaño el pecado”); Gálatas 5:16–21; Efesios 2:1–3; 4:17–19; Hebreos 3:12; Santiago 2:10–11; 1 Juan 3:4; 5:17. En los escritos de Pablo, la palabra *carne* suele referirse a un ser humano que es guiado por sus apetitos pecaminosos; hay versiones que traducen la palabra en estas circunstancias con la expresión “naturaleza pecaminosa”. Las faltas y los vicios concretos (es decir, las formas y expresiones del pecado) que detectan y denuncian las Escrituras son demasiados para enumerarlos aquí.

La expresión *pecado original*, que se refiere al pecado que se deriva de nuestro origen, no es una frase bíblica (fue Agustín quien la ideó), pero sí enfoca de una manera provechosa la realidad del pecado en nuestro sistema espiritual. La afirmación de que hay un pecado original no significa que el pecado forme parte de la naturaleza humana, tal como Dios la hizo (Él hizo justa a la humanidad, Eclesiastés 7:29), ni que haya pecado involucrado en los procesos de reproducción y nacimiento (la impureza relacionada con la menstruación, el semen y el parto en Levítico 12 y 15 era típica y ceremonial solamente; no moral y real), sino que (a) esta condición de pecado marca a todos desde su nacimiento, y se halla presente bajo la forma de un corazón torcido en cuanto a sus motivaciones, antes de que exista ningún pecado real; (b) esta pecaminosidad interna es la raíz y fuente de todos los pecados personales; (c) llega hasta nosotros de una manera real, aunque misteriosa, desde Adán, nuestro primer representante ante Dios. La afirmación de que hay un pecado original expresa el principio de que no somos pecadores porque pequeños, sino que más bien pecamos, porque somos pecadores, nacidos con una naturaleza esclavizada al pecado.

La frase *depravación total* se suele usar para hacer explícitas las consecuencias del pecado original. Significa que existe una corrupción de nuestra naturaleza moral y espiritual que es completa, no en grado (porque nadie es tan malo como podría ser), sino en extensión. Declara que no hay parte [p 94] alguna de nuestro ser que no haya sido tocada por el pecado; por tanto, no hay acción nuestra que sea tan buena como debería ser y, en consecuencia, no hay nada en nosotros o relacionado con nosotros que pueda parecer jamás digno de mérito ante los ojos de Dios. No nos podemos ganar el favor de Dios, hagamos lo que hagamos; a menos que la gracia nos salve, estamos perdidos.

La depravación total conlleva una incapacidad total; esto es, el estado de no tener recursos internos para responder ante Dios y ante su Palabra de una manera sincera y profunda (Juan 6:44; Romanos 8:7–8). Pablo llama “estado de muerte” a esta incapacidad de respuesta por parte del corazón caído (Efesios 2:1, 5; Colosenses 2:13), y la Confesión de Westminster dice: “El hombre, por haber caído en un estado de pecado, ha perdido por completo toda capacidad o voluntad para realizar bien espiritual alguno que acompañe a la salvación; de manera que, como hombre natural, al ser totalmente contrario a ese bien, y estar muerto en el pecado, no puede convertirse a sí mismo por sus propias fuerzas, ni tampoco prepararse para ello” (IX.3).

[p 95]

INCAPACIDAD

LOS SERES HUMANOS CAÍDOS SON LIBRES Y ESCLAVOS AUN TIEMPO

Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿Quién lo conocerá?

Jeremías 17:9

Una reflexión clara acerca de la naturaleza humana caída exige que se haga una distinción entre lo que se ha llamado durante los dos últimos siglos *agencia* libre y lo que se ha llamado *voluntad* libre desde los principios del cristianismo. Agustín, Lutero, Calvino y otros hablaron de la *voluntad* libre en dos sentidos, ordinario el primero e importante el segundo, pero esto resultaba confuso, y es mejor usar siempre la palabra en el primero de estos sentidos.

La agencia libre es marca de los seres humanos como tales. Todos los humanos son agentes libres, en el sentido de que toman sus propias decisiones en cuanto a lo que harán, escogiendo según les parece, a la luz de su sentido de lo correcto y lo incorrecto, y las inclinaciones que sienten. Así es como son agentes morales, responsables ante Dios y entre ellos por sus decisiones voluntarias. Así era Adán, tanto antes de pecar como después; así somos nosotros ahora, y así son los santos glorificados que están confirmados en gracia de tal manera, que ya no tienen dentro de sí la inclinación al pecado. La incapacidad de pecar va a ser uno de los deleites y glorias del cielo, pero no va a liquidar la humanidad de la persona; los santos glorificados aún tomarán decisiones de acuerdo con su naturaleza, y estas decisiones serán también producto de la agencia libre humana, porque siempre serán buenas y justas.

[p 96] No obstante, los maestros cristianos han definido a partir del siglo II la voluntad libre como la capacidad para escoger todas las opciones morales que ofrezca una situación, y Agustín afirmó, en contra de Pelagio y de la mayoría de los Padres griegos, que el pecado original nos ha privado de voluntad libre en este sentido. No tenemos capacidad natural para discernir y escoger el camino de Dios, porque no tenemos una inclinación natural hacia Él; nuestro corazón se halla esclavizado al pecado, y sólo la gracia de la regeneración nos puede liberar de esa esclavitud. En su sustancia, esto es lo que enseña Pablo en Romanos 6:16–23; sólo la voluntad *liberada* (Pablo habla de la persona liberada) escoge la justicia libre y voluntariamente. El amor permanente por la justicia—esto es, la inclinación del corazón hacia la manera de vivir que agrada a Dios—es un aspecto de la libertad que da Cristo (Juan 8:34–36; Gálatas 5:1, 13).

Vale la pena observar que la voluntad es una abstracción. Mi voluntad no es una parte de mi ser que yo pueda mover o no mover, según decida, como la mano o el pie; es precisamente mi propio yo, decidiendo actuar y después, entrando en acción. Podemos expresar con mayor claridad la verdad con respecto a la agencia libre, y a que Cristo domina al esclavo del pecado del dominio de éste, si dejamos a un lado la palabra voluntad, y cada persona dice: “Yo soy el agente libre, moralmente responsable; yo soy el esclavo del pecado a quien Cristo debe liberar; yo soy el ser caído que sólo tengo en mí capacidad para tomar decisiones contra Dios hasta que Él me renueve el corazón.

[p 97]

EL PACTO

DIOS LLEVA A LOS HUMANOS LLENOS DE PECADO A UN PACTO DE GRACIA

Pero Jehová había dicho a Abraham: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.

Génesis 12:1–3

En las Escrituras, los pactos son acuerdos solemnes, negociados o impuestos de manera unilateral, que atan entre sí a ambas partes en unas relaciones permanentes definidas, con promesas, exigencias y obligaciones concretas por ambas partes (por ejemplo, el pacto matrimonial, Malaquías 2:14).

Cuando Dios hace un pacto con sus criaturas, es Él solo quien establece sus términos, como lo manifiesta su pacto con Noé y con todas las criaturas vivientes (Génesis 9:9). Cuando Adán y Eva desobedecieron los términos del pacto de las obras (Génesis 3:6), Dios no los destruyó, sino que les reveló su pacto de gracia, al prometer un Salvador (Génesis 3:15). El pacto de Dios se apoya en su promesa, como se ve con claridad en su pacto

con Abraham. Él llamó a Abraham para que saliera hacia la tierra que le daría, y le prometió bendecirlo a él, y a todas las familias de la tierra a través de él (Génesis 12:1–3). Abraham hizo caso del llamado de Dios, [p 98] porque creyó su promesa; su fe en la promesa fue lo que Dios le atribuyó como justicia (Génesis 15:6; Romanos 4:18–22). El pacto de Dios con Israel en el Sinaí tomó la forma de los tratados de soberanía del Oriente Medio; esto es, un pacto real impuesto de forma unilateral sobre un rey vasallo y un pueblo de siervos. Aunque aquel pacto exigía obediencia a las leyes de Dios bajo la amenaza de su maldición, era continuación de su pacto de gracia (Éxodo 3:15; Deuteronomio 7:7–8; 9:5–6). Dios le dio sus mandamientos a un pueblo que Él ya había redimido y reclamado como suyo (Éxodo 19:4; 20:2). La promesa del pacto de Dios fue fortalecida por medio de los tipos y sombras de la ley dada a Moisés. El que los israelitas no fueran capaces de cumplir con el pacto mosaico manifestó la necesidad de una nueva redención y pacto, para que el pueblo de Dios fuera verdaderamente suyo, y Él fuera del pueblo (Jeremías 31:31–34; 32:38–40; cf. Génesis 17:7; Éxodo 6:7; 29:45–46; Levítico 11:44–45; 26:12).

El pacto de Dios con Israel era una preparación para la venida del mismo Dios en la persona de su Hijo, a cumplir todas sus promesas y a darles sustancia a las sombras arrojadas por los tipos (Isaías 40:10; Malaquías 3:1; Juan 1:14; Hebreos 7–10). Jesucristo, el mediador del nuevo pacto, se ofreció a sí mismo como el sacrificio verdadero y definitivo por el pecado. Obedeció la ley de una manera perfecta y, en su condición de segundo cabeza y representante de la raza humana, se convirtió en el heredero de todas las bendiciones del pacto, que comprendían perdón, paz y amistad con Dios en su creación renovada, bendiciones que ahora les otorga a los creyentes. Las disposiciones típicas y temporales para la entrega de esas bendiciones fueron desechadas por medio de la realización de aquello de lo que eran anticipo. El envío de su Espíritu por parte de Cristo desde el trono de su gloria sella al pueblo de Dios como propiedad suya, al mismo tiempo que Él se entrega a ese pueblo (Efesios 1:13–14; 2 Corintios 1:22).

Tal como lo explica Hebreos 7–10, Dios introdujo una versión mejorada de su único pacto eterno con los pecadores [p 99] (13:20); un pacto mejor, con promesas mejores (8:6), basado en un sacrificio mejor (9:23) ofrecido por un sumo sacerdote mejor en un santuario también mejor (7:26–8:6; 8:11, 13–14), que garantiza una esperanza mejor que cuanto hizo explícito jamás la versión anterior del pacto; esto es, una gloria sin fin con Dios en “una patria mejor, esto es, celestial” (11:16; cf. 40).

El cumplimiento del pacto antiguo en Cristo les abre la puerta de la fe a los gentiles. La “simiente de Abraham”, la comunidad definida con la cual fue realizado el pacto, fue redefinida en Cristo. Gentiles y judíos que están unidos a Cristo por la fe, se convierten en Él simiente de Abraham (Gálatas 3:26–29), mientras que nadie fuera de Cristo puede entrar en un pacto con Dios (Romanos 4:9–17; 11:13–24).

El propósito de Dios al establecer su pacto es, como siempre fue, la reunión y santificación del pueblo del pacto, tomado “de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Apocalipsis 7:9), que un día habitará en la nueva Jerusalén dentro de un orden mundial renovado (21:1–2). Allí hallará su máxima expresión la relación del pacto: “Ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (21:3). Hacia esa meta se sigue moviendo la forma que Dios les da a los acontecimientos mundiales.

El marco del pacto comprende toda la economía de la gracia soberana de Dios. El ministerio celestial de Cristo sigue siendo el del “Mediador del nuevo pacto” (Hebreos 12:24). La salvación es una salvación pactada: la justificación y la adopción, la regeneración y la santificación son misericordias del pacto; la elección es la forma en que Dios escogió los futuros miembros de la Iglesia, la comunidad de su pacto; el bautismo y la Santa Cena, que corresponden con la circuncisión y la Pascua, son ordenanzas del pacto; la ley de Dios es la ley del pacto, y cumplirla es la expresión más genuina de gratitud por la gracia del pacto, y de lealtad a nuestro Dios del pacto. Entrar en el pacto con Dios como respuesta al pacto que Él ha hecho con nosotros debería ser [p 100] un ejercicio devocional corriente para todos los creyentes, tanto en privado como ante la mesa del Señor. La comprensión del pacto de la gracia nos guía a través de todas las maravillas del amor redentor de Dios, y nos ayuda a valorarlas.

[p 101]

LA LEY

DIOS LEGISLA, Y EXIGE OBEDIENCIA

Llamó Moisés a todo Israel y les dijo: Oye, Israel, los estatutos y decretos que yo pronuncio hoy en vuestros oídos; aprendedlos, y guardadlos, para ponerlos por obra.

Deuteronomio 5:1

El hombre no fue creado autónomo; esto es, libre para constituirse en su propia ley, sino teónimo, o sea, obligado a cumplir la ley de su Hacedor. Esto no significaba privación alguna, porque Dios lo había hecho de tal forma, que era la obediencia agradecida la que le producía la felicidad mayor; el deber y el deleite coincidían, como sucedía con Jesús (Juan 4:34; cf. Salmos 112:1; 119:14, 16, 47-48, 97-113, 127-128, 163-167). Al corazón humano caído le desagrada la ley de Dios, porque es una ley y porque es de Dios; en cambio, los que conocen a Cristo hallan que no sólo aman la ley y quieren guardarla por agradecimiento ante la gracia (Romanos 7:18-22; 12:1-2), sino también que él Espíritu Santo los conduce a un grado de obediencia salida del corazón, que nunca antes habían tenido (Romanos 7:6; 8:4-6; Hebreos 10:16).

La ley moral de Dios es presentada de manera amplia en las Escrituras con el Decálogo (los Diez mandamientos), las otras normas mosaicas, los sermones de los profetas, las enseñanzas de Jesús y las epístolas del Nuevo Testamento. Refleja su santidad y sus propósitos para los seres humanos que Él creó. Dios ordena la conducta que a Él le agrada ver, y prohíbe la que lo ofende. Jesús resume la ley moral en los dos grandes mandamientos de amar a nuestro Dios y amar a nuestro prójimo (Mateo 22:37-40), de los cuales, afirma, [p 102] “dependen” todas las instrucciones morales del Antiguo Testamento. Las enseñanzas morales de Cristo y de sus apóstoles son la ley antigua, profundizada y aplicada a circunstancias nuevas: la vida en el reino de Dios donde reina el Salvador, y en la era del Espíritu posterior a Pentecostés, donde los que forman el pueblo de Dios son llamados a vivir la vida del cielo entre ellos y a ser la contracultura de Dios en el mundo.

Las leyes bíblicas son de diversas clases. Las leyes morales ordenan la conducta personal y comunitaria que constituye siempre nuestro deber. Las leyes políticas del Antiguo Testamento aplicaban los principios de la ley moral a la situación nacional de Israel cuando era un estado eclesial, el pueblo de Dios sobre la tierra. Las leyes del Antiguo Testamento sobre la pureza ritual, los alimentos y los sacrificios constituían decretos temporales con propósitos educativos, que el Nuevo Testamento cancela (Mateo 15:20; Marcos 7:15-19; 1 Timoteo 4:3-5; Hebreos 10:1-14, 13:9-10) porque su significado simbólico había quedado cumplido. La yuxtaposición de leyes morales, judiciales y rituales en los libros mosaicos llevaba en sí el mensaje de que la vida sometida a Dios no se debe ver y vivir dividida en compartimentos, sino como una unidad con muchas facetas, y también que la autoridad de Dios como legislador le daba igual fuerza al código entero. Sin embargo, las leyes eran de diferentes clases, con propósitos distintos, y las leyes políticas y rituales tenían una aplicación aplicada. Se ve con claridad, tanto a partir del contexto inmediato, como a partir del resto de sus enseñanzas, que la afirmación de Jesús acerca de la fuerza universal e inmutable de la ley de Dios se refiere a la ley moral como tal (Mateo 5:17-19; cf. Lucas 16:16-17).

Dios exige la obediencia total de cada persona total a todas las derivaciones de su ley, tal como Él la ha promulgado. Esta ley obliga “a todo el hombre... a la obediencia para siempre”: “es espiritual, y por tanto, llega hasta el entendimiento, la voluntad, los afectos y todos los demás poderes del alma, así como a las palabras, las acciones y los gestos” (en otras [p 103] palabras, los deseos deben ser tan rectos como los actos, y las exterioridades farisaicas no bastan: Mateo 15:7-8; 23:25-28), y los corolarios de la ley forman parte de su contenido: “donde se ordena un deber, se prohíbe el pecado contrario; y donde se prohíbe un pecado, se ordena el deber contrario” (Catecismo Mayor de Westminster, P. 99).

[p 104]

LA LEY EN ACCIÓN

LA LEY MORAL DE DIOS TIENE TRES PROPÓSITOS

Yo no conocí el pecado sino por la ley.

Romanos 7:7

Las Escrituras señalan que Dios quiere que su ley funcione en tres sentidos, que Calvino cristalizó de manera clásica para beneficio de la Iglesia como el uso triple de la ley.

Su primera función consiste en ser un espejo que refleje para nosotros tanto la justicia perfecta de Dios, como nuestro propio pecado y nuestras faltas. Así, “la ley nos propone, cuando tratamos de cumplir sus exigencias y nos cansamos de estar sometidos a ella en nuestra debilidad, que aprendamos a pedir la ayuda de la gracia” (Agustín). La ley tiene como propósito darnos conocimiento del pecado (Romanos 3:20; 4:15; 5:13; 7:7-11) y, al mostrarnos que tenemos necesidad de perdón y nos hallamos en peligro de condenación, guiarnos al arrepentimiento y a la fe en Cristo (Gálatas 3:19-24).

Su segunda función consiste en contener el mal. Aunque no puede cambiar el corazón, hasta cierto punto puede inhibir la anarquía con sus amenazas de juicio, en especial cuando la respalda un código civil que castiga los delitos probados (Deuteronomio 13:6–11; 19:16–21; Romanos 13:3–4). De esta forma asegura que exista algún orden civil y sirve hasta cierto punto para proteger a los justos de los injustos.

Su tercera función consiste en guiar al que ha sido regenerado hacia las buenas obras que Dios ha planificado para él (Efesios 2:10). La ley les dice a los hijos de Dios lo que le agrada a su Padre celestial. Se podría considerar como el código familiar. Cristo estaba refiriéndose a este tercer uso [p 105] de la ley cuando decía que había que enseñarles a guardar la ley y a hacer todo lo que Él había ordenado a los que se hicieran discípulos suyos (Mateo 5:18–20, 28:20), y que es la obediencia a sus mandatos la que va a demostrar la realidad de nuestro amor por Él (Juan 14:15). El cristiano está libre de la ley como supuesto sistema de salvación (Romanos 6:14; 7:4, 6; 1 Corintios 9:20; Gálatas 2:15–19; 3:25), pero se halla “bajo la ley de Cristo” como norma de vida (1 Corintios 9:21; Gálatas 6:2).

[p 106]

CONCIENCIA

DIOS NOS ENSEÑA Y PURIFICA NUESTRO CORAZÓN

*Y la tierra se contaminó bajo sus moradores;
porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho,
quebrantaron el pacto sempiterno.*

Isaías 24:5

La conciencia es el poder innato de nuestra mente para hacer juicios morales sobre nosotros mismos, aprobando o reprobando nuestras actitudes, acciones, reacciones, pensamientos y planes, y diciéndonos, si no aprueba lo que hemos hecho, lo que debemos sufrir por ello. La conciencia está constituida por dos elementos: (a) el conocimiento de que ciertas cosas son correctas o incorrectas y, (d) la capacidad para aplicar las leyes y las reglas a las situaciones concretas. Como diferente a todos los otros poderes mentales, la conciencia es algo único; la sentimos como si fuera otra persona separada de nosotros, que con frecuencia, habla cuando a nosotros nos gustaría que estuviera callada, y nos dice cosas que preferiríamos no escuchar. Nosotros podemos decidir si le hacemos caso a la conciencia, pero no podemos decidir si va a hablar o no; nuestra experiencia nos dice que eso, ella lo decide por sí misma. Debido a su insistencia en juzgarnos a partir de la norma más alta que corozcamos, la consideramos la voz de Dios en el alma, y hasta ese punto, lo es

Pablo dice que Dios ha escrito algunas de las exigencias de su ley en todos los corazones humanos (Romanos 2:14–15), y la experiencia lo confirma. (En las Escrituras, la palabra “corazón” suele ser sinónimo de “conciencia”; hay versiones que traducen correctamente expresiones como “se turbó el corazón de David”, en 1 Samuel 24:5, con estas palabras: “la [p 107] conciencia de David lo sacudió”; hay otros ejemplos más). Con todo, es posible que la conciencia esté mal informada, o condicionada a ver como bien el mal, o cauterizada y embotada por la repetición del pecado (1 Timoteo 4:2), y en esos casos, no va a ser la voz de Dios. Sólo debemos recibir como voz de Dios los juicios particulares de la conciencia cuando estén de acuerdo con la ley y la verdad divinas que aparecen en las Escrituras. Por tanto, es necesario educar a la conciencia para que juzgue bíblicamente.

La conciencia de la persona tiene tendencia a reflejar las normas familiares y comunitarias, o la ausencia de ellas. El libro de los Jueces relata historias espantosas sobre cosas que se hicieron en una época durante la cual “cada uno hacía lo que bien le parecía” (17:6; 21:25).

La superstición o los escrúpulos pueden llevar a una persona a considerar pecaminosa una acción que la Palabra de Dios declara que no lo es, pero para una conciencia “débil” así (Romanos 14:1–2; 1 Corintios 8:7, 12), hacer lo que considera pecado sería pecado (Romanos 14:23), y por consiguiente, nunca debemos presionar a las personas “débiles” para que hagan lo que ellas en conciencia no pueden hacer.

El ideal del Nuevo Testamento es una conciencia que sea “buena” y “limpia” (porque lo que buscamos es la justicia, y debemos evitar el pecado: Hechos 24:16; 1 Timoteo 1:5, 19; Hebreos 13:18; 1 Pedro 3:16). Para llegar a esto, es necesario que nuestra conciencia sea “purificada” primero por la sangre de Cristo; debemos ver que, gracias a que Cristo soportó en el sacrificio de su muerte el sufrimiento que nos merecíamos nosotros por

todas nuestras malas acciones, éstas ya no constituyen una barrera para nuestra comunión con Dios (Hebreos 9:14).

[p 108]

ADORACIÓN

DIOS NOS DA UNAS PAUTAS LITÚRGICAS

Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor. Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano ...

Salmo 95:6-7

En la Biblia, la adoración es la respuesta debida de las criaturas racionales ante la revelación que hace su Creador de sí mismo. Consiste en honrar y glorificar a Dios a base de ofrecerle de vuelta con gratitud todos los buenos dones, y todo el conocimiento de su grandeza y bondad que El les ha dado. Comprende la alabanza por lo que Él es, la acción de gracias por lo que ha hecho, el anhelo de que Él se glorifique más aún por medio de nuevos actos de misericordia, de juicio y de poder, y la confianza en Él en cuanto a nuestra preocupación por nuestro bienestar futuro y el de otros. Los arranques de maravillada admiración y celebración agradecida forman parte de ella: David danzó con apasionado celo “delante de Jehová” cuando hizo subir el arca a Jerusalén, y se sentó en humilde asombro “ante Jehová” cuando Él le prometió una dinastía, y es evidente que su adoración agradó a Dios en ambas ocasiones (2 Samuel 6:14-16; 7:18). Aprender de Dios también constituye adoración: la atención a sus palabras de instrucción lo honra; la falta de atención es un insulto. La adoración aceptable exige “limpieza de manos y pureza de corazón” (Salmo 24:4) y estar dispuestos a expresar nuestra entrega no sólo en palabras de adoración, sino también en obras de servicio.

La base de la adoración es la relación de pacto por medio de la cual Dios se ha identificado con aquéllos a quienes ha [p 109] salvado y proclamado suyos. Esto era tan cierto en cuanto a la adoración del Antiguo Testamento, como lo es ahora de la adoración cristiana. El espíritu de adoración dentro del pacto, según el modelo que el Antiguo Testamento presenta de él, es una mezcla de asombro reverente y de gozo por el privilegio de podernos acercar al Creador omnipotente con una humildad radical y una sincera confesión de nuestro pecado, necedad y necesidad. Puesto que Dios es santo, y nosotros los humanos estamos llenos de faltas, así deberá ser siempre en este mundo. Así como la adoración va a ser central en la vida del cielo (Apocalipsis 4:8-11, 5:9-14; 7:9-17; 11:15-18; 15:2-4; 19:1-10), también debe ser central en la vida de la Iglesia sobre la tierra, y debería ser ya la actividad principal, tanto privada como corporativa, en la vida de todos los creyentes (Colosenses 3:17).

En la legislación mosaica, Dios le dio al pueblo del pacto todo un conjunto de pautas para la adoración. En él estaban incluidos todos los elementos de la adoración genuina, aunque algunos de ellos eran tipos que señalaban hacia Cristo en el futuro, y dejaron de tener validez cuando Él vino. En el libro de los Salmos aparecen himnos y oraciones para que Israel los use en su culto. Los cristianos los usan con todo derecho hoy en su adoración, haciendo los ajustes mentales necesarios cuando se refieren a rasgos típicos de la dispensación del Antiguo Testamento en el pacto con Dios: el rey terrenal de Israel, el reino, los enemigos, las batallas y las experiencias de prosperidad, empobrecimiento y disciplina divina, además de las cosas que eran típicas de las pautas judías de adoración.

Los rasgos principales de las pautas litúrgicas dadas por Dios a Israel son los siguientes:

(a) El día de reposo, el séptimo día después de seis días de trabajo: un día santo para el descanso, que se debía observar en memoria de la Creación (Génesis 2:3; Éxodo 20:8-11) y la redención (Deuteronomio 5:12-15). Dios insistía en que se celebrara el día de reposo (Éxodo 16:21-30; 20:8-9; 31:12-17; [p 110] 34:21; 35:1-3; Levítico 19:3, 30; 23:3; cf. Isaías 58:13-14) y hacía del quebrantamiento del día de reposo un delito capital (Éxodo 31:14; Números 15:32-36).

(b) Tres fiestas nacionales al año (Éxodo 23:14-17; 34:23; Deuteronomio 16:16) en las cuales se reunía el pueblo en el santuario de Dios para ofrecer sacrificios en celebración de su generosidad; para buscar y reconocer la reconciliación y la amistad con Él, y para comer y beber juntos como expresión de gozo. La fiesta de la Pascua y de los Panes sin levadura, que se celebraba en el decimocuarto día del primer mes, conmemoraban el Éxodo (Éxodo 12; Levítico 23:5-8; Números 28:16-25; Deuteronomio 16:1-8); la fiesta de las Semanas, llamada también fiesta de la Cosecha y día de las Primicias, señalaba el final de la cosecha de los cereales, y se celebraba cincuenta días después del día de reposo con el que comenzaba la Pascua (Éxodo 23:16; 34:22; Levítico 23:15-22; Números 28:26-31; Deuteronomio 16:9-12), y la fiesta de los Tabernáculos, llamada también

fiesta de Reunión, que tenía lugar desde el día decimoquinto hasta el vigésimo segundo del mes séptimo, que celebraba el final del año agrícola, además de recordarles la forma en que Dios guió a Israel por el desierto (Levítico 23:39–43; Números 29:12–38; Deuteronomio 16:13–15).

(c) El día de Expiación, celebrado el día décimo del mes séptimo, durante el cual el sumo sacerdote entraba con sangre en el santuario central del templo para expiar los pecados cometidos por Israel en el año anterior, y el macho cabrío expiatorio era llevado al desierto como señal de que aquellos pecados ya habían desaparecido (Levítico 16).

(d) El sistema ordinario de sacrificios, en el que había holocaustos diarios y mensuales (Números 28:1–15), además de diversos sacrificios personales, cuyas características comunes eran que todo cuanto se ofreciera debía ser sin defecto y que, cuando se ofrecía un animal, se debía derramar su sangre sobre el altar de los holocaustos para hacer expiación (Levítico 17:11).

[p 111] Los ritos de purificación personal (Levítico 12–15; Números 19) y de consagración (por ejemplo, la consagración del primogénito, Éxodo 13:1–16) también formaban parte de las pautas señaladas por Dios.

Bajo el nuevo pacto, en el cual los tipos del Antiguo Testamento ceden su lugar a sus antitipos, el sacerdocio, el sacrificio y la intercesión de Cristo reemplazan a todo el sistema mosaico en cuanto a alejar el pecado (Hebreos 7–10); el bautismo (Mateo 28:19) y la Santa Cena (Mateo 26:26–29; 1 Corintios 11:23–26) reemplazan a la circuncisión (Gálatas 2:3–5; 6:12–16) y a la Pascua (1 Corintios 5:7–8); el calendario de fiestas judío ya no nos obliga (Gálatas 4:10; Colosenses 2:16); las nociones sobre la impureza ceremonial y la purificación, impuestas por Dios para crear conciencia de que hay ciertas cosas que cortan nuestra relación con Dios, han dejado de tener aplicación (Marcos 7:19; 1 Timoteo 4:3–4); el día de reposo es renovado con una casuística de hacer el bien, más que de no hacer nada (Lucas 13:10–16; 14:1–6), y contado de otra forma, a base de uno más seis, en lugar de seis más uno. Parece evidente que los apóstoles les enseñaron a los cristianos a adorar en el primer día de la semana, el día de la resurrección de Jesús, “el día del Señor” (Hechos 20:7; Apocalipsis 1:10), tratándolo como el día de reposo cristiano. Estos cambios fueron trascendentales, pero las pautas de alabanza, acción de gracias, deseo, confianza, pureza y servicio, que constituyen la adoración genuina, permanecen inalteradas hasta nuestros días.

[p 112]

LOS PROFETAS

DIOS ENVIÓ MENSAJEROS PARA QUE PROCLAMARAN SU VOLUNTAD

*Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos,
como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare.*

Deuteronomio 18:18

Los profetas canónicos, cuyos libros constituyen la cuarta parte del Antiguo Testamento, fueron llamados por Dios para ser órganos y canales de la revelación. Eran hombres de Dios que estaban en su secreto (Jeremías 23:22), conocían sus pensamientos y fueron capacitados por Él para manifestarlos. Dios Espíritu Santo hablaba en ellos y a través de ellos (2 Pedro 1:19–21; Isaías 61:1; Miqueas 3:8; Hechos 28:25–27; 1 Pedro 1:10–12). Sabían que eso era lo que Él estaba haciendo, y por eso se atrevían a comenzar sus mensajes con un “esto es lo que dice Jehová” o un “profecía de Jehová”, y presentar al propio Yahwé como el que dice lo que ellos reconocen.

La profecía comprendía predicción, pero esto se solía hacer dentro de un contexto en el que se le declaraban las advertencias y exhortaciones de Dios al pueblo de su pacto para aquellos momentos (proclamación). Las predicciones se referían a la venida del rey y el reino de Dios después de los juicios purificadores; la preocupación principal de los profetas era la exhortación al arrepentimiento, en la esperanza de que se pudieran evitar los juicios por el momento presente. Primordialmente, eran reformadores que exigían el cumplimiento de la ley de Dios y llamaban a su pueblo a regresar a la fidelidad al pacto de la que nunca habrían debido caer.

[p 113] A su predicación dirigida a la nación iba acompañada la oración por la nación: le hablaban a Dios acerca del pueblo con tanta vehemencia como le hablaban al pueblo acerca de Dios, y cumplían un ministerio propio suyo como intercesores (Éxodo 32:30–32 [Moisés]; 1 Samuel 7:5–9; 12:19–23 [Samuel]; 2 Reyes 19:4 [Isaías]; cf. Jeremías 7:16; 11:14; 14:11).

Los falsos profetas fueron la perdición de Israel. Relacionados profesionalmente con el culto organizado del pueblo, decían lo que éste quería escuchar, y declaraban sus propios sueños y opiniones, en lugar de presentar palabra de Dios (1 Reyes 22:1–28; Jeremías 23:9–40; Ezequiel 13).

En el Nuevo Testamento, un libro, el Apocalipsis, se anuncia a sí mismo como profecía verdadera y digna de crédito, recibida directamente de Dios (en realidad, de Dios Padre a través de Jesucristo: Apocalipsis 1:1–3; 22:12–20). El ministerio de los apóstoles contenía instrucción directa de Dios a su pueblo, tal como la había contenido el ministerio profético del Antiguo Testamento, aunque la manera de presentarla fuera diferente. Los profetas del período del Nuevo Testamento estaban relacionados con los apóstoles en la fundación de la Iglesia (Efesios 2:20; 3:5) como expositores del cumplimiento en Cristo de las esperanzas del Antiguo Testamento (Romanos 16:25–27). La epístola a los Hebreos podría muy bien servir de ejemplo con respecto a este tipo de ministerio profético.

[p 114]

LA ENCARNACIÓN

DIOS ENVIÓ A SU HIJO PARA SALVARNOS

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.

Juan 1:14

La Trinidad y la Encarnación van a la par. La doctrina de la Trinidad afirma que el hombre llamado Jesús es verdaderamente divino; la de la Encarnación afirma que el Jesús divino es verdaderamente humano. Juntas, proclaman la realidad plena del Salvador que presenta el Nuevo Testamento, que vino desde junto al Padre, cumpliendo la voluntad de éste, para convertirse en el sustituto de los pecadores en la cruz (Mateo 20:28; 26:36–46; Juan 1:29; 3:13–17; Romanos 5:8; 8:32; 2 Corintios 5:19–21; 8:9; Filipenses 2:5–8).

El momento de la verdad con respecto a la doctrina de la Trinidad llegó en el Concilio de Nicea (año 325), cuando la Iglesia se opuso a la idea arriana de que Jesús era la primera y más noble de las criaturas de Dios, al afirmar que Él era de la misma “sustancia” o “esencia” (es decir, el mismo ente existente) que el Padre. Así es como hay un solo Dios, no dos; la distinción entre Padre e Hijo se produce dentro de la unidad divina, y el Hijo es Dios en el mismo sentido en que lo es el Padre. Al decir que Padre e Hijo son “de una misma sustancia”, y que el Hijo es “engendrado” (eco del “unigénito” de Juan 1:14, 18; 3:16, 18), “no creado”, el Credo Niceno reconocía de manera inequívoca la divinidad del hombre de Galilea.

[p 115] Un acontecimiento decisivo para la confesión de la doctrina de la Encarnación por parte de la Iglesia tuvo lugar en el Concilio de Calcedonia (año 451), cuando la Iglesia se opuso tanto a la idea nestoriana de que Jesús tenía dos personalidades—el hijo de Dios y un hombre—bajo la misma piel, como a la idea eutiquiana de que la divinidad de Jesús había absorbido por completo su humanidad. Al rechazar ambas ideas, el Concilio afirmó que Jesús es una persona di vino-humana en dos naturalezas (esto es, con dos conjuntos de capacidades para la experiencia, la expresión, la reacción y la acción), y que las dos naturalezas están unidas en su ser personal sin mezcla, confusión, separación ni división, y que cada una de las dos naturalezas retuvo sus propios atributos. En otras palabras, todas las cualidades y los poderes que hay en nosotros, al mismo tiempo que todas las cualidades y los poderes que hay en Dios estaban, están y estarán por siempre presentes de manera real y distinta en la persona del hombre de Galilea. Así es como la fórmula de Calcedonia reafirma la humanidad plena del Señor de los cielos en términos categóricos.

La Encarnación, el misterioso milagro que se halla en el corazón mismo del cristianismo histórico, es central en el testimonio del Nuevo Testamento. Es asombrosos que los judíos hayan llegado a una creencia así. Ocho de los nueve escritores del Nuevo Testamento, discípulos originales de Jesús, eran judíos, instruidos en el axioma judío de que sólo hay un Dios, y de que ningún ser humano es divino. Sin embargo, todos enseñan que Jesús es el Mesías de Dios, el hijo de David ungido por el Espíritu que había prometido el Antiguo Testamento (por ejemplo, Isaías 11:1–5; Jristós, “Cristo”, es el equivalente griego a la palabra “Mesías”). Todos lo presentan en el triple papel de maestro, encargado de llevar el pecado del mundo, y soberano: profeta, sacerdote y rey. Y en otras palabras, todos insisten en que se debe adorar a Jesús el Mesías y confiar personalmente en Él, lo cual equivale a decir que es tan Dios como hombre. Observe la los [p 116] cuatro teólogos más magistrales del Nuevo Testamento (Juan, Pablo, el escritor de Hebreos y Pedro) hablan de esto.

El evangelio de Juan enmarca sus narraciones de testigo presencial (Juan 1:14; 19:35; 21:24) con las declaraciones de su prólogo (1:1–18): que Jesús es el *Logos* divino eterno (la Palabra, el Verbo), agente de la

Creación y fuente de toda vida y toda luz (vv. 1–5, 9), que al hacerse “carne” se reveló como Hijo, de Dios y fuente de gracia y de verdad; ciertamente, como “Dios el unigénito” (cf. vv. 14, 18). Esparcidas por todo este evangelio aparecen una serie de declaraciones del tipo “Yo soy” que tienen una importancia especial, porque *Yo soy* (en griego, *egó eimi*) es una expresión utilizada para presentar el nombre de Dios en la traducción griega de Éxodo 3:14; cada vez que Juan informa que Jesús está diciendo *egó eimi*, hay implícita una proclamación de divinidad. Tenemos ejemplos de esto en Juan 8:28, 58 y en las siete declaraciones acerca de su gracia como (a) el Pan de vida, que da alimento espiritual (6:35, 48, 51); (b) la Luz del mundo, que disipa las tinieblas (8:12; 9:5); (c) la puerta de las ovejas, que da acceso a Dios (10:7, 9); (d) el Buen pastor, que protege del peligro (10:11, 14); (e) la Resurrección y la Vida, que vence a nuestra propia muerte (11:25); (f) el Camino, la Verdad y la Vida, que guía a la intimidad con el Padre (14:6); (g) la Vid verdadera, que nos fortalece para que demos fruto (15:1, 5). En un momento culminante, Tomás adora a Jesús, llamándolo “Señor mío y Dios mío” (20:28). Entonces Jesús pronuncia una bendición sobre todos aquellos que compartan la fe de Tomás, y Juan exhorta a sus lectores a unírseles (20:29–31).

Pablo cita algo que parece ser un himno dedicado a proclamar la divinidad personal de Jesús (Filipenses 2:6); afirma que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9; cf. 1:19); aclama a Jesús, el Hijo, como la imagen del Padre, además de ser agente suyo en la creación y el sostenimiento de todo (Colosenses 1:15–17); declara que es “Señor” (un título de realeza con matices de divinidad), al que se debe orar para pedir salvación, según el [p 117] requisito de clamar a Yahvé que aparece en Joel 2:32 (Romanos 10:9–13); lo llama “Dios sobre todas las cosas” (Romanos 9:5), así como “Dios y Salvador” (Tito 2:13), y dirige su oración a Él personalmente (2 Corintios 12:8–9), considerándolo como fuente de la gracia divina (2 Corintios 13:14). El testimonio es explícito: la fe en la divinidad de Jesús es básica dentro de la teología y la religión de Pablo.

El escritor de la epístola a los Hebreos, al proponerse hacer una exposición sobre la perfección del sumo sacerdocio de Cristo, comienza haciendo una declaración sobre la divinidad plena del Hijo de Dios y, por consiguiente, su dignidad exclusiva (Hebreos 1:3, 6, 8–12), para celebrar después su humanidad plena en el capítulo 2. La perfección, e incluso la posibilidad misma, del sumo sacerdocio cuyo cumplimiento por Cristo describe, depende de la conjunción de una vida divina inagotable y sin final con una experiencia humana plena en cuanto a las tentaciones, las presiones y el dolor (Hebreos 2:14–17; 4:14–5:2; 7:13–28; 12:2–3).

No es menos significativo el uso que hace Pedro de Isaías 8:12–13 (1 Pedro 3:14). Cita la versión griega (la Septuaginta), y exhorta a las iglesias a no temer lo que temen los demás, sino poner al Señor en lugar aparte, porque es santo. Ahora bien, donde el texto de Isaías dice en la Septuaginta: “Santificad a Dios el Señor”, Pedro escribe: “Santificad a Cristo como Señor” (1 Pedro 3:15; traducción del texto griego Nestlé-Aland del Nuevo Testamento). Pedro estaba dispuesto a, dar a Jesús de Nazaret, su Maestro y Señor, el temor y la adoración debidos al Todopoderoso.

El Nuevo Testamento prohíbe adorar a los ángeles (Colosenses 2:18; Apocalipsis 22:8–9); en cambio, ordena que se adore a Jesús y se centra continuamente en el Salvador y Señor divino-humano, como el objeto adecuado de la fe, la esperanza y el amor aquí y ahora. Una religión a la que le falten estos énfasis no es cristianismo. No nos equivoquemos al respecto.

[p 118]

DOS NATURALEZAS

JESUCRISTO ES TOTALMENTE HUMANO

Porque muchos engañadores han salido por el mundo,

que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne.

Quien esto hace es el engañador y el anticristo.

2 Juan 7

Jesús fue un hombre que convenció a los que se hallaban más cercanos a Él de que también era Dios; por consiguiente, su humanidad no está en tela de juicio. La condenación de Juan contra quienes negaran que “Jesucristo había venido en carne” (1 Juan 4:2–3; 2 Juan 7) iba dirigida a los docetistas, quienes reemplazaban la Encarnación con la idea de que Jesús era un visitante sobrenatural (no Dios) que parecía humano, pero que en realidad era una especie de fantasma; un maestro que no había muerto realmente por los pecados.

Los evangelios presentan a Jesús experimentando limitaciones humanas (hambre, Mateo 4:2; agotamiento, Juan 4:6; ignorancia de los hechos, Lucas 8:45–47) y dolores humanos (llora ante la tumba de Lázaro, Juan 11:35, 38; pasa por la agonía de Getsemaní, Marcos 14:32–42; cf. Lucas 12:50; Hebreos 5:7–10, y sufre en la cruz). La epístola a los Hebreos destaca el hecho de que si no hubiera experimentado las presiones humanas—debilidad, tentación, dolor—no habría reunido los requisitos necesarios para ayudarnos a pasar por estas mismas cosas (Hebreos 2:17–18; 4:15–16; 5:2, 7–9). Tal como es, su experiencia humana es tal, que garantiza que en todos los momentos de exigencias y presiones dentro de nuestras relaciones y nuestro caminar con Dios, podemos acudir a Él, seguros de que, en algún sentido, ya ha pasado [p 119] por ello antes que nosotros, y por consiguiente, nos puede dar la ayuda que necesitamos.

Los cristianos, al centrarse en la divinidad de Jesús, algunas veces han pensado que honra a Jesús el que se disminuya al mínimo su humanidad. La herejía temprana del monofisicismo (la idea de que Jesús sólo tenía una naturaleza) expresaba esta suposición, como lo hacen las sugerencias modernas de que Él sólo fingía ignorar los hechos (en la suposición de que Él siempre se dio cuenta de su omnisciencia y, por consiguiente, estaba consciente de todo), y que también fingía tener hambre o cansancio (en la suposición de que su divinidad le daba todo el tiempo una energía sobrenatural a su humanidad, alzándola por encima de las exigencias de la existencia común y corriente). No obstante, la Encarnación lo que significa es que el Hijo de Dios vivió su vida divino-humana en su mente y su cuerpo humanos y por medio de ellos en toda circunstancia, elevando al máximo su identificación y empatía con aquéllos a quienes Él había venido a salvar, y acudiendo a recursos divinos que trascendían los límites humanos del conocimiento y la energía únicamente cuando así lo dictaban unas exigencias particulares de la voluntad del Padre.

La idea de que las dos naturalezas de Jesús eran algo así como circuitos eléctricos que se alternaban entre sí, de manera que a veces actuaba en su humanidad, y a veces en su divinidad, también es errónea. Todo cuando hizo y soportó, incluso sus sufrimientos en la cruz, lo hizo en la unidad de su persona divino-humana (esto es, como el Hijo de Dios que había tomado para sí todos los poderes humanos para actuar, reaccionar y experimentar, en su forma no caída). Decir esto no equivale a contradecir la impasibilidad divina, puesto que la impasibilidad no significa que Dios nunca experimente dolor, sino que cuanto Él experimenta, incluso el dolor, lo experimenta por voluntad propia, y debido a una decisión propia suya que así lo ha dispuesto de antemano.

Jesús, al ser divino, era impecable (no podía pecar), pero esto no significa que no pudiera ser tentado. Satanás lo tentó [p 120] para que desobedeciera al Padre al darse satisfacción a sí mismo, al exhibirse y al buscar su propia grandeza (Mateo 4:1–11), y la tentación de apartarse de la cruz fue algo constante (Lucas 22:28, donde la palabra traducida como “pruebas” se puede traducir también como “tentaciones”; Mateo 16:23; y la oración de Jesús en Getsemaní). Por ser humano, Jesús no pudo vencer ninguna tentación sin batallar, pero por ser divino, su naturaleza era hacer la voluntad de su Padre (Juan 5:19, 30) y por consiguiente, resistirse a la tentación y combatirla hasta vencerla. A partir de lo sucedido en Getsemaní podemos deducir que algunas veces, sus batallas fueron más agudas y dolorosas de lo que jamás conoceremos nosotros. El final feliz es que “en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

[p 121]

EL NACIMIENTO VIRGINAL

EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO FUE MILAGROSO

Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:

He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es:

Dios con nosotros.

Mateo 1:22–23

Mateo 1:18–25 y Lucas 1:26–56; 2:4–7, dos relatos armoniosos y complementarios entre sí, aunque obviamente independientes, se unen para testificar que el nacimiento de Jesús fue consecuencia de una concepción milagrosa. María quedó encinta debido a la acción creadora del Espíritu Santo, sin haber tenido relación sexual alguna (Mateo 1:20; Lucas 1:35).

La mayoría de los cristianos aceptaban sin vacilar el Nacimiento Virginal de Cristo, hasta que la teología liberal se dedicó a poner en tela de juicio los milagros en el siglo XIX. Entonces, se convirtió en punto esencial

dentro del debate acerca del sobrenaturalismo cristiano y la divinidad de Jesús. El liberalismo, en un intento por quitarle su aspecto sobrenatural a la fe y reinterpretar a Jesús como alguien que no era más que un maestro incomparablemente santo y profundo, rodeó el Nacimiento Virginal con un espíritu de considerarlo innecesario, y con un escepticismo nada razonable.

En realidad, el Nacimiento Virginal se engrana de manera armoniosa con el resto del mensaje neotestamentario acerca de Jesús. Él mismo obró milagros, y se levantó milagrosamente [p 122] de entre los muertos, o sea, que no constituye ningún problema nuevo afirmar que entró en este mundo de una forma también milagrosa. Se marchó del mundo de manera sobrenatural, por medio de su resurrección y su ascensión, por lo que era totalmente adecuado que hubiera llegado a El de forma sobrenatural. El relieve que se les da a la dignidad y la gloria del Jesús preencarnado (Juan 1:1–9; 17:5; 2 Corintios 8:9; Filipenses 2:5–11; Colosenses 1:15–17; Hebreos 1:1–3; 1 Juan 1:1) hacía más natural que ninguna otra alternativa, un modo de entrar en la vida encarnada que comprendiera la proclamación del glorioso papel que Él había venido a cumplir (Mateo 1:21–23; Lucas 1:31–35).

Vale la pena tener en cuenta que Mateo y Lucas se manifiestan mucho más interesados en el cumplimiento del propósito redentor de Dios, que en la concepción virginal de Cristo como prodigio físico, arma apologética o dato que señalara hacia una cristología de dos naturalezas.

Aunque no podamos afirmar que una Persona divina no habría podido entrar en este mundo de otra forma más que por medio del nacimiento virginal, lo cierto es que el nacimiento milagroso de Jesús apunta hacia su divinidad, y también hacia la realidad del poder creador que actúa en nosotros cuando nacemos de nuevo (Juan 1:13). Además, aunque no podemos afirmar que, de no haber utilizado el nacimiento virginal, Dios no habría podido producir un ser humano sin pecado, la humanidad de Jesús no tenía pecado alguno, y las circunstancias que rodean a su nacimiento llaman la atención hacia el milagro que se produjo cuando María, una persona con pecado (Lucas 1:47), dio a luz a alguien que no estaba “en Adán” como ella, y por consiguiente, no necesitaba un Salvador, como lo necesitaba ella. En lugar de esto, Jesús estaba destinado, a través del mantenimiento sin pecado de su impecable naturaleza humana, a convertirse en el sacrificio perfecto por los pecados humanos, y de esta forma, ser el Salvador de su propia madre, y del resto de la Iglesia junto con ella.

[p 123]

MAESTRO

JESUCRISTO PROCLAMÓ EL REINO Y LA FAMILIA DE DIOS

Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Mateo 7:28–29

Jesús era el Hijo de Dios encarnado, y sus enseñanzas, que el Padre le había confiado (Juan 7:16–18; 12:49–50), permanecerán para siempre (Marcos 13:31) para juzgar al final a sus oyentes (Juan 12:48; Mateo 7:24–27). Por consiguiente, nunca estimaremos lo suficiente la importancia que tiene prestar atención a esas enseñanzas. Él enseñaba como lo solían hacer los rabinos judíos, a base de detalles e ideas, más que en largos discursos, y muchas de sus enseñanzas más vitales se halla contenidas en parábolas, proverbios y declaraciones aisladas en respuesta a preguntas y como reacción ante situaciones determinadas.

Toda su enseñanza pública estuvo marcada por una autoridad que causaba asombro (Mateo 7:28–29; Marcos 1:27; Juan 7:46), pero presentaba parte de ella en forma de enigmas, lo cual exigía pensar y tener comprensión espiritual (“oidos”, Mateo 11:15; 13:9, 43; Lucas 14:35), de manera que confundía a los cómodos y superficiales. La razón que tenía Jesús para dejar caer sólo oscuras insinuaciones acerca, por ejemplo, de su papel mesiánico, de la expiación, de la resurrección y del reino futuro, era doble: en primer lugar, de todas maneras, sólo los acontecimientos podrían aclarar estas cosas; en segundo lugar, lo que le interesaba a Jesús era llamar a las personas al discipulado a través de la huella [p 124] personal que Él causara en ellas, y entonces darles enseñanza acerca de sí mismo dentro de esa relación, en lugar de ofrecerles una instrucción teológica detallada a los que no estaban comprometidos. A pesar de todo, las declaraciones de Jesús suelen ser claras, y la mejor manera de leer muchas de las presentaciones más amplias que hay en las epístolas, consiste en considerarlas como notas dedicadas a explicar lo que Jesús dijo.

Las enseñanzas de Jesús tenían tres puntos de referencia continuos. El primero era su Padre divino, que lo había enviado, y lo estaba dirigiendo (Mateo 11:25–27; 16:13–17, 27; 21:37; 26:29, 53; Lucas 2:49; 22:29; Juan 3:35; 5:18–23, 26–27, 36–37; 8:26–29; 10:25–30, 36–38), y con quien sus discípulos deben aprender a relacionarse como su Padre de los cielos (Mateo 5:43–6:14, 25–33; 7:11). El segundo eran los seres humanos, tanto uno a uno, como en conjunto, en su condición de seres perdidos (Mateo 9:36; Marcos 10:21), a quienes iban dirigidas sus numerosas y variadas exhortaciones al arrepentimiento y la novedad de vida (Mateo 4:17; 11:20–24; Marcos 1:15; Lucas 5:32; 13:3–5; 15:7; 24:47). El tercero era Él mismo, como Hijo del Hombre, uno de sus títulos mesiánicos (Mateo 16:13–16). Un “hijo de hombre” toma el reino en Daniel 7:13–14. En cuanto al uso que el propio Jesús hace de este título, véanse Marcos 8:38; 13:26; 14:62 (donde se hace eco de Daniel); Mateo 12:40; Marcos 8:31; 9:31; 10:33, 45; 14:21, 41; Lucas 18:31–33 (donde predice su muerte y resurrección); Juan 3:13–15; 6:27 (donde proclama su ministerio salvador).

Tres temas teológicos toman forma a partir del testimonio de Jesús con respecto a su Padre, a la necesidad de los seres humanos y a su propio papel:

1. *El reino de Dios.* Ésta es una realidad de relación que vino con Jesús como cumplimiento del plan de Dios para la historia, y de la cual los profetas del Antiguo Testamento habían hablado constantemente (Isaías 2:1–4; 9:6–7; 11:1–12:6; 42:1–9; 49:1–7; Jeremías 23:5–6). El reino está presente [p 125] con Jesús; sus milagros son señales de ello (Mateo 11:12; 12:28; Lucas 16:16; 17:20–21). El reino se vuelve real y decisivo en la vida de una persona, cuando ésta se somete en fe al señorío de Cristo, una consagración trascendental que trae consigo salvación y vida eterna (Marcos 10:17–27; Juan 5:24). El reino será predicado y crecerá (Mateo 24:14; 13:31–33) hasta que el Hijo del hombre, que al presente reina en el cielo, vuelva a aparecer para juicio y, en el caso de sus siervos fieles, para gozo (Mateo 13:24–43, 47–50).

2. *La obra salvadora de Jesús.* Después de haber descendido de los cielos cumpliendo la voluntad del Padre para llevar a la gloria a los pecadores escogidos, Jesús murió por ellos, y ahora los llama y atrae a sí mismo, les perdona sus pecados y los protege seguros hasta el día de su resurrección, glorificación e introducción a la felicidad celestial (Lucas 5:20, 23; 7:48; Juan 6:37–40, 44–45; 10:14–18, 27–29; 12:32; 17:1–26).

3. *La ética de la familia de Dios.* La vida nueva, que les llega a los pecadores como un don de la gracia de Dios, se debe expresar en una nueva forma de vivir. Aquéllos que viven por gracia deben practicar la gratitud; aquéllos que han sido grandemente amados, deben mostrar gran amor hacia los demás; aquéllos que viven porque han sido perdonados, deben perdonar ellos también; aquéllos que conocen a Dios como su amoroso Padre celestial, deben aceptar sus providencias sin amarguras, dándole honra en todo momento al confiar en su cuidado protector. En una palabra, los hijos de Dios deben ser como su Padre y su Salvador, lo cual significa ser totalmente distintos al mundo (Mateo 5:43–48; 6:12–15; 18:21–35; 20:26–28; 22:35–40).

[p 126]

IMPECABILIDAD

JESUCRISTO ESTABA TOTALMENTE LIBRE DE PECADO

El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca.

1 Pedro 2:22

El Nuevo Testamento insiste en que Jesús estaba totalmente libre de pecado (Juan 8:46; 2 Corintios 5:21; Hebreos 4:15; 7:26; 1 Pedro 2:22; 1 Juan 3:5). Esto significa no sólo que nunca desobedeció a su Padre, sino que amaba la ley de Dios y encontraba un profundo gozo en guardarla. En los seres humanos caídos siempre hay cierta resistencia ante la obediencia a Dios, y algunas veces, hay un resentimiento que llega hasta el odio ante las demandas que Él nos hace (Romanos 8:7). En cambio, la naturaleza moral de Jesús no era caída, como la de Adán antes de su pecado, y en Jesús no había ninguna inclinación previa que lo alejara de Dios para que Satanás se pudiera aprovechar de ella, como la hay en nosotros. Jesús amaba a su Padre y la voluntad de su Padre con todo su corazón, mente, alma y fuerzas.

Hebreos 4:15 dice que Jesús fue “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”. Esto significa que todo tipo de tentación a la que nosotros nos enfrentamos—tentaciones a satisfacer de manera incorrecta los apetitos naturales del cuerpo y del alma, a evadir las cuestiones morales y espirituales, a buscar atajos morales y encontrar salidas fáciles, a ser menos que plenamente amorosos, comprensivos y creativamente bondadosos con los demás, a dedicarnos a protegernos y compadecernos a nosotros mismos, y así sucesivamente—también cayó sobre Él, aunque no cedió nunca. Su abrumadora oposición nunca lo dominó, y en la agonía del

huerto de [p 127] Getsemaní y de la cruz, luchó con la tentación y se resistió al pecado hasta el punto de derramar sangre. Los cristianos deben aprender de Él a hacer lo mismo (Hebreos 12:3–13; Lucas 14:25–33).

La impecabilidad de Jesús era necesaria para nuestra salvación. De no haber sido Él “un cordero sin mancha ni defecto”, su sangre no habría sido “preciosa” (1 Pedro 1:19). Él mismo habría necesitado un salvador, y su muerte no nos habría redimido. Su obediencia activa (conformidad perfecta durante toda la vida a la ley de Dios para la humanidad, y a su voluntad revelada con respecto al Mesías) le hacía reunir los requisitos necesarios para convertirse en Salvador nuestro, muriendo por nosotros en la cruz. Su obediencia pasiva (al soportar el castigo por el quebrantamiento de la ley de Dios, en su condición de sustituto nuestro sin pecado) coronó su obediencia activa para asegurarles el perdón y la aceptación a aquéllos que pusieran su fe en Él (Romanos 5:18–19; 2 Corintios 5:18–21; Filipenses 2:8; Hebreos 10:5–10).

[p 128]

OBEDIENCIA

JESUCRISTO CUMPLIÓ CON LA VOLUNTAD REDENTORA DE SU PADRE

Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente.

Juan 5:19

En las Escrituras, ser humilde no significa fingir que no valemos nada y rechazar posiciones de responsabilidad, sino saber cuál es el lugar al que Dios nos ha destinado, y mantenernos en él. Ser humilde es cuestión de mantenerse firme en lo que Dios haya dispuesto, tanto si significa el alto grado de visibilidad que significa ser líder (Moisés fue humilde en su condición de líder, Números 12:3), como la oscuridad del que sirve. Cuando Jesús afirmó con toda franqueza que Él era “humilde de corazón” (Mateo 11:29), quiso decir que estaba siguiendo conscientemente el plan del Padre para su vida terrenal.

En esto, se estaba manteniendo en su lugar como segunda Persona del Ser divino. Las tres Personas de la Trinidad Santa son eternas y tienen existencia en sí mismas, compartiendo por igual todos los aspectos y atributos de la divinidad, y actuando siempre juntas en una solidaridad cooperativa. Con todo, la pauta inalterable de esta colaboración es que la segunda Persona y la tercera se identifican con los propósitos de la primera, de manera que el Hijo se convierte en el ejecutivo [p 129] del Padre, y el Espíritu actúa como el agente de ambos. El hacer la voluntad de su Padre constituye la naturaleza y el gozo del Hijo (Juan 4:34).

Con respecto a la redención, algunas veces, a la voluntad del Padre para el Hijo se le llama el “pacto de redención”, puesto que tiene la forma de un acuerdo entre dos partes sobre un programa y una promesa. La Confesión de Westminster resume este acuerdo (los propósitos del Padre, aceptados por el Hijo) de la siguiente forma:

En sus propósitos eternos, le plugo a Dios escoger y disponer al Señor Jesús, su Hijo unigénito, para que fuera el Mediador entre Él y el hombre; el Profeta, Sacerdote y Rey, el Cabeza y Salvador de su Iglesia, el heredero de todas las cosas, y Juez del mundo: al que desde toda la eternidad le dio un pueblo para que fuera su simiente, y para que a su tiempo, fuera redimido, llamado, justificado, santificado y glorificado por Él. (VIII.1)

(En cuanto a las ideas y la fraseología de esta declaración, véanse Efesios 3:11; 1 Pedro 1:20; 1 Timoteo 2:5; Hechos 3:22; Hebreos 5:5–6; Lucas 1:33; Efesios 5:23; Hebreos 1:2; Hechos 17:31; Isaías 53:10; Juan 17:6; 1 Corintios 1:30; Romanos 8:29–30).

Estos propósitos del Padre para el Hijo tuvieron dos etapas. La primera etapa fue la humillación. El Hijo eterno se despegó de su gloria y, a través de la encarnación, se convirtió en un hombre pobre, y un paria religioso. Finalmente, por medio de un juicio orquestado y una manipulación sin escrúpulos de la debilidad moral de Pilato, se convirtió en un criminal condenado a muerte, ajusticiado de una manera horrorosa, en su condición del que llevaba sobre sí el pecado de la humanidad (Filipenses 2:6–8; 2 Corintios 8:9; Gálatas 3:13; 4:4–5).

La segunda etapa fue la exaltación. Cristo resucitó, ascendió, y ahora, por nombramiento de su Padre, gobierna como rey sobre el mundo y la Iglesia (Filipenses 2:9–11), enviando al Espíritu Santo (Juan 15:26; 16:7; Hechos 2:33) y aplicándonos de esta forma la redención que nos ganó al morir por [p 130] nosotros. Atrayendo a sí a aquéllos que le han sido dados (Juan 12:32), intercediendo por ellos (Romanos 8:34; Hebreos 7:25; Juan 17), guardándolos, guiándolos y cuidando de ellos como el pastor cuida de sus ovejas (Juan 10:27–30),

en la actualidad está llevando muchos hijos a la gloria (Hebreos 2:10), según los planes del Padre, y lo seguirá haciendo hasta que todos los elegidos por Dios hayan llegado al arrepentimiento y la nueva vida (2 Pedro 3:9).

En todo esto, el Hijo está obedeciendo al Padre en verdadera humildad, viviendo en una subordinación natural, voluntaria y gozosa. Mientras tanto, se está cumpliendo de manera continua la meta del Padre de hacer que el Hijo sea adorado y glorificado en un plano de igualdad con Él mismo (Juan 5:19–23).

[p 131]

VOCACIÓN

LA MISIÓN DE JESUCRISTO FUE REVELADA DURANTE SU BAUTISMO

Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.

Marcos 1:9–11

Hay solución de continuidad entre el bautismo de arrepentimiento de Juan (Marcos 1:4) y el bautismo trinitario instituido por Jesús (Mateo 28:19). Ambos eran símbolos de la purificación, y tenían en vista la remisión de los pecados (Marcos 1:4; Hechos 2:38). Sin embargo, no eran idénticos, y los que había bautizado Juan necesitaron también el bautismo cristiano (Hechos 19:5). El bautismo cristiano es una señal invitatoria que apunta hacia una relación con el Cristo que ha venido (en Hechos 2:38; 10:48; 19:5 se le llama “bautismo en el nombre de Cristo”); el bautismo de Juan era un rito de preparación, que simbolizaba que la persona estaba lista para la llegada del Cristo y para su juicio (Mateo 3:7–12; Lucas 3:7–18; Hechos 19:4).

El bautismo de Juan fue una innovación radical. Con anterioridad, sólo a los gentiles que se convertían al judaísmo se les había exigido que pasaran por un bano simbólico. En cambio, ahora Dios les estaba ordenando a todos los judíos a través de Juan que simbolizaran su arrepentimiento sometiéndose a este bano en público. La mayoría de los líderes judíos consideraban que esta exigencia de Juan era herética y ofensiva (Mateo 21:25–26).

[p 132] Jesús insistió en que su primo Juan lo debía bautizar, pasando por encima de las protestas de éste (Mateo 3:13–15). En su papel de Mesías, “nacido bajo la ley” (Gálatas 4:4), Jesús tenía que someterse a todas las exigencias hechas por Dios a Israel, e identificarse con aquéllos cuyos pecados Él había venido a cargar. Su bautismo proclamaba que había venido a tomar el lugar del pecador bajo el juicio penal de Dios. Éste es el sentido en el que fue bautizado “para cumplir toda justicia” (Mateo 3:15; cf. Isaías 53:11).

Su bautismo fue una manifestación de la Trinidad: el Padre habló desde los cielos, y la paloma descendió, como señal de la unción del Espíritu. El significado de que la paloma haya descendido y permanecido no es que Jesús no haya estado lleno del Espíritu anteriormente, sino que ahora se lo estaba marcando como el que llevaba el Espíritu, y se convertiría en el que bautizaba en el Espíritu (Juan 1:32–33), con lo que inauguraría la era del Espíritu que satisfaría las esperanzas de Israel (Lucas 4:1, 14, 18–21).

[p 133]

LA TRANSFIGURACIÓN

CÓMO FUE REVELADA LA GLORIA DE JESUCRISTO

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús.

Marcos 9:2–4

Recogida en tres de los evangelios (Mateo 17:1–8; Marcos 9:2–8; Lucas 9:28–36), y evidentemente planeada por Jesús para que la vieran Pedro, Jacobo y Juan y más tarde dieran testimonio de ella (Mateo 17:9; cf. 2 Pedro 1:16–18; Juan 1:14), la Transfiguración fue un acontecimiento significativo en la revelación de su divinidad. La transformación del Señor divino-humano que tuvo lugar mientras éste oraba (Lucas 9:29), fue desde cierto punto de vista un adelanto de las cosas por venir: fue una transición momentánea de la situación de

mantener escondida su gloria divina que marcó sus días sobre la tierra, a la revelación de esa gloria cuando Él regrese, y lo veamos tal como Él es. También era una transición de la humanidad, tal como es en nosotros ahora, a lo que será en el día de la resurrección (Filipenses 3:20–21).

La brillante luz que resplandeció desde la persona de Jesús a través de sus vestidos, mientras se transformaba su rostro (Lucas 9:29) era su gloria intrínseca como Hijo divino, “el resplandor de la gloria de Dios” (Hebreos 1:3). La voz [p 134] que salió de la nube confirmó la identificación que la vista ya había proporcionado.

La Transfiguración fue también un acontecimiento significativo en la revelación del reino de Dios (es decir, el reino del Mesías, el Rey-Salvador profetizado por Dios, en función del cual es definido el reino de Dios). Moisés y Elías representaban la ley y los profetas en su testimonio a favor de Jesús, y por el cual quedaban superados. La “partida” (en griego, *éxodos*) de la cual hablaron con Él (Lucas 9:31) debe haber sido su muerte, resurrección y ascensión. No era sólo una forma de dejar este mundo, sino también una forma de redimir a su pueblo, así como el *éxodo* de Egipto, acaudillado por Moisés, había redimido a Israel de la esclavitud.

Después de la Transfiguración, Jesús veló su gloria y descendió del monte para seguir ministrando, y a su debido tiempo, sufrir por nuestra salvación. Éste es el comentario que hace F. B. Meyer: “La puerta por la cual habían venido Moisés y Elías quedó abierta, y por ella nuestro Señor habría podido regresar. Sin embargo, bajo esas circunstancias, nunca habría podido ser el Salvador de la humanidad. El lo sabía, y por eso afirmó el rostro hacia el Calvario.”

[p 135]

LA RESURRECCIÓN

JESUCRISTO FUE LEVANTADO DE ENTRE LOS MUERTOS

El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas. Y hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.

Lucas 24:1–3

La resurrección de Jesús, que fue un acto divino en el cual estuvieron involucradas las tres Personas de la Trinidad (Juan 10:17–18; Hechos 13:30–35; Romanos 1:4) no fue una simple vuelta a la vida de aquel marco físico destruido que fue bajado de la cruz para darle sepultura. En lugar de esto, fue una transformación de la humanidad de Jesús que lo capacitó para aparecer, desaparecer y moverse sin ser visto de un lugar a otro (Lucas 24:31, 36). Fue la renovación creadora de su cuerpo original, el cuerpo que ahora está plenamente glorificado y no puede sufrir muerte (Filipenses 3:21; Hebreos 7:16, 24). El Hijo de Dios vive aún en el cielo en su cuerpo y por medio de él, y lo seguirá haciendo para siempre. En 1 Corintios 15:50–54, Pablo prevé que los cristianos que estén vivos sobre la tierra en el momento en que regrese Cristo, serán sometidos a una transformación similar, aunque en 2 Corintios 5:1–5 demuestra estar consciente de que los cristianos que mueran antes de la Segunda Venida van a ser “revestidos” con su cuerpo nuevo (la “habitación celestial”), y se va a tratar de un acontecimiento definido, en el momento en que el cuerpo viejo regrese al polvo, o después (Génesis 3:19).

[p 136] El cristianismo descansa sobre la certeza de la resurrección de Jesús como un acontecimiento que tuvo lugar en un lugar y un momento determinados de la historia. Los cuatro evangelios lo destacan, centrándose en la tumba vacía y en las apariciones del resucitado, y el libro de los Hechos insiste sobre ella (Hechos 1:3; 2:24–35; 3:15; 4:10; 5:30–32; 13:33–37). Pablo consideraba la resurrección como una prueba inapelable de que el mensaje acerca de Jesús como Juez y Salvador es cierto (Hechos 17:31; 1 Corintios 15:1–11, 20).

La resurrección de Jesús manifestó su victoria sobre la muerte (Hechos 2:24; 1 Corintios 15:54–57), lo reivindicó como justo (Juan 16:10) y señaló su identidad divina (Romanos 1:4). Condujo a su ascensión y entronización (Hechos 1:9–11; 2:34; Filipenses 2:9–11; cf. Isaías 53:10–12) y a su presente reinado en los cielos. Garantiza el perdón y la justificación presentes del creyente (Romanos 4:25; 1 Corintios 15:17) y es la base de la vida de resurrección en Cristo para el creyente aquí y ahora (Juan 11:25–26; Romanos 6; Efesios 1:18–2:10; Colosenses 2:9–15; 3:1–4).

[p 137]

LA ASCENSIÓN

JESUCRISTO FUE ALZADO A LOS CIELOS

Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo.

Lucas 24:51

La ascensión de Jesús fue el acto mediante el cual su Padre lo apartó de la vista de sus discípulos para alzarlo (señal de exaltación) hasta una nube (señal de la presencia de Dios). No se trata de ninguna forma de viaje espacial, sino de la segunda parte del regreso de Jesús de las profundidades de la muerte a las alturas de la gloria, siendo la primera su resurrección. Jesús predijo su Ascensión (Juan 6:62; 14:2, 12; 16:5, 10, 17, 28; 17:5; 20:17), y Lucas la describió (Lucas 24:50–53; Hechos 1:6–11). Pablo la celebró, y declaró el señorío consiguiente de Cristo (Efesios 1:20; 4:8–10; Filipenses 2:9–11; 1 Timoteo 3:16), y el escritor de Hebreos utilizó esta verdad para estimular a los débiles de ánimo (Hebreos 1:3; 4:14; 9:24). El hecho de que Jesucristo se halla entronizado como amo del universo debería constituir un grandioso estímulo para todos los creyentes.

La Ascensión, desde un punto de vista, fue la restauración de la gloria que tenía el Hijo antes de su Encarnación; desde otro, fue la glorificación de la naturaleza humana de una manera como nunca antes había tenido lugar, y desde un tercero, fue el comienzo de un reinado que tampoco se había ejercido de esta forma anteriormente. La Ascensión establece tres realidades:

1. *El ascendente personal de Cristo.* Jesús subió al lugar de poder, descrito como un trono situado a la derecha del Padre. Sentarse en un trono así, como lo solía hacer el Gran [p 138] Visir de la corte persa, equivale a ocupar la posición de gobernante ejecutivo a nombre del monarca (Mateo 28:18; Efesios 1:20–22; 1 Corintios 15:27; 1 Pedro 3:22).

2. *La omnipresencia espiritual de Cristo.* En el santuario celestial de la celestial Sión (Hebreos 9:24; 12:22–24), Jesús se halla accesible a todos cuanto lo invoquen (Hebreos 4:14), y es poderoso para ayudarlos, en cualquier lugar del mundo que se encuentren (Hebreos 4:16; 7:25; 13:6–8).

3. *El ministerio celestial de Cristo.* El Señor reinante intercede por su pueblo (Romanos 8:34; Hebreos 7:25). Aunque pedir del Padre forme parte de la labor de intercesión (Juan 14:16), la esencia de la intercesión de Cristo es la intervención a favor de nuestros intereses (desde su trono), más que la súplica por nosotros (como si su posición fuera sólo de identificación con nosotros, pero sin categoría ni autoridad). En su soberanía, Él derrama en abundancia sobre nosotros los beneficios que sus sufrimientos obtuvieron para nosotros. “Él ruega [por nosotros] por medio de su presencia en el trono de su Padre” (B. F. Westcott). “La vida de nuestro Señor en el cielo es su oración” (H. B. Swete). Desde su trono, envía constantemente al Espíritu Santo para enriquecer a su pueblo (Hechos 2:33; Juan 16:7–14) y prepararlo para servir (Efesios 4:8–12).

[p 139]

SU SESIÓN

JESÚS REINA EN LOS CIELOS

Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

Hebreos 1:3

Se suele hablar del papel presente de Cristo en la gloria, llamándolo su “sesión celestial”. La palabra *sesión* (del latín *sessio*, derivado del verbo *sedeo*), toma aquí el sentido de “estar sentado”. El Nuevo Testamento puede describir la actividad celestial de Jesús diciendo que está de pie y listo para actuar (Hechos 7:56; Apocalipsis 1:1–16; 14:1), que camina en medio de los suyos (Apocalipsis 2:1) o que cabalga hacia la batalla (Apocalipsis 19:11–16), pero suele expresar su autoridad presente diciendo que está sentado a la derecha del Padre; no para descansar, sino para gobernar. No es una imagen de inactividad, sino de autoridad.

En el Salmo 110, Dios sienta al Mesías a su derecha como rey y sacerdote: como rey, para ver a todos sus enemigos bajo sus pies (v. 1), y como sacerdote para que le sirva a Él y encauce su gracia para siempre (v. 4). Aunque en un sentido personal, el Mesías pueda estar fuera batallando (2–3, 5–7), en cuanto a posición, siempre está sentado a la derecha de Yahwé. En Hechos 2:34–35, Hebreos 1:13 y 10:12, y Mateo 22:44, se aplica directamente esta descripción a Jesucristo, quien reina activamente desde su Ascensión en el reino mediadorio de Dios.

Cristo gobierna sobre todas las esferas de autoridad que existen, tanto angélicas como humanas (Mateo 28:18; 1 Pedro 3:22). Su reino en sentido directo es la Iglesia, de la cual Él es cabeza mientras ella es su cuerpo, y a la cual [p 140] gobierna por su Palabra y su Espíritu (Efesios 1:22–23). El estado no es la forma del reino de Dios, tal como era en el Antiguo Testamento: no se ha de utilizar la espada para imponer el reino de Cristo (Juan 18:36), sino que Cristo, desde su trono, usa la autoridad secular para mantener la paz y el orden civiles, y les ordena a sus discípulos que se sometan a sus normas (Mateo 22:21; Romanos 13:1–7). A los cristianos les produce gran consuelo saber que Cristo es Señor de todo; en todas las esferas de su vida buscan hacer su voluntad, además de recordarse a sí mismos y recordarles a otros que todos tendremos que responder ante Cristo como Juez: gobernantes y gobernados, esposos y esposas, padres e hijos, patronos y empleados. Al final, todos los seres racionales rendirán cuenta de sí mismos a Cristo en su condición de Juez (Mateo 25:31; Hechos 17:31; Romanos 2:16; 2 Corintios 5:10).

La sesión de Cristo continuará hasta que todos los enemigos suyos y nuestros, incluyendo la muerte, sean reducidos a nada. La muerte, el último enemigo, cesará de ser cuando Cristo, al hacer su aparición, levante a los muertos para juicio (Juan 5:28–29). Una vez que se haya ejercido juicio, la obra del reino mediatorio habrá terminado, y Cristo le hará entrega triunfal del reino al Padre (1 Corintios 15:24–28).

[p 141]

MEDIACIÓN

JESUCRISTO ES EL MEDIADOR ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.

1 Timoteo 2:5

El ministerio salvador de Jesucristo se resume en la declaración de que Él es el “mediador entre Dios y los hombres” (1 Timoteo 2:5). Un mediador es un intermediario que reúne a las partes que no se hallan en comunicación mutua, y que pueden hallarse apartadas, alejadas y en guerra entre sí. El mediador necesita tener relaciones con ambas partes, para poder identificarse con ambas, defender sus intereses y representar a una ante la otra sobre una base de buena voluntad. Así es como Moisés fue mediador entre Dios e Israel (Gálatas 3:19); le habló a Israel en nombre de Dios cuando Él le entregó la ley (Éxodo 20:18–21), y le habló a Dios en nombre de Israel, cuando éste había pecado (Éxodo 32:9–33:17).

Por naturaleza, todo aquel que sea miembro de nuestra raza caída y rebelde es “hostil a Dios” (Romanos 8:7) y se halla bajo su ira (esto es, el rechazo punitivo por el cual Él expresa en su condición de Juez una ira activa contra nuestros pecados, Romanos 1:18; 2:5–9; 3:5–6). Se necesita una reconciliación entre ambas partes en guerra, pero esto sólo puede tener lugar si de alguna manera la ira de Dios queda absorbida y apagada, y el corazón contrario a Dios que tiene el hombre, y que motiva su vida antagonica a Él, es cambiado. En su misericordia, Dios, el Juez airado, envió a su Hijo al mundo para que produjera la reconciliación que tanto se necesitaba. No se trata de que el Hijo en su bondad actuara para aplacar [p 142] a su severo Padre; fue el Padre mismo quien tuvo la iniciativa. En palabras de Calvino, “de una manera inconcebible, nos amó aun cuando nos odiaba”, y el que nos haya dado a su Hijo para que llevara nuestros pecados es el fruto de ese amor (Juan 3:14–16; Romanos 5:5–8; 1 Juan 4:8–10). En todo su ministerio de mediación, el Hijo estaba cumpliendo con la voluntad de su Padre.

De manera objetiva, y de una vez por todas, Cristo nos consiguió la reconciliación por medio de la sustitución penal. En la cruz, tomó nuestro lugar; por así decirlo, tomó nuestra identidad y cargó con la maldición que era para nosotros (Gálatas 3:13), y por el sacrificio en el que derramó su sangre, hizo las paces por nosotros (Efesios 2:16; Colosenses 1:20). Aquí la palabra *paz* significa fin de las hostilidades, la culpa y exposición al castigo retributivo que de otra forma habría sido inevitable. En otras palabras, perdón por todo el pasado, y aceptación personal permanente para el futuro. Aquellos que han recibido la reconciliación por medio de la fe en Cristo, están justificados y tienen paz con Dios (Romanos 5:1, 10). La obra actual del mediador, que lleva a cabo por medio de mensajeros humanos, consiste en persuadir a aquéllos para los cuales Él consiguió la reconciliación. a fin de que la reciban realmente (Juan 12:32; Romanos 15:18; 2 Corintios 5:18–21; Efesios 2:17).

Jesús es “el mediador de un nuevo pacto” (Hebreos 9:15; 12:24); esto es, el iniciador de una nueva relación de paz consciente con Dios, que va más allá de cuanto pudieron conseguir jamás los arreglos menos eficaces del Antiguo Testamento para enfrentarse a la culpa por el pecado (Hebreos 9:11–10:18).

Una de las grandes contribuciones de Calvino a la comprensión cristiana fue su observación de que los escritores del Nuevo Testamento exponen el ministerio mediador de Jesús en función de su triple función (“oficio”, tarea encomendada o papel definido) de profeta, sacerdote y rey.

Los tres aspectos de la obra de Cristo aparecen juntos en la epístola a los Hebreos, en la cual Jesús es el rey mesiánico, [p 143] exaltado a su trono (1:3, 13; 4:16; 2:9) y también el gran Sumo Sacerdote (2:17; 4:14–5:10; caps. 7–10), que se ofreció a sí mismo a Dios como sacrificio por nuestros pecados. Además de esto, Cristo es el mensajero (“apóstol”, enviado a anunciar, 3:1) por medio del cual fue presentado por vez primera el mensaje del cual es Él mismo la sustancia básica (2:3). En Hechos 3:22 se le llama profeta a Jesús, por la misma razón por la que Hebreos lo llama apóstol; esto es, porque instruyó al pueblo al declararle la Palabra de Dios.

Mientras que en el Antiguo Testamento los papeles mediadores de profeta, sacerdote y rey eran desempeñados por personas distintas, ahora los tres oficios se reúnen en la persona de Jesús. Es su gloria, que le ha dado el Padre, ser de esta forma el Salvador totalmente suficiente. Los que creemos somos llamados a comprender esto y a demostrar que somos su pueblo al obedecerlo como a nuestro rey, confiar en Él como sacerdote nuestro y aprender de Él como profeta y maestro nuestro. El centrarse en Jesucristo de esta forma constituye la marca distintiva del auténtico cristianismo.

[p 144]

EL SACRIFICIO

JESUCRISTO HIZO EXPIACIÓN POR EL PECADO

A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre ...

Romanos 3:25

Expiar significa hacer reparación, borrar la ofensa y dar satisfacción por el mal hecho, reconciliándonos con la persona de la que nos hemos alejado, y restaurando la relación interrumpida.

Las Escrituras describen a todos los seres humanos como necesitados de hacer expiación por sus pecados, pero carentes de todo poder y recursos para hacerlo. Hemos ofendido a nuestro santo Creador, en cuya naturaleza está odiar al pecado (Jeremías 44:4; Habacuc 1:13) y castigarlo (Salmo 5:4–6; Romanos 1:18; 2:5–9). No podemos esperar aceptación alguna por parte de un Dios así, ni comunión ninguna con Él, a menos que hagamos expiación, y puesto que hay pecado incluso en nuestras mejores acciones, todo cuanto hagamos con la esperanza de hacer reparación sólo puede aumentar nuestra culpa o empeorar nuestra situación. Esto hace que sea una calamitosa necedad tratar de establecer nuestra propia justicia ante Dios (Job 15:14–16; Romanos 10:2–3); sencillamente, no es posible.

Con todo, contra este fondo de desesperanza humana, las Escrituras presentan el amor, la gracia, la misericordia, la piedad, la bondad y la compasión de Dios, el Creador ofendido, que proporciona en sí mismo la expiación que nuestro pecado ha hecho necesaria. Esta maravillosa gracia es el centro focal de la fe, la esperanza, la adoración, la ética y la vida [p 145] espiritual en el Nuevo Testamento; desde el evangelio de Mateo hasta el Apocalipsis, resplandece con asombrosa gloria.

Cuando Dios sacó a Israel de Egipto, estableció como parte de la relación del pacto un sistema de sacrificios que tenían en su centro el derramamiento y ofrecimiento de la sangre de animales sin defecto “para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas” (Levítico 17:11). Estos sacrificios eran *típicos* (es decir, eran *tipos*; señalaban hacia otra realidad futura). Aunque de hecho, los pecados sólo eran “pasados por alto” (Romanos 3:25) cuando se ofrecían con fidelidad los sacrificios, lo que los borró realmente no fue la sangre de los animales (Hebreos 10:11), sino la sangre del *antitipo*, el Hijo de Dios sin pecado, Jesucristo, cuya muerte en la cruz expió todos los pecados que habían sido remitidos antes de que aconteciera, y también los pecados cometidos después de ella (Romanos 3:25–26; 4:3–8; Hebreos 9:11–15).

Las referencias del Nuevo Testamento a la sangre de Cristo suelen estar relacionadas con el sistema de sacrificios (por ejemplo, Romanos 3:25; 5:9; Efesios 1:7; Apocalipsis 1:5). En su condición de sacrificio perfecto por el pecado (Romanos 8:3; Efesios 5:2; 1 Pedro 1:18–19), la muerte de Cristo fue nuestra redención (es decir, nuestra liberación mediante el pago de un rescate: el pago de un precio que nos liberó de los riesgos de la culpa, la esclavitud del pecado y la expectación de la ira divina; Romanos 3:24; Gálatas 4:4–5; Colosenses 1:14). La muerte de Cristo fue el acto de Dios destinado a reconciliarnos con Él mismo, venciendo su propia hostilidad contra nosotros, provocada por nuestros pecados (Romanos 5:10; 2 Corintios 5:18–19; Colosenses 1:20–22). La Cruz hizo propiciación ante Dios (es decir, apagó su ira contra nosotros al expiar nuestros pecados, y

quitarlos así de su vista). Los textos claves aquí son Romanos 3:25; Hebreos 2:17; 1 Juan 2:2 y 4:10, en cada uno de los cuales, el griego manifiesta la propiciación de manera explícita. La cruz tuvo este efecto propiciatorio porque, en sus sufrimientos, Cristo asumió nuestra identidad, por así decirlo, y sufrió el juicio retributivo que merecíamos nosotros (“la maldición de la ley”, Gálatas 3:13) como sustituto nuestro, ocupando nuestro lugar, con el registro condenatorio de nuestras transgresiones clavado por Dios a su cruz como declaración de los delitos por los cuales estaba muriendo (Colosenses 2:14; cf. Mateo 27:37; Isaías 53:4–6; Lucas 22:37).

[p 146] La muerte expiatoria de Cristo ratificó la inauguración del nuevo pacto, en el cual el acceso a Dios bajo todas las circunstancias ha quedado garantizado por su sacrificio único, que cubre todas las transgresiones (Mateo 26:27–28; 1 Corintios 11:25; Hebreos 9:15; 10:12–18). Aquellos que, por medio de la fe en Cristo, han “recibido reconciliación” (Romanos 5:11) y son hechos “justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21). En otras palabras, son justificados y reciben la categoría de hijos adoptivos en la familia de Dios (Gálatas 4:5). A partir de ese momento, viven bajo la motivante fuerza y el control del amor de Cristo por ellos, tal como ha sido dado a conocer y medido por la cruz (2 Corintios 5:14).

[p 147]

REDENCIÓN DEFINIDA

JESUCRISTO MURIÓ POR LOS ELEGIDOS DE DIOS

Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.

Juan 10:14, 15

La redención definida, que a veces recibe el nombre de “redención particular”, “expiación eficaz” y “expiación limitada”, es una doctrina reformada histórica acerca de la intención del Dios uno y trino en la muerte de Jesucristo. Sin dudar del valor infinito del sacrificio de Cristo, ni de que sea genuina la invitación de Dios al “que quiera” para que escuche el Evangelio (Apocalipsis 22:17), esta doctrina afirma que la muerte de Cristo en realidad les quitó los pecados a todos los elegidos de Dios y aseguró que ellos fueran llevado a la fe por medio de la regeneración, y mantenidos en la fe para la gloria, y que esto es lo que había la intención de que lograra. De este hecho de que sea definida y eficaz se sigue su limitación: Cristo no murió en este sentido eficaz por todos. La prueba de esto, tal como se unen las Escrituras y la experiencia para enseñárnoslo, es que no todos son salvos.

Las únicas alternativas posibles son (a) un universalismo real, que sostenga que la muerte de Cristo les garantizó la salvación a todos los miembros de la raza humana, pasados, presentes y futuros, o (b) un universalismo hipotético, que sostenga que la muerte de Cristo hizo posible la salvación para todos, pero la hizo real sólo para aquellos que añadan a ella una respuesta de fe y de arrepentimiento que ella no asegura. Por consiguiente, las posibilidades son una expiación de eficacia ilimitada, pero extensión limitada (el particularismo reformado), [p 148] una de extensión ilimitada, pero eficacia limitada (universalismo hipotético), o una de eficacia ilimitada y extensión también limitada (universalismo real). Las Escrituras deben guiarnos al escoger entre estas posibilidades.

Las Escrituras hablan de que Dios escogió para la salvación a un gran número de entre nuestra raza caída, y envió a Cristo al mundo para salvarlos (Juan 6:37–40; 10:27–29; 11:51–52; Romanos 8:28–39; Efesios 1:3–14; 1 Pedro 1:20). Se suele decir de Cristo que murió por grupos o personas en particular, con la clara consecuencia de que su muerte aseguró su salvación (Juan 10:15–18, 27–29; Romanos 5:8–10; 8:32; Gálatas 2:20, 3:13–14; 4:4–5; 1 Juan 4:9–10; Apocalipsis 1:4–6; 5:9–10). Al enfrentarse a su pasión, Él sólo oró por aquellos que el Padre le había dado, y no por el “mundo” (es decir, el resto de la humanidad; Juan 17:9, 20). ¿Se puede concebir que se negara a orar por alguien por quien tenía la intención de morir? La redención definida es el único de los tres puntos de vista que armoniza con estos datos.

No hay inconsecuencia ni incoherencia alguna en la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de lo que Cristo ofrece en el Evangelio, por una parte, y que se les ha indicado a los cristianos que den a conocer en todo lugar, y por otra, el hecho de que Cristo lograra en la cruz una redención totalmente eficaz para los elegidos de Dios. Es una verdad segura que todos aquellos que acudan a Cristo en fe hallarán misericordia (Juan 6:35, 47–51, 54–57; Romanos 1:16; 10:8–13). Los elegidos escuchan el ofrecimiento de Cristo, y al escucharlo, son llamados de manera eficaz por el Espíritu Santo. Tanto la invitación como el llamado eficaz proceden de la muerte de Cristo para llevar sobre sí los pecados. Los que rechazan el ofrecimiento de Cristo, lo hacen por su propia voluntad libre (es decir, porque deciden hacerlo, Mateo 22:1–7; Juan 3:18), de manera que cuando

perecen al final, es por culpa suya. Los que reciben a Cristo aprenden a darle gracias por la cruz, como pieza central del plan divino de gracia soberana y salvadora.



TERCERA PARTE:

DIOS REVELADO COMO
SEÑOR DE LA GRACIA

EL PARÁCLITO

EL ESPÍRITU SANTO LES MINISTRA A LOS CREYENTES

Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.

Juan 16:13–14

Antes de su pasión, Jesús prometió que el Padre y Él les enviarían a sus discípulos “otro Consolador” (Juan 14:16, 26; 15:26; 16:7). El Consolador o Paráclito, palabra que viene del vocablo griego *paraklétos* (que significa “el que apoya”), es alguien que ayuda, da consejo, fortaleza, da alientos, es aliado y es abogado defensor. La palabra otro señala el hecho de que Jesús es el primer Consolador, y está prometiendo la llegada de alguien que lo reemplazará cuando El se haya ido, y que seguirá la enseñanza y el testimonio que Él ha comenzado (Juan 16:6–7).

El ministerio de paráclito, por su naturaleza misma, es un ministerio personal, de relación, lo cual implica que quien lo lleva a cabo es un ser plenamente personal. Aunque el Antiguo Testamento decía mucho sobre la actividad del Espíritu en la Creación (por ejemplo, Génesis 1:2; Salmo 33:6), la revelación (por ejemplo, Isaías 61:1–6; Miqueas 3:8), la capacitación para servir (por ejemplo, Éxodo 31:2–6; Jueces 6:34; 15:14–15; Isaías 11:2) y la renovación interior (por ejemplo, Salmo 51:10–12; Ezequiel 36:25–27), no aclaraba que el Espíritu fuera una Persona divina distinta. En cambio, en el Nuevo Testamento queda claro que el Espíritu es una personatan [p 152] realmente distinta del Padre, como el Hijo. Esto es evidente, no sólo a partir de la promesa de Jesús acerca de “otro Consolador”, sino también del hecho de que el Espíritu, entre otras cosas, habla (Hechos 1:16; 8:29; 10:19; 11:12; 13:2; 28:25), enseña (Juan 14:26), testifica (Juan 15:26), escudriña (1 Corintios 2:11), decide (1 Corintios 12:11), intercede (Romanos 8:26–27), se le dicen mentiras (Hechos 5:3) y se le puede entristecer (Efesios 4:30). Sólo se pueden decir cosas así al hablar de una persona.

La divinidad del Espíritu se manifiesta a partir de la declaración de que mentirle al Espíritu es mentirle a Dios (Hechos 5:3–4) y de la unión del Espíritu al Padre y al Hijo en las bendiciones (2 Corintios 13:14; Apocalipsis 1:4–6) y en la fórmula del bautismo (Mateo 28:19). En Apocalipsis 1:4; 3:1; 4:5; 5:6 se le llama al Espíritu “los siete espíritus”, en parte al parecer porque el número *siete* significa perfección divina, y también en parte porque el Espíritu ministra en toda su plenitud.

Entonces, el Espíritu es “Él”, no “ello”, y se le debe obedecer, amar y adorar junto con el Padre y el Hijo.

El ministerio central del Paráclito consiste en testificar a favor de Jesucristo, glorificarlo al mostrarles a sus discípulos quién es Él y qué es (Juan 16:7–15) y hacerlos conscientes de lo que ellos son en Él (Romanos 8:15–17; Gálatas 4:6). El Espíritu nos ilumina (Efesios 1:17–18), nos regenera (Juan 3:5–8), nos lleva a la santidad (Romanos 8:14; Gálatas 5:16–18), nos transforma (2 Corintios 3:18; Gálatas 5:22–23), nos da seguridad (Romanos 8:16) y nos hace aptos para el ministerio (1 Corintios 12:4–11). Toda la obra de Dios en nosotros, que toca nuestro corazón, personalidad y conducta, la realiza el Espíritu, aunque algunos aspectos de ella se les atribuyan algunas veces al Padre y al Hijo, cuyo ejecutivo es el Espíritu.

El ministerio pleno del Espíritu como Paráclito comenzó en la mañana de Pentecostés, después de la ascensión de Jesús (Hechos 2:1–4). Juan el Bautista había predicho que Jesús bautizaría en el Espíritu (Marcos 1:8; Juan 1:33), de acuerdo a la promesa del Antiguo Testamento sobre un derramamiento [p 153] del Espíritu de Dios en los últimos días (Joel 2:28–32; cf. Jeremías 31:31–34); también Jesús había repetido esta promesa (Hechos 1:4–5). La mañana de Pentecostés tuvo un significado doble: señaló el comienzo de la era final de la historia mundial antes del regreso de Cristo y, en comparación con la era del Antiguo Testamento, señaló una fuerte intensificación del ministerio del Espíritu y de la experiencia de vivir para Dios.

Es evidente que los discípulos de Jesús eran creyentes nacidos del Espíritu antes de Pentecostés; por tanto, su bautismo en el Espíritu, que llevó poder a su vida y ministerio (Hechos 1:8) no fue el comienzo de su experiencia espiritual. En cambio, para todos cuantos han llegado a la fe desde la mañana de Pentecostés, comenzando con los mismos que se convirtieron en aquel día, el hecho de recibir al Espíritu en la plenitud de bendición del nuevo pacto ha sido uno de los aspectos de su conversión y nuevo nacimiento (Hechos 2:37; Romanos 8:9; 1 Corintios 12:13). Todas las capacidades para servir que aparecen posteriormente en la vida de un Cris-

tiano deberían ser consideradas como algo que fluye desde este bautismo inicial en el Espíritu, que une de manera vital al pecador con el Cristo resucitado.

[p 154]

SALVACIÓN

JESÙS RESCATA A LOS SUYOS DEL PECADO

Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.

Hechos 4:12

La salvación es el tema maestro del Evangelio cristiano. *Salvación* es una palabra-imagen de amplia aplicación, usada para expresar la idea de rescatar del peligro y la angustia para llevar a una situación de seguridad. El Evangelio proclama que el Dios que salvó a Israel de Egipto, a Jonás del vientre del pez, al salmista de la muerte y a los soldados de ahogarse (Éxodo 15:2; Jonás 2:9; Salmo 116:6; Hechos 27:31), es el mismo que salva del pecado y sus consecuencias a todos aquellos que confían en Cristo.

Así como estos sucesos terrenales liberadores fueron obra de Dios en su totalidad, y no circunstancias en las cuales los humanos se salvaron a sí mismos con la ayuda divina, lo mismo sucede con la salvación con respecto al pecado y la muerte. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues [tanto la fe como tal, como la salvación unida a la fe] es don de Dios” (Efesios 2:8). “La salvación es de Jehová” (Jonás 2:9).

¿De qué son salvados los creyentes? De su posición anterior bajo la ira de Dios, del dominio del pecado y del poder de la muerte (Romanos 1:18; 3:9; 5:21); de su condición [p 155] natural en la cual los dominan el mundo, la carne y el diablo (Juan 8:23–24; Romanos 8:7–8; 1 Juan 5:19); de los temores que crea una vida de pecado (Romanos 8:15; 2 Timoteo 1:7; Hebreos 2:14–15), y de los numerosos vicios que formaban parte de ella (Efesios 4:17–24; 1 Tesalonicenses 4:3–8; Tito 2:11–3:6).

¿Cómo son salvados de estas cosas los creyentes? A través de Cristo, y en Cristo. El Padre está tan interesado en exaltar al Hijo, como en rescatar a los perdidos (Juan 5:19–23; Filipenses 2:9–11; Colosenses 1:15–18; Hebreos 1:4–14), y es tan cierto decir que los elegidos fueron nombrados para Cristo, el Hijo amado, como decir que Cristo fue nombrado para los elegidos amados (Mateo 3:17; 17:5; Colosenses 1:13; 3:12; 1 Pedro 1:20; 1 Juan 4:9–10).

Nuestra salvación comprende en primer lugar la muerte de Cristo por nosotros, y en segundo, el que Cristo viva en nosotros (Juan 15:4; 17:26; Colosenses 1:27) y nosotros vivamos en Cristo, unidos con Él en su muerte y vida de resurrección (Romanos 6:3–10; Colosenses 2:12, 20; 3:1). Esta vital unión, que es sostenida por el Espíritu desde el lado divino, y por la fe desde nuestro lado, y que se forma en el nuevo nacimiento y por medio de él, presupone una unión pactada en el sentido de nuestra elección eterna en Cristo (Efesios 1:4–6). Jesús fue predestinado para ser nuestro cabeza representativo y el sustituto que carga con nuestro pecado (1 Pedro 1:18–20; cf. Mateo 1:21), y nosotros fuimos escogidos para ser eficazmente llamados, conformados a su imagen y glorificados por el poder del Espíritu (Romanos 8:11, 29–30).

Los creyentes son salvados del pecado y de la muerte, pero ¿para qué han sido salvados? Para vivir en el tiempo y la eternidad en el amor a Dios—Padre, Hijo y Espíritu—y a sus prójimos. La fuente del amor a Dios es el conocimiento de su amor redentor por nosotros, y la evidencia de que se ama a Dios es el amor al prójimo (1 Juan 4:19–21). El propósito de Dios, tanto ahora como en la otra vida, es seguir expresándonos su amor en Cristo, y nuestra meta debe consistir en seguirles [p 156] expresando nuestro amor a las tres personas del Dios único por medio de nuestra adoración y nuestro servicio en Cristo. La vida de amor y adoración es nuestra esperanza de gloria, nuestra salvación ahora y nuestra felicidad para siempre.

[p 157]

ELECCIÓN

DIOS ESCOGE A LOS SUYOS

Pues [Dios] a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia.

El verbo *elegir* significa “seleccionar, escoger”. La doctrina bíblica de la elección afirma que antes de la Creación, Dios escogió de entre la raza humana, que Él preveía que iba a caer, a aquéllos a quienes redimiría, traería a la fe, justificaría y glorificaría en Jesucristo y por medio de Él (Romanos 8:28–39; Efesios 1:3–14; 2 Tesalonicenses 2:13–14; 2 Timoteo 1:9–10). Esta selección divina es una expresión de gracia libre y soberana, porque no es forzada ni condicional, ni merecida por nada que haya en los que son sujetos de ella. Dios no les debe a los pecadores misericordia alguna, sino sólo condenación; por consiguiente es maravilloso, y motivo de alabanza sin fin, el que decidiera salvar a alguno de nosotros; doblemente, cuando su decisión involucró el entregarnos a su propio Hijo para que sufriera, cargando los pecados de los elegidos (Romanos 8:32).

La doctrina de la elección, como todas las verdades acerca de Dios, contiene misterio, y algunas veces provoca controversias. Sin embargo, en las Escrituras es una doctrina pastoral, presentada para ayudar a los cristianos a ver lo grande que es la gracia que los salva, y moverlos como respuesta a la humildad, la confianza, el gozo, la alabanza, la fidelidad y la santidad. Es el secreto de familia de los hijos de Dios. No sabemos quién más Él ha escogido entre aquellos [p 158] que aún no creen, ni por qué le complació escogernos a nosotros en particular. Lo que sí sabemos es que, en primer lugar, si no nos hubiera escogido para la vida, ahora no seríamos creyentes (porque sólo los creyentes son traídos a la fe); y, en segundo lugar, que por ser creyentes elegidos, podemos confiar en que Dios termine en nosotros la buena obra que comenzó (1 Corintios 1:8–9; Filipenses 1:6; 1 Tesalonicenses 5:23–24; 2 Timoteo 1:12; 4:18). Así es cómo nos proporciona consuelo y gozo el conocer nuestra propia elección.

Pedro nos dice que deberíamos “hacer firme nuestra vocación y elección” (2 Pedro 1:10); esto es, segura para nosotros. La elección se conoce por sus frutos. Pablo conoció la elección de los tesalonicenses por su fe, esperanza y amor; por la transformación interna y externa de sus vidas que había producido el Evangelio (1 Tesalonicenses 1:3–6). Mientras más aparezcan en nuestra vida las cualidades sobre las cuales Pedro ha estado exhortando a sus lectores (bondad, conocimiento, dominio de sí, perseverancia, santidad, bondad fraternal, amor: 2 Pedro 1:5–7), más seguros de nuestra propia elección tenemos derecho a estar.

Desde un punto de vista, los elegidos son el don del Padre al Hijo (Juan 6:39; 10:29; 17:2, 24). Jesús testifica que Él ha venido a este mundo con la misión concreta de salvarlos (Juan 6:37–40; 10:14–16, 26–29; 15:16; 17:6–26; Efesios 5:25–27), y todo relato sobre su misión debe destacar esto.

La decisión eterna de Dios con respecto a aquellos pecadores a quienes no ha escogido para la vida, recibe el nombre de *reprobación*. Esencialmente, la decisión de Dios consiste en no transformarlos, puesto que son los elegidos los destinados a ser transformados, sino dejar que pequen como ya desean hacerlo en su corazón, y por último, juzgarlos como se merecen por lo que han hecho.

Cuando Dios los entrega a sus pecados en ciertos casos particulares (esto es, quita todas las limitaciones, para que realicen los actos de desobediencia que quieren realizar), esto es en sí mismo el comienzo del juicio. Recibe el nombre de [p 159] “endurecimiento” (Romanos 9:18; 11:25; cf. Salmo 81:12; Romanos 1:24, 26, 28), y conduce de manera inevitable a una culpa mayor.

La reprobación es una realidad bíblica (Romanos 9:14–24; 1 Pedro 2:8), pero no debe incidir de manera directa en la conducta del cristiano. Los reprobos no tienen rostro, en lo que a los cristianos respecta, y no somos nosotros los que tenemos que intentar identificarlos. Más bien debemos vivir a la luz de la certeza de que cualquiera puede ser salvo, con sólo arrepentirse y poner su fe en Cristo.

Debemos ver a todas las personas con las que nos encontramos como personas que es posible que se hallen en el número de los elegidos.

[p 160]

EL LLAMADO EFICAZ

DIOS ATRAE A LOS SUYOS HACIA SÍ

De que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

Llamado eficaz es una expresión del siglo XVI que se convirtió en el título del capítulo X en la Confesión de Westminster de 1647. El capítulo comienza de esta forma:

A todos aquellos a quienes Dios ha predestinado para vida, y sólo a ellos, Él se complace, en el momento fijado y aceptado por Él mismo, en llamar eficazmente, por su Palabra y Espíritu, para que salgan de ese estado de pecado y de muerte en el que están por naturaleza, y pasen a la gracia y la salvación, por Jesucristo; iluminándoles la mente de manera espiritual y salvadora para que comprendan las cosas de Dios, llevándose su corazón de piedra y dándoles un corazón de carne; renovando su voluntad y, por su poder inagotable, determinándolos para lo que es bueno, y acercándolos eficazmente a Jesucristo; y aun así, puesto que acuden con la mayor de las libertades, es su gracia la que los hace estar dispuestos.

Aquí se está hablando de la multifacética realidad de la conversión cristiana, que comprende la iluminación, la regeneración, la fe y el arrepentimiento. Se la analiza como obra soberana de Dios, “eficazmente” realizada por el poder del Espíritu Santo. Este concepto corresponde al uso que hace Pablo del verbo llamar (que significa “traer a la fe”) y [p 161] llamados (que significa “convertidos”) en Romanos 1:6; 8:28, 30; 9:24; 1 Corintios 1:24, 26; 7:18, 21; Gálatas 1:15; Efesios 4:1, 4 y 2 Tesalonicenses 2:14, y contrasta con la idea de una invitación simplemente externa e ineficaz, como la que se encuentra en Mateo 22:14.

El pecado original mantiene por naturaleza a todos los seres humanos muertos para Dios (incapaces de reaccionar), pero en el llamado eficaz, Dios revive a los muertos. Cuando se comunica el llamado externo de Dios a la fe en Cristo por medio de la lectura y predicación de la Biblia y la explicación de su contenido, el Espíritu Santo ilumina y renueva el corazón de los pecadores elegidos, de manera que éstos comprendan el Evangelio y lo abracen como verdad procedente de Dios, y Dios en Cristo se convierte para ellos en objeto de sus deseos y afectos. Al ser ya regenerados y capaces de escoger a Dios y al bien mediante el uso de su voluntad liberada, se apartan de su pauta anterior de conducta para recibir a Jesucristo como Señor y Salvador, y para comenzar una nueva vida con Él.

[p 162]

LA ILUMINACIÓN

EL ESPÍRITU SANTO DA COMPRESIÓN ESPIRITUAL

Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porquese han de discernir espiritualmente.

1 Corintios 2:14

El conocimiento de las cosas divinas al que son llamados los cristianos no es una simple familiaridad formal con las palabras bíblicas y las ideas cristianas. Es la comprensión de la realidad y relevancia que tienen las actividades del Dios uno y trino sobre las cuales dan testimonio las Escrituras. Esta conciencia no es natural en nadie, por muy familiarizado que esté con las ideas cristianas (como “el hombre natural” de 1 Corintios 2:14, que no puede recibir lo que le dicen los cristianos, o los ciegos guías de ciegos de los que habla Jesús de manera tan cáustica en Mateo 15:14, o el mismo Pablo antes de que se encontrara con Cristo en el camino de Damasco). Sólo el Espíritu Santo, el que escudriña las cosas profundas de Dios (1 Corintios 2:10), puede producir esta conciencia en nuestra mente y corazón, entenebrecidos por el pecado. Por esta razón se le llama “comprensión espiritual” (aquí, espiritual significa “dada por el Espíritu”, Colosenses 1:9; cf. Lucas 24:25; 1 Juan 5:20). Aquellos que, junto con una sólida instrucción verbal, “tienen la unción del Santo, y conocen todas las cosas” (1 Juan 2:20).

La obra que realiza el Espíritu al impartir este conocimiento es llamada “iluminación” o esclarecimiento. No consiste en dar [p 163] revelación nueva, sino en una obra dentro de nosotros que nos capacita para captar y amar la revelación que se halla ante nosotros en el texto bíblico que oímos y leemos, y que nos explican los maestros y escritores. El pecado que se halla en nuestro sistema mental y moral nos nubla la mente y la voluntad para que no descubramos el poder de las Escrituras y les ofrezcamos resistencia. Dios nos parece remoto, hasta el punto de ser irreal, y ante la verdad de Dios, nos sentimos embotados y apáticos. En cambio, el Espíritu nos abre y descubre la mente y hace que nuestro corazón entre en sintonía para que comprendamos (Efesios 1:17–18; 3:18–19; 2 Corintios 3:14–16; 4:6). Así como nos proporcionó las verdades de las Escrituras por medio de la inspiración, ahora por medio de la iluminación la interpreta para nosotros. De esta forma vemos que la iluminación consiste en la aplicación de la verdad revelada por Dios a nuestro corazón, de modo que captemos como realidad para nosotros lo que nos presenta el texto sagrado.

La iluminación, que es un ministerio del Espíritu Santo a los cristianos durante toda su vida, comienza antes de la conversión con una comprensión creciente de las verdades acerca de Jesús, y un sentido también creciente de que esa verdad es la que constituye nuestra medida y revela lo que somos. Jesús dijo que el Espíritu “convencería al mundo” del pecado de no creer en Él, del hecho de que Él era justo ante Dios Padre (como lo demuestra el que fuera recibido de vuelta en los cielos) y de la realidad del juicio, tanto ahora como en el más allá (Juan 16:8–11). Esta triple convicción sigue siendo el medio para hacer al pecado repulsivo y a Cristo digno de adoración ante los ojos de unas personas que con anterioridad amaban al pecado y no tenían interés alguno en el Salvador divino.

Nos beneficiamos plenamente del ministerio de iluminación que tiene el Espíritu con el estudio serio de la Biblia, la oración seria y una seria respuesta de obediencia ante todas las verdades que Él ya nos haya mostrado. Esto corresponde con la máxima de Lutero sobre las tres cosas que hacen al [p 164] teólogo: *oratio* (en latín, oración), *meditatio* (meditación en el texto ante la presencia de Dios) y *tentatio* (tentación, prueba, la lucha por la fidelidad bíblica ante las presiones para que no tengamos en cuenta lo que dicen las Escrituras).

[p 165]

REGENERACIÓN

EL CRISTIANO NACE DE NUEVO

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Juan 3:3

El concepto de regeneración pertenece al Nuevo Testamento y creció, según parece, de una frase-imagen parábólica usada por Jesús para mostrarle a Nicodemo lo interno y profundo que era el cambio por el que tenían que pasar incluso los judíos religiosos para poder llegar a ver alguna vez el reino de Dios y entrar en él, de manera que tuvieran vida eterna (Juan 3:3–15). Jesús describió este cambio como “nacer de nuevo”.

Este concepto indica que Dios renueva el corazón, el núcleo mismo del ser de una persona, implantando en él un nuevo principio para sus deseos, propósitos y acciones; una dinámica de disposición que halla su expresión en una respuesta positiva al Evangelio y a su Cristo. Cuando Jesús habla de “nacer de agua y del Espíritu” (Juan 3:5), nos recuerda a Ezequiel 36:25–27, donde se describe a Dios purificando de manera simbólica a las personas de la contaminación del pecado (por medio del agua) y otorgándoles un “nuevo corazón” al poner su Espíritu dentro de ellas. Puesto que esto es tan explícito, Jesús reprende a Nicodemo, “maestro en Israel”, por no comprender cómo se produce el nuevo nacimiento (Juan 3:9–10). Lo que está indicando todo el tiempo es que no existe ejercicio alguno de la fe en Él mismo como el Salvador sobrenatural, ni arrepentimiento, ni verdadero discipulado, sin este nuevo nacimiento.

[p 166] En otro lugar, Juan enseña que la fe en la Encarnación y la Expiación, con fe y amor, santidad y justicia, son fruto y prueba de que hemos nacido de Dios (1 Juan 2:29; 3:9; 4:7; 5:1, 4). De esta manera llegamos a la conclusión de que, así como no hay conversión sin nuevo nacimiento, tampoco hay nuevo nacimiento sin conversión.

Aunque la regeneración de los infantes puede ser una realidad cuando Dios se lo propone (Lucas 1:15, 41–44), el contexto ordinario del nuevo nacimiento es un contexto de llamado eficaz; esto es, de confrontación con el Evangelio e iluminación con respecto a su veracidad e importancia como mensaje de Dios para uno mismo. La regeneración es siempre el elemento decisivo en el llamado eficaz.

La relación es monérgica; o sea, es obra total y exclusiva de Dios Espíritu Santo. Levanta a los elegidos de entre los espiritualmente muertos y les da una vida nueva en Cristo (Efesios 2:1–10). Es una transición de la muerte espiritual a la vida espiritual, y la fe activa, intencional y consciente en Cristo es su fruto inmediato, no su causa inmediata. La regeneración es la obra de lo que Agustín llamaba gracia “previniente”, la gracia que precede a la entrega de nuestro corazón a Dios.

[p 167]

OBRAS

LAS BUENAS OBRAS SON
UNA EXPRESIÓN DE LA FE

Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.

Santiago 2:24

En el Nuevo Testamento, la fe (confianza que cree, o creencia llena de confianza, basada en un testimonio que recibimos como venido de Dios) tiene una importancia fundamental, puesto que es el medio o causa instrumental de la salvación. Por la fe, los cristianos son justificados ante Dios (Romanos 3:26; 4:1–5; Gálatas 2:16), viven la vida (literalmente, “andan”, 2 Corintios 5:7) y sostienen su esperanza (Hebreos 10:35–12:3).

No es posible definir la fe con términos subjetivos, como un estado mental de confianza y optimismo, ni con términos pasivos, como la aceptación mental de la ortodoxia o una confianza en Dios sin consagración a Él. La fe es una respuesta orientada hacia un objeto, y que recibe su forma de aquello en lo que se confía; esto es, Dios mismo, las promesas de Dios y Jesucristo, todo como lo presentan las Escrituras. Además, la fe es una respuesta de toda el alma, que involucra mente, corazón, voluntad y afectos. La teología reformada antigua analizaba la fe como *notitia* (“conocimiento”, esto es, familiarización con el contenido del Evangelio), más *assensus* (“asentimiento”, esto es, reconocimiento de que el Evangelio es veraz), más *fiducia* (“confianza y dependencia”, esto es, un apoyarse personalmente en cuanto a la salvación en la gracia del Padre, el Hijo y el Espíritu, con un agradecido cese de todos nuestros intentos por salvarnos a nosotros mismos a base de consolidar nuestra propia justicia: Romanos 4:5; [p 168] 10:3). Sin *fiducia* no hay fe, pero *sin notitia* ni *assensus*, no puede haber *fiducia* (Romanos 10:14).

La fe como don de Dios es un fruto de iluminación aplicativa por parte del Espíritu Santo, y de ordinario contiene en sí misma una cierta medida de seguridad consciente, a través del testimonio del Espíritu (Romanos 8:15–17). Calvino definió la fe como “un conocimiento seguro y firme del favor divino hacia nosotros, fundado en la verdad de una promesa gratuita en Cristo, y revelado a nuestra mente y sellado en nuestro corazón por el Espíritu Santo”.

La justificación por obras (por cosas que hayamos hecho) es la herejía del legalismo. La justificación, tal como insistiera Lutero, es por fe solamente (“fe sin las obras de la ley”, Romanos 3:28), porque sólo es en Cristo y por Cristo, y depende en lo que El es, como distinto de lo que somos nosotros. Ahora bien, si las “buenas obras” (actividades con las que servimos a Dios y a los demás) no siguen a nuestra profesión de fe, aún estamos creyendo sólo con la cabeza, y no con el corazón: en otras palabras, aún no es nuestra la fe justificante (*fiducia*). Lo cierto es que, aunque somos justificados sólo por fe, la fe que justifica nunca está sola. Produce fruto moral; se expresa a sí misma “por el amor” (gálatas 5:6); transforma nuestra manera de vivir; engendra virtud. Esto no se debe únicamente a que se nos ordene ser santos, sino también a que el corazón regenerado, que se expresa mediante la *fiducia*, anhela la santidad y sólo puede hallar contentamiento pleno en su búsqueda.

Cuando Santiago dice que la fe sin obras es muerta (esto es, un cadáver), está usando la palabra *fe* en el sentido limitado de *notitia* más *assensus*, que es la forma en que la estaban usando aquéllos a quienes le dirigió su epístola. Cuando dice que la persona es justificada por lo que hace, y no por la fe solamente, “justificado” significa “demostrado que es genuino, reivindicado de la sospecha de que es un hipócrita y un fraude”. Santiago está lanzando la idea de que la ortodoxia estéril no salva a nadie (Santiago 2:14–26). Pablo [p 169] habría estado de acuerdo, y toda la carta de Santiago demuestra que estaba de acuerdo con Pablo en que la fe debe transformar la vida de la persona. Pablo desacredita la idea de la salvación por medio de obras muertas; Santiago rechaza la salvación por medio de una fe muerta.

Aunque las obras del creyente no le merezcan la salvación, y siempre tengan algo de imperfectas (Romanos 7:13–20; Gálatas 5:17), en su carácter de expresiones de amor y fidelidad que exige la fe, son la base en la que se apoya Dios para prometer recompensas en los cielos (Filipenses 3:12–14; 2 Timoteo 4:7–8). El que Dios nos recompense de acuerdo a nuestras obras es, como observara Agustín, la forma en que Él corona bondadosamente los dones de su propia generosidad.

[p 170]

ARREPENTIMIENTO

EL CRISTIANO CAMBIA RADICALMENTE

Anuncié... que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento.

Hechos 26:20

La palabra que utiliza el Nuevo Testamento para hablar de arrepentimiento significa que la manera de pensar cambia de tal forma que cambian los puntos de vista, los valores, las metas y las formas, y que la persona vive toda su vida de una manera distinta. El cambio es radical, tanto exterior como interiormente; mente y juicio, voluntad y afectos, conducta y estilo de vida, motivaciones y propósitos; todo queda involucrado. Arrepentirse significa comenzar una nueva vida.

El llamado al arrepentimiento fue la exigencia primera y fundamental en la predicación de Juan el Bautista (Mateo 3:2), de Jesús (Mateo 4:17), de los Doce (Marcos 6:12), de Pedro el día de Pentecostés (Hechos 2:38), de Pablo a los gentiles (Hechos 17:30; 26:20), y del Cristo glorificado a cinco de las siete iglesias de Asia (Apocalipsis 2:5, 16, 22; 3:3, 19). Formó parte del resumen que hizo Jesús del Evangelio que se habría de llevar a todo el mundo (Lucas 24:47). Corresponde a la exhortación constante que le hacen a Israel los profetas del Antiguo Testamento para que regrese al Dios del que se ha alejado (por ejemplo, Jeremías 23:22; 25:4–5; Zacarías 1:3–6). Siempre se presenta el arrepentimiento como la senda que lleva a la remisión de los pecados y a la restauración del favor divino, mientras que la impenitencia es el camino hacia la destrucción (por ejemplo, Lucas 13:1–8).

El arrepentimiento es fruto de la fe, la cual es a su vez fruto de la regeneración. No obstante, en la vida real el arrepentimiento es [p 171] inseparable de la fe, al ser el aspecto negativo de la vuelta a Cristo como Señor y Salvador (el positivo es la fe). La idea de que pueda haber fe salvadora sin arrepentimiento, y de que alguien puede ser justificado al abrazar a Cristo como Salvador mientras lo rechaza—como Señor, es un destructor engaño. La fe verdadera reconoce a Cristo como lo que Él es en realidad, el rey que Dios ha nombrado sobre nosotros, así como el sacerdote que Dios nos ha dado, y la verdadera confianza en Él como Salvador se expresa también en la sumisión a Él como Señor. Rechazar esto equivale a buscar la justificación a través de una fe impenitente, que no es tal fe.

En el arrepentimiento, dice la Confesión de Westminster,

el pecador, al ver y sentir no sólo el peligro, sino también lo inmundos y detestables que son sus pecados, como contrarios que son a la naturaleza santa y a la justa ley de Dios, y apoyado en lo que ha podido comprender de su misericordia en Cristo hacia los que son penitentes, se duele tanto de sus pecados, y los detesta tanto, que se aparta de todos ellos para acercarse a Dios, haciendo el propósito y el esfuerzo de caminar con Él en todos los caminos de sus mandamientos. (XV.2)

Esta declaración destaca el hecho de que el arrepentimiento incompleto, llamado a veces “atrición” (remordimiento, autorreproche y dolor por el pecado, movido por el temor al castigo, sin deseo ni resolución alguna en cuanto a dejar de pecar) es insuficiente. El arrepentimiento verdadero es la “contrición”. tal como la presenta en sí mismo David en el Salmo 51, que tiene en su centro un firme propósito de no pecar más, sino vivir desde este momento una vida que demuestre que nuestro arrepentimiento es pleno y real (Lucas 3:8; Hechos 26:20). Arrepentirse de un vicio significa marcharse en sentido contrario; practicar las virtudes más directamente opuestas a él.

[p 172]

JUSTIFICACIÓN

LA SALVACIÓN ES POR GRACIA, POR MEDIO DE LA FE

Y que por la ley ninguno se justifica para con Dios, es evidente, porque: El justo por la fe vivirá.

Gálatas 3:11

La doctrina de la justificación, el centro de la tormenta durante la Reforma, fue una de las grandes preocupaciones del apóstol Pablo. La consideraba el corazón del Evangelio (Romanos 1:17; 3:21–5:21; Gálatas 2:15–5:1), y les daba forma tanto a su mensaje (Hechos 13:38–39) como a su consagración y su vida espiritual (2 Corintios 5:13–21; Filipenses 3:4–14). Aunque hay otros escritores del Nuevo Testamento que afirman sustancialmente la misma doctrina, los términos en los cuales los protestantes la han proclamado y defendido durante casi cinco siglos son tomados sobre todo de Pablo.

La justificación es un acto judicial de Dios por medio del cual indulta a los pecadores (las personas malvadas e impías, Romanos 4:5; 3:9–24), aceptándolos como justos, y enderezando de manera permanente su relación con Él, de quien antes se hallaban alejados. Esta sentencia justificante es el don divino de la justicia (Ro-

manos 5:15–17), la concesión por parte de Dios de una categoría de aceptación, en atención a Jesús (2 Corintios 5:21).

El juicio justificante de Dios parece extraño, puesto que declarar justos a los pecadores daría la impresión de ser exactamente la acción injusta por parte del juez que la propia ley de Dios prohíbe (Deuteronomio 25:1; Proverbios 17:15). No obstante, se trata en realidad de unjuicio justo, puesto que se basa en la justicia de Jesucristo, el cual como “el postrer [p 173] Adán” (1 Corintios 15:45), nuestro cabeza representante que actuaba a nombre nuestro, obedeció la ley que nos ataba y soportó la retribución que debíamos haber sufrido nosotros por nuestra impiedad; de esta forma (para usar un término técnico medieval), “mereció” nuestra justificación. Por consiguiente, somos justamente justificados, a partir de la justicia hecha (Romanos 3:25–26) y la justicia de Cristo, que nos es atribuida (Romanos 5:18–19).

La decisión justificante de Dios es el juicio del Último Día, en el cual declarará dónde pasaremos la eternidad, pasado al presente y pronunciado aquí y ahora. Es el último juicio que se hará jamás sobre nuestro destino; Dios nunca se echará atrás en él, por mucho que Satanás apele contra su veredicto (Zacarías 3:1; Apocalipsis 12:10; Romanos 8:33–34). Ser justificado es estar seguro para toda la eternidad (Romanos 5:1–5; 8:30).

El medio necesario, o causa instrumental de la justificación, es la fe personal en Jesucristo como Salvador crucificado y Señor resucitado (Romanos 4:23–25; 10:8–13). Esto se debe a que el mérito en el que se apoya nuestra justificación se halla totalmente en Cristo. Cuando nos entregamos a Jesús en fe, Él nos da su don de justicia, de tal manera que en el acto mismo de “apegarnos a Cristo”, como lo expresaban los maestros reformados más antiguos, recibimos el perdón y la aceptación divinos que no podríamos obtener de ninguna otra forma (Gálatas 2:15–16; 3:24).

La teología oficial católica romana incluye la santificación dentro de la definición de la justificación, a la cual considera más un proceso que un solo acontecimiento decisivo, y afirma que, mientras que la fe contribuye a que seamos aceptados por Dios, también contribuyen a ello nuestras obras satisfactorias y meritorias. Roma ve el bautismo, considerado como canal de la gracia santificante, como la causa instrumental primaria de la justificación, y el sacramento de la penitencia, por medio del cual se logra un mérito congruente a través de las obras de satisfacción, como la causa restauradora [p 174] complementaria cada vez que se pierde la gracia de la aceptación divina inicial por medio de un pecado mortal. Mérito congruente, a diferencia de mérito condigno, significa un mérito que es adecuado, aunque no absolutamente necesario, que sea recompensado por Dios con un nuevo fluir de gracia santificante. Por consiguiente, según el punto de vista católico romano, los creyentes se salvan a sí mismos con la ayuda de la gracia que fluye de Cristo a través del sistema sacramental de la iglesia, y en esta vida, de ordinario, no se puede tener sentido alguno de seguridad en cuanto a la gracia de Dios. Una enseñanza así se halla muy lejana de las enseñanzas de Pablo.

[p 175]

ADOPCIÓN

DIOS HACE HIJOS SUYOS DE LOS QUE FORMAN SU PUEBLO

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley ... a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.

Gálatas 4:4–5

Pablo enseña que el don de la justificación (esto es, el ser aceptados en el presente por Dios, como Juez del mundo) trae consigo la categoría de filiación por adopción (es decir, una intimidad permanente con Dios, como Padre celestial nuestro, Gálatas 3:26; 4:4–7). En el mundo de Pablo, la adopción se solía realizar de ordinario a favor de varones adultos jóvenes de buena personalidad, que se convertían en herederos y mantenían el nombre familiar de la persona rica que no había tenido hijos. En cambio, Pablo proclama aquí la misericordiosa adopción por parte de Dios, de personajes de mala catadura, para que se conviertan en “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17).

La justificación es la bendición básica, y en ella se apoya la adopción; la adopción es la bendición coronante, hacia la cual la justificación limpia el camino. La categoría de adoptados les pertenece a todos los que reciben a Cristo (Juan 1:12). La categoría de adoptados que poseen los creyentes significa que en Cristo y por medio de Él, Dios los ama como ama a su Hijo unigénito, y compartirá con ellos toda la gloria que le pertenece ahora a Cristo (Romanos 8:17, 38–39). Aquí y ahora, los creyentes se hallan bajo el cuidado y la disciplina paternas de Dios (Mateo 6:26; Hebreos 12:5–11) y son dirigidos, en especial por Jesús, a vivir su vida entera

a la luz [p 176] del conocimiento de que Dios es su Padre de los cielos. Así deben dirigirse a Él cuando oren (Mateo 6:5–13), imitarlo (Mateo 5:44–48; 6:12, 14–15; 18:21–35; Efesios 4:32–5:2), y confiar en Él (Mateo 6:25–34), expresando de esta forma el instinto filial que el Espíritu Santo ha implantado en ellos (Romanos 8:15–17; Gálatas 4:6).

La adopción y la regeneración se acompañan entre sí como dos aspectos de la salvación que proporciona Cristo (Juan 1:12–13), pero se las debe distinguir. La adopción consiste en otorgarnos una relación, mientras que la regeneración es la transformación de nuestra naturaleza moral. Con todo, el vínculo es evidente; Dios quiere que sus hijos, a quienes ama, reflejen su personalidad, y actúa en consonancia con ese deseo.

[p 177]

SANTIFICACIÓN

EL CRISTIANO CRECE EN LA GRACIA

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?... Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.

1 Corintios 6:9, 11

La santificación, afirma el Catecismo Breve de Westminster (P.35), es “la obra de la gracia inmerecida de Dios, por medio de la cual somos renovados en todo el hombre según la imagen de Dios, y se nos capacita cada vez más a morir al pecado y vivir para la justicia”. El concepto no consiste en que el pecado quede totalmente erradicado (eso sería afirmar demasiado), o sólo contrarrestado (eso sería afirmar demasiado poco), sino en que se produce un cambio de personalidad de origen divino que nos libera de los hábitos de pecado y forma en nosotros afectos, disposiciones y virtudes que nos asemejan a Cristo.

La santificación es una transformación constante dentro de una consagración mantenida, y engendra una justicia real dentro del marco de una santidad de relación. La santificación de relación, el estado de hallarse permanentemente apartado para Dios, fluye desde la cruz, donde Dios nos compró y reclamó para sí por medio de Cristo (Hechos 20:28; 26:18; Hebreos 10:10). La renovación moral, por medio de la cual somos transformados de una manera creciente a partir de lo que éramos en el pasado, fluye de la agencia del Espíritu Santo que habita en nosotros (Romanos 8:13; 12:1–2; 1 Corintios 6:11, 19–20; 2 Corintios 3:18; Efesios 4:22–24; [p 178] 1 Tesalonicenses 5:23; 2 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 13:20–21). Dios llama a sus hijos a la santidad y les da bondadosamente lo que les ordena (1 Tesalonicenses 4:4; 5:23).

La regeneración es nacimiento; la santificación es crecimiento. En la regeneración, Dios imparte deseos que no existían antes: el deseo de Dios, de la santidad, y de santificar y glorificar el nombre de Dios en este mundo; el deseo de orar y de adorar, amar, servir, honrar y agradar a Dios; el deseo de manifestarles amor a los demás y beneficiarlos. En la santificación, el Espíritu Santo “produce así el querer como el hacer” de acuerdo al propósito de Dios; lo que hace es impulsarnos a “ocuparnos en nuestra salvación” (esto es, expresarla en acción) por medio de la realización de estos nuevos deseos (Filipenses 2:1–13). Los cristianos se van volviendo cada vez más semejantes a Cristo, a medida que se va formando el perfil moral de Jesús (el “fruto del Espíritu”) en ellos de manera progresiva (2 Corintios 3:18; Gálatas 4:19; 5:22–25). El uso que hace Pablo de la palabra *gloria* en 2 Corintios 3:18 demuestra que para él, la santificación de la persona es la glorificación ya comenzada. Entonces, la transformación física que nos da un cuerpo como el de Cristo, y que estará en consonancia con nuestra personalidad totalmente transformada, convirtiéndose en un medio perfecto para expresarla, será la glorificación terminada (Filipenses 3:20–21; 1 Corintios 15:49–53).

La regeneración fue un acto monérgico de un momento, en el cual lo espiritualmente muerto recibió vida. Como tal, sólo fue obra de Dios. En cambio, la santificación es en cierto sentido sinérgica: es un proceso constante de colaboración en el cual se les exige a las personas regeneradas, vivas para Dios y liberadas del dominio del pecado (Romanos 6:11, 14–18) que se ejerciten en una obediencia sostenida. El método de santificación usado por Dios no es ni el activismo (una actividad que se apoya en la propia persona) ni la apatía (una pasividad que se apoya en Dios), sino un esfuerzo que depende de Dios (2 Corintios 7:1; Filipenses 3:10–14; [p 179] Hebreos 12:14). Sabiendo que sin que Cristo nos capacite, no podemos hacer nada en la forma debida, moralmente hablando, y que Él está dispuesto a fortalecernos para todo lo que tenemos que hacer (Filipenses 4:13), “permanecemos” en Cristo, pidiéndole su ayuda continuamente, y la recibimos (Colosenses 1:11; 1 Timoteo 1:12; 2 Timoteo 1:7; 2:1).

La norma hacia la cual se dirige la obra de Dios en la santificación de sus santos es tu propia ley moral revelada, de la cual el mismo Cristo fue expositor y modelo. El amor, la humildad y la paciencia de Cristo bajo presión deben ser imitados de manera consciente (Efesios 5:2; Filipenses 2:5–11; 1 Pedro 2:21), puesto que un espíritu y una actitud semejantes a los de Cristo forman parte de lo que envuelve el cumplimiento de la ley.

Los creyentes encuentran dentro de ellos mismos impulsos contrarios. El Espíritu sostiene sus deseos y propósitos regenerados; sus instintos adámicos caídos (la “carne”) que, aunque destronados, no han sido aún destruidos, tratan de apartarlos constantemente del cumplimiento de la voluntad divina y atraerlos hacia sendas que conducen a la muerte (Gálatas 5:16–17; Santiago 1:14–15). A fin de aclarar la relación entre la ley y el pecado, Pablo analiza de una manera personal y dramática la sensación de impotencia para guardar la ley completamente, y de esclavitud a una conducta que no nos gusta; sensación que produce en nosotros la tensión entre el Espíritu y la carne (Romanos 7:14–25). Este conflicto y esta frustración permanecerán con el cristiano mientras se halle en su cuerpo. Con todo, a base de velar y orar contra la tentación, y cultivar las virtudes opuestas, puede ayudar con la ayuda del Espíritu a “mortificar” (esto es, a ir drenando la vida, a debilitar como medio de matar) los malos hábitos particulares, y en ese sentido, morir cada vez más al pecado (Romanos 8:13; Colosenses 3:5). Experimentarán numerosas liberaciones y victorias particulares en su inacabable batalla con el pecado, al mismo tiempo que no serán expuestos nunca a tentaciones que les sea imposible resistir (1 Corintios 10:13).

[p 180]

LIBERTAD

LA SALVACIÓN TRAE CONSIGO LIBERTAD

Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.

Gálatas 5:1

El Nuevo Testamento ve la salvación en Cristo como liberación, y la vida cristiana como una vida de libertad: Cristo nos ha liberado para que sigamos libres (Gálatas 5:1; Juan 8:32, 36). La acción liberadora de Cristo no es cuestión de mejoras socio-político-económicas, como se sugiere hoy en ocasiones, sino que se relaciona con los tres puntos siguientes:

En primer lugar, los cristianos han sido liberados de la ley como sistema de salvación. Al haber sido justificados por la fe en Cristo, ya no se hallan bajo la ley de Dios, sino bajo su gracia (Romanos 3:19; 6:14–15; Gálatas 3:23–25). Esto significa que su posición ante Dios (la “paz” y el “acceso” de Romanos 5:1–2) descansa por completo en el hecho de que han sido aceptados y adoptados en Cristo. No depende de lo que hagan, ni dependerá nunca; nunca estará en peligro por lo que ellos dejen de hacer. Viven, y mientras estén en este mundo, vivirán, no por ser perfectos, sino por haber sido perdonados.

Por consiguiente, queda rechazada toda religión natural, puesto que el instinto natural del hombre caído, tal como se expresa en cuanta forma religiosa que el mundo haya ideado jamás, consiste en dar por supuesto que se gana y se mantiene una relación correcta con la realidad máxima (ya sea que se la conciba como un Dios personal, o de otra forma) a base de disciplinas de la observancia de leyes, los ritos correctos y el ascetismo. Ésta es la forma en que los sistemas de creencias [p 181] del mundo prescriben la forma de establecer nuestra propia justicia: lo mismo que veía Pablo que los judíos incrédulos trataban de hacer (Romanos 10:3). Su experiencia le había enseñado que aquello era una empresa inútil. No hay actuación humana alguna que sea suficientemente buena, puesto que siempre hay apetitos errados en el corazón, junto con la ausencia de buenos deseos, por muy correctas que sean las actuaciones externas de la persona (Romanos 7:7–11; cf. Filipenses 3:6), y donde Dios mira primero, es en el corazón.

Todo lo que puede hacer la ley es despertar, revelar y condenar el pecado que impregna nuestra estructura moral, y de esta forma, hacernos conscientes de su realidad, profundidad y culpabilidad (Romanos 3:19; 1 Corintios 15:56; Gálatas 3:10). De esta forma se hace evidente lo inútil que es tratar la ley como un pacto de obras, y buscar la justicia por medio de ella (Gálatas 3:10–12; 4:21–31), e igualmente evidente se hace la triste situación de no saber qué más hacer. Ésta es la atadura de la ley de la cual Cristo nos liberó.

En segundo lugar, los cristianos han sido liberados del dominio del pecado (Juan 8:34–36; Romanos 6:14–23). Han sido regenerados sobrenaturalmente y viven para Dios por medio de la unión con Cristo en su muerte y vida resucitada (Romanos 6:3–11), y esto significa que el anhelo más profundo de su corazón es ahora servir a Dios por medio de la práctica de la justicia (Romanos 6:18, 22). El dominio del pecado no comprendía

sólo actos de desobediencia, sino también una continua falta de celo por el cumplimiento de la ley, que llegaba a veces a un verdadero resentimiento y odio a la ley. En cambio ahora, transformados en su corazón, motivados por la gratitud a la aceptación por medio de la gracia, y fortalecidos por el Espíritu Santo, “sirven bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra” (Romanos 7:6). Esto significa que sus intentos por obedecer son ahora gozosos e integrados de una forma que nunca antes había sido cierta. El pecado ya no los gobierna más. También en este aspecto, han sido liberados de la esclavitud.

[p 182] En tercer lugar, los cristianos han sido liberados de la superstición que trata a la materia y al placer físico como intrínsecamente malos. Contra esta idea, Pablo insiste en que los cristianos estamos libres para disfrutar como buenos dones de Dios todas las cosas creadas y los placeres que éstas proporcionan (1 Timoteo 4:1–5), con la única condición de que no quebrantemos la ley moral en su disfrute, ni obstaculicemos nuestro propio bienestar espiritual o el de otros (1 Corintios 6:12–13; 8:7–13). Los reformadores renovaron esta insistencia, en contra de diversas formas de legalismo medievales.

[p 183]

LEGALISMO

TRABAJAR POR EL FAVOR DIVINO NOS QUITA EL DERECHO A ÉL

No hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres ...

Mateo 23:3–5

El Nuevo Testamento considera la obediencia cristiana como la práctica de “buenas obras”. Los cristianos deben ser “ricos en buenas obras” (1 Timoteo 6:18; cf. Mateo 5:16; Efesios 2:10; 2 Timoteo 3:17; Tito 2:7, 14; 3:8, 14). Es buena obra toda aquella que es hecha (a) de acuerdo con la norma correcta (la voluntad revelada de Dios; esto es, su ley moral); (b) a partir de una motivación correcta (el amor a Dios y a los demás que es señal distintiva de un corazón regenerado); (c) con un propósito correcto (agradar y glorificar a Dios, honrar a Cristo, extender su reino y beneficiar a nuestro prójimo).

El legalismo es una distorsión de la obediencia que no puede producir nunca obras que sean verdaderamente buenas. Su primer fallo es que desvía el motivo y el propósito, al considerar las buenas obras como formas esenciales de adquirir un favor divino mayor que el que se tiene en el momento. Su segundo fallo es la arrogancia. La creencia de que nuestras obras nos ganan el favor de Dios engendra desprecio por aquéllos que no se esfuerzan de la misma forma. Su tercer fallo es la falta de amor, en el sentido de que su propósito de [p 184] lograr nuestro propio adelanto saca del corazón la bondad humilde y la compasión creativa.

En el Nuevo Testamento encontramos tanto el legalismo de los fariseos como el de los judaizantes. Los fariseos pensaban que su categoría como hijos de Abraham hacía posible que Dios se agradara en ellos, y que la manera formal en que guardaban la ley a diario hasta los detalles más mínimos, era la que hacía real esta complacencia divina. Los judaizantes contemplaban el evangelismo entre los gentiles como una forma de proselitismo judío; creían que el gentil que creyera en Cristo debía seguir adelante hasta convertirse en judío por medio de la circuncisión y la observancia del calendario de fiestas y las leyes rituales, y que de esta manera obtendría un favor mayor ante Dios. Jesús atacó a los fariseos; Pablo, a los judaizantes.

Los fariseos eran formalistas, y se centraban por completo en los aspectos externos de las acciones, sin que les preocuparan los motivos y los propósitos, y reduciendo así la vida a un cumplimiento mecánico de reglas. Se consideraban a sí mismos como fieles cumplidores de la ley, aunque (a) se especializaban en minucias, mientras descuidaban lo más importante (Mateo 23:23–24); (b) su casuística anulaba el espíritu y la intención de la ley (Mateo 15:3–9; 23:16–24); (c) trataban las tradiciones sobre las prácticas como si formaran parte de la ley a la que Dios le había dado autoridad, con lo que ataban las conciencias en aspectos en los cuales la ley las había dejado libres (Marcos 2:16–3:6; 7:1–8); (d) eran hipócritas en su corazón, y todo el tiempo andaban buscando la aprobación de los hombres (Lucas 20:45–47; Mateo 6:1–8; 23:2–7). Jesús fue muy fuerte con ellos en estos puntos.

En la epístola a los Gálatas, Pablo condena el mensaje de “Cristo más otras cosas” típico de los judaizantes, como oscurecedor y que en realidad rechazaba el principio de que la gracia revelada en Jesús era totalmente suficiente (Gálatas 3:1–3; 4:21; 5:2–6). En Colosenses, sostiene una polémica similar contra una fórmula parecida de “Cristo más otras cosas” para llegar [p 185] a la “plenitud” (es decir, la perfección espiritual: Colosen-

ses 2:8–23). Todas aquellas “otras cosas” que nos exijan tomar acción para añadirle algo a lo que Cristo nos ha dado, constituyen una vuelta al legalismo y, en realidad, un insulto a Cristo.

Por consiguiente, lejos de enriquecer nuestra relación con Dios, como intenta hacerlo, el legalismo en todas sus formas hace lo diametralmente opuesto. Pone en peligro esa relación y, al hacer que dejemos de centrarnos en Cristo, nos mata de hambre el alma al mismo tiempo que nos alimenta el orgullo. Debemos huir de la religión legalista en todas sus formas como si se tratara de una verdadera plaga.

[p 186]

ANTINOMIANISMO

NO HEMOS SIDO LIBERADOS PARA PECAR

Hijos, nadie os enseñe; el que hace justicia es justo, como Él [Cristo] es justo.

1 Juan 3:7

Antinomianismo, palabra que significa que la persona es contraria a toda ley, es el nombre que reciben varios puntos de vista que han negado que la ley de Dios contenida en las Escrituras deba controlar de manera directa la vida del cristiano.

El antinomianismo dualista aparece entre los herejes gnósticos contra los cuales escribieron Judas y Pedro (Judas 4–19; 2 Pedro 2). Este punto de vista considera que la salvación es sólo para el alma, y que el comportamiento del cuerpo es irrelevante, tanto para los intereses de Dios como para la salud del alma, de manera que la persona se puede comportar de manera desenfrenada sin que esto tenga importancia alguna.

El antinomianismo centrado en el Espíritu pone tal confianza en los impulsos internos del Espíritu, que niega el que haya necesidad de que la ley nos enseñe cómo debemos vivir. Se da por supuesto que la libertad de la ley como camino de salvación trae consigo una libertad con respecto a la ley como guía para la conducta. En los primeros ciento cincuenta años de la era de la Reforma, este tipo de antinomianismo constituyó con frecuencia una amenaza, y la insistencia de Pablo en que la persona verdaderamente espiritual reconoce la autoridad de la Palabra de Dios a través de los apóstoles de Cristo (1 Corintios 14:37; cf. 7:40) sugiere que la iglesia de Corinto, tan obsesionada con el Espíritu, se hallaba cautiva de esta misma forma de pensar.

[p 187] El antinomianismo centrado en Cristo alega que Dios no ve pecado alguno en los creyentes, porque éstos están en Cristo, quien cumplió por ellos la ley, y por consiguiente, lo que ellos hagan en realidad no cambia nada, siempre que sigan creyendo. Sin embargo, 1 Juan 1:8–2:1 (como exposición del 1:7) y 3:4–10 señalan en una dirección diferente, indicando que no es posible estar en Cristo y al mismo tiempo abrazar el pecado como forma de vida.

El antinomianismo dispensacionalista sostiene que el cumplimiento de la ley moral no es necesario para los cristianos en ningún momento, puesto que vivimos bajo una dispensación de gracia y no de ley. No obstante, Romanos 3:31 y 1 Corintios 6:9–11 señalan con claridad que el cumplimiento de la ley sigue siendo obligatorio para los cristianos. “No estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo”, es lo que dice Pablo (1 Corintios 9:21).

El antinomianismo dialéctico, como el sostenido por Barth y Brunner, niega que la ley bíblica constituya un mandato directo de Dios, y afirma que las declaraciones imperativas de la Biblia hacen brotar la Palabra del Espíritu, la cual, al aparecer, puede corresponder o no con exactitud a lo que está escrito. Aquí se hace evidente la insuficiencia del concepto neo-ortodoxo sobre la autoridad bíblica, el cual explica la inspiración de las Escrituras en función de la instrumentalidad de la Biblia como canal para la comunicación de Dios a su pueblo en el día presente.

El antinomianismo de situación dice que todo cuanto Dios exige de los cristianos en la actualidad es una motivación y una intención de amor, y los mandatos del Decálogo y otras partes de la ética de las Escrituras, aunque se le atribuyan directamente a Dios, son sólo reglas para aplicar el amor; reglas que el cualquier momento ese amor puede echar a un lado. Sin embargo, Romanos 13:8–10, texto al cual apela este punto de vista, enseña que sin el amor como motivación, no es posible cumplir estos mandatos concretos. Una vez más sale a la superficie un concepto inaceptablemente débil de las Escrituras.

[p 188] Se debe insistir en que la ley moral, tal como queda cristalizada en el Decálogo y presentada en las enseñanzas éticas de ambos Testamentos, es una ley con cohesión interna, promulgada para ser un código práctico para el pueblo de Dios en todas las épocas. Además de esto, arrepentirse significa que se decide buscar

desde ese mismo instante la ayuda de Dios para poder cumplir esa ley. Recibimos el Espíritu para que nos dé poder a fin de cumplir la ley, y nos haga cada vez más semejantes a Cristo, el arquetipo de los cumplidores de la ley (Mateo 5:17). En realidad, este cumplimiento de la ley constituye la realización plena de nuestra naturaleza humana, y las Escrituras no le ofrecen esperanza alguna de salvación a nadie que, cualquiera que sea su profesión de fe, no busque apartarse del pecado para vivir con rectitud (1 Corintios 6:9–11; Apocalipsis 21:8).

[p 189]

AMOR

AMAR ES ALGO BÁSICO DENTRO DE LA CONDUCTA DEL CRISTIANO

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

1 Corintios 13:4–7

El cristianismo del Nuevo Testamento es en su esencia una respuesta a la revelación del Creador como un Dios de amor. Dios es un ser tripersonal que ama tanto a los impíos humanos, que el Padre ha dado al Hijo, el Hijo ha dado su vida, y Padre e Hijo juntos dan ahora al Espíritu para salvar a los pecadores de una situación angustiada hasta lo incomprensible y llevarlos a una gloria también incomprensible. Creer en esta sorprendente realidad del amor divino, y sentirse desbordado por ella, es lo que engendra y sostiene el amor a Dios y al prójimo que exigen los dos grandes mandamientos de Cristo (Mateo 22:35–40). Nuestro amor debe hacia nosotros, y tenerlo como modelo (Efesios 4:32–5:2; 1 Juan 3:16).

Por consiguiente, la marca distintiva de la vida cristiana es el amor cristiano. La medida y prueba del amor a Dios es una obediencia profunda y sin condiciones (1 Juan 5:3; Juan 14:15, 21, 23); la medida y prueba del amor a nuestro prójimo es la entrega de nuestra vida por Él (1 Juan 3:16; cf. Juan 15:12–13). Este amor sacrificado comprende el darnos, gastarnos y [p 190] empobrecemos hasta el límite por su bienestar. El relato de Jesús sobre la bondad del samaritano hacia el tan detestado judío se destaca como su definición modelo de lo que es el amor al prójimo (Lucas 10:25–37).

En 1 Corintios 13:4–8 se perfila el amor al prójimo. Es impresionante su falta total de preocupación por sí mismo. El amor al prójimo busca el bien de ese prójimo, y su verdadera medida es lo mucho que dé para alcanzar ese fin.

El amor es un principio de acción, más que de emoción. Es la decisión de honrar y beneficiar a la otra persona. Es cuestión de hacer las cosas para las personas, movidos por la compasión ante su necesidad, tanto si sentimos afecto personal por ellas, como si no. Los discípulos de Jesús serán reconocidos por el amor activo que se tengan entre sí (Juan 13:34–35).

[p 191]

ESPERANZA

LA ESPERANZA ES BÁSICA EN LA POSTURA CRISTIANA

Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.

Romanos 15:4

Los cristianos, cuya vida se desarrolla entre las dos venidas de Cristo, deben mirar atrás y adelante a un tiempo: atrás, al pesebre, la cruz y la tumba vacía, por medio de los cuales les fue ganada la salvación; adelante, a su reunión con Cristo más allá de este mundo, su resurrección personal y el gozo de estar con su Salvador en la gloria para siempre. La consagración del Nuevo Testamento es dirigida constantemente hacia esta esperanza; Cristo es “nuestra esperanza” (1 Timoteo 1:1) y servimos al “Dios de esperanza” (Romanos 15:13). La fe misma es definida como “la certeza de lo que se espera” (Hebreos 11:1), y la entrega del cristiano ha sido definida como “haber acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros, la cual tenemos como segura y firme ancla del alma” (Hebreos 6:18–19). Cuando Jesús les indicó a sus discípulos que se hicieran tesoros en el cielo, porque “donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21), lo que les

estaba diciendo era lo mismo que diría más tarde Pedro: “Esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado” (1 Pedro 1:13).

El Nuevo Testamento está lleno de una ética de esperanza. Es una ética de peregrinaje: nos debemos ver en este mundo [p 192] como extranjeros de viaje rumbo al hogar (1 Pedro 2:11; Hebreos 11:13). Es una ética de pureza: todo aquél que tenga realmente la esperanza de ser como Jesús cuando Él aparezca, “se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3). Es una ética que nos hace estar siempre preparados: debemos estar listos para dejar este mundo y comenzar una relación más íntima con Cristo, Señor nuestro, en cualquier momento en que Él nos convoque (2 Corintios 5:6–8; Filipenses 1:21–24; cf. Lucas 12:15–21). Es una ética de paciencia: “Si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos” (Romanos 8:25; cf. 5:1–5, donde la palabra griega traducida como “paciencia” tiene el sentido de perseverancia, el matiz de una obstinada persistencia en medio de las presiones). También es una ética de poder: la esperanza da fortaleza y seguridad, un empeño lleno de energía para correr la carrera, pelear la buena batalla y soportar “esta leve tribulación momentánea” (2 Corintios 4:17) que aún nos queda por pasar antes de irnos a nuestro hogar (Romanos 8:18; 15:13; 2 Timoteo 4:7–8).

Aunque la vida cristiana suele estar más marcada por el sufrimiento que por el triunfo (1 Corintios 4:8–13; 2 Corintios 4:7–18; Hechos 14:22), nuestra esperanza es firme y deberíamos sentir siempre una seguridad inagotable: estamos del lado vencedor.

[p 193]

INICIATIVA

EL CRISTIANO VIVE PARA AGRADAR A DIOS

No como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones.

1 Tesalonicenses 2:4

Es una verdad muy conocida el que el propósito de todo cristiano en la vida debe ser glorificar a Dios. Tenemos que llevar a cabo todo cuanto digamos y hagamos, toda nuestra obediencia a los mandatos de Dios, todas nuestras relaciones con los demás, todo el uso que hagamos de los dones, talentos y oportunidades que Dios nos dé, todo lo que soportemos por causa de situaciones adversas y hostilidades humanas, de tal forma que le demos a Dios honor y alabanza por su bondad hacia aquéllos que hace objeto de su amor (1 Corintios 10:31; cf. Mateo 5:16; Efesios 3:10; Colosenses 3:17).

Es igualmente importante la verdad de que la labor a la que deben dedicar los cristianos todo su tiempo es la de agradar a Dios. Sería correcto describir esto diciendo que es el llamado personal del cristiano. Jesús no vivió para complacerse a sí mismo; tampoco debemos hacerlo nosotros (Juan 8:29; Romanos 15:1–3). Agradar a Dios en todo debe ser nuestra meta (2 Corintios 5:9; Colosenses 1:10; 1 Tesalonicenses 2:4; 4:1). La fe (Hebreos 11:5–6), la alabanza (Salmo 69:30–31), la generosidad (Filipenses 4:18; Hebreos 13:16), la obediencia a las autoridades instituidas por Dios (Colosenses 3:20) y la resolución en el servicio cristiano (2 Timoteo 2:4) se combinan para formar la manera prescrita de hacerlo. Dios nos capacita para este estilo de vida y también se agrada al vernos practicarlo. En su gracia soberana, es procedimiento normal suyo el dar lo que [p 194] ordena y deleitarse en los resultados (Hebreos 13:21; cf. Filipenses 2:12–13).

A partir de la convocatoria para que dediquemos toda nuestra vida a agradar a Dios, aprendemos el sentido preciso en el cual la verdadera santidad es al mismo tiempo cuestión de relación y de creatividad. Dios se relaciona con los cristianos, no sólo como un Padre lo hace con sus hijos, sino también como lo hace un Amigo con sus amigos. Abraham recibió el título de amigo de Dios (2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8; Santiago 2:23); Cristo llama amigos suyos a sus discípulos (Lucas 12:4; Juan 15:14). La medida de la gracia de Dios se halla en el hecho de que hace amistad con pecadores; la medida de la santidad del cristiano está en que busca agradar a su Amigo celestial, de la misma manera que los cónyuges tratan de agradarse el uno al otro a fin de manifestarse amor (1 Corintios 7:32–35). El cristianismo es una aventura amorosa, y la santidad es en su esencia cuestión de expresarle un amor que adora agradecido, tratando de agradecerle.

La creatividad es parte de la imagen de Dios en el hombre, y debe hallar su expresión en un estilo de vida emprendedor que busca formas de manifestarle gratitud a Dios. El amor siempre preguntará si se puede hacer algo más para agradar, y parte de la respuesta siempre será que aumenten el amor al prójimo y la atención a las necesidades de los demás (1 Juan 3:11–18). Si nuestros planes para agradar a Dios conllevan riesgo, debemos recordar que Jesús elogia en la parábola de los talentos a aquellos que arriesgaron su dinero en el mercado y condena al que practicó una tímida falta de acción (Mateo 25:14–30).

ORACIÓN

LOS CRISTIANOS PRACTICAN LA COMUNIÓN CON DIOS

Y les dijo: cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.

Lucas 11:2–4

Dios nos hizo y nos ha redimido para que tengamos comunión con Él, y eso es la oración. Dios nos habla en el contenido de la Biblia y a través de él; su Santo Espíritu lo abre para nosotros y nos lo aplica, capacitándonos para comprenderlo. Nosotros le hablamos a Dios entonces acerca de Él mismo, de nosotros y de la gente de su mundo, dándole a lo que decimos la forma de respuesta a lo que Él ha dicho. Esta forma única de conversación en ambos sentidos continúa mientras perdura la vida.

La Biblia enseña y ejemplifica la oración como una actividad cuádruple que han de realizar los miembros del pueblo de Dios de manera individual, tanto en privado (Mateo 6:5–8) como en mutua compañía (Hechos 1:14; 4:24). Debemos expresar adoración y alabanza; debemos hacer una contrita confesión del pecado y buscar el perdón; hemos de manifestar gratitud por los beneficios recibidos, y hemos de expresar peticiones y súplicas, tanto por nosotros como por los demás. El Padrenuestro (Mateo 6:9–13; Lucas 11:2–4) manifiesta adoración, petición y confesión; el Salterio contiene modelos de los cuatro elementos de la oración.

[p 196] La petición, en la cual la persona que ora reconoce con humildad su necesidad y expresa su confianza total en que Dios la atenderá, usando sus recursos soberanos de sabiduría y bondad, es la dimensión de la oración que se destaca con mayor constancia en la Biblia (por ejemplo, Génesis 18:16–33; Éxodo 32:31–33; Esdras 9:5–15; Nehemías 1:5–11; 4:4–5, 9:6–9, 14; Daniel 9:4–19; Juan 17; Santiago 5:16–18; Mateo 7:7–11; Juan 16:23–24; Efesios 6:18–20; 1 Juan 5:14–16. La petición, junto con las otras formas de oración, debe ir dirigida de ordinario al Padre, como nos muestra el Padrenuestro, pero se puede clamar a Cristo para pedir salvación y sanidad, como en los días de su carne (Romanos 10:8–13; 2 Corintios 12:7–9), y al Espíritu Santo para pedirle gracia y paz (Apocalipsis 1:4). No es posible que sea incorrecto presentarle nuestras peticiones a Dios como uno y trino, o solicitar una bendición espiritual de cualquiera de las tres Personas, pero es prudente seguir la pauta marcada por el Nuevo Testamento.

Jesús enseña que las peticiones al Padre se han de hacer en su nombre (Juan 14:13–14; 15:16; 16:23–24). Esto significa que invocamos su mediación, como el que nos consigue el acceso al Padre, y buscamos su apoyo, como intercesor nuestro en la presencia del Padre. No obstante, sólo podemos buscar apoyo en Él cuando pedimos de acuerdo con la voluntad revelada de Dios (1 Juan 5:14) y nuestros propios motivos para pedir son correctos (Santiago 4:3).

Jesús enseña que es correcto que presionemos a Dios con fervorosa insistencia cuando le presentamos nuestras necesidades (Lucas 11:5–13; 18:1–8), y que Él va a responder una oración así de manera positiva. Sin embargo, debemos recordar que Dios, quien sabe lo que es mejor de una forma que nosotros no lo sabemos, nos puede negar nuestra petición concreta en cuanto a la forma en que se van a satisfacer las necesidades. Con todo, si lo hace, es porque tiene algo mejor que darnos, que aquello que le hemos pedido, como era el caso cuando Cristo le negaba a Pablo la sanidad con respecto **[p 197]** al aguijón en su carne (2 Corintios 12:7–9). Decir “Hágase tu voluntad”, rindiendo la preferencia que hemos expresado a la sabiduría del Padre, tal como hizo Jesús en Getsemaní (Mateo 26:39–44) es la forma más explícita de expresar fe en la bondad de lo que Dios tiene planificado.

No hay tensión ni falta de coherencia entre la enseñanza de las Escrituras sobre la preordenación soberana de todas las cosas por Dios y la relacionada con la eficacia de la oración. Dios preordena tanto los medios como el fin, y nuestra oración ha sido preordenada como el medio a través del cual Él hace que se cumpla su soberana voluntad.

Los cristianos que oran con sinceridad, con reverencia y humildad, con la sensación de que son privilegiados y con un corazón puro (es decir, purificado, penitente), encuentran dentro de sí un instinto filial puesto allí por el Espíritu que los impulsa a dirigir su oración al Padre celestial y a confiar en Él (Gálatas 4:6; Romanos 8:15), así como un anhelo de orar que supera su incertidumbre sobre los pensamientos que deben expresar

(Romanos 8:26–27). La misteriosa realidad de la ayuda del Espíritu Santo en la oración sólo llega a ser conocida por los que realmente oran.

[p 198]

JURAMENTOS Y VOTOS

LOS CRISTIANOS DEBEN SER VERACES

Y dijeron: Lo devolveremos, y nada les demandaremos; haremos así como tú dices. Entonces convoqué a los sacerdotes, y les hice jurar que harían conforme a esto. Además sacudí mi vestido, y dije: Así sacuda Dios de su casa y de su trabajo a todo hombre que no cumpliera esto, y así sea sacudido y vacío y respondió toda la congregación: ¡Amén! y alabaron a Jehová Y el pueblo hizo conforme a esto.

Nehemías 5:12–13

La veracidad en las relaciones, sobre todo entre cristianos, es algo ordenado por Dios (Efesios 4:25; Colosenses 3:9), y se habla concretamente de decir la verdad como algo que forma parte integral de la santidad auténtica (Salmo 15:1–3). Dios prohíbe mentir, engañar y representar de manera equívoca con malas intenciones (Éxodo 20:16; Levítico 19:11). Jesús hace remontarse la mentira hasta Satanás (Juan 8:44), y aquéllos que como él, mienten a fin de engañar a otros y hacerles daño, son condenados en las Escrituras como impíos de una forma odiosa y horrible (Salmos 5:9; 12:1–4; 52:2–5; Jeremías 9:3–6; Apocalipsis 22:15). Una de las formas de reconocer la dignidad de nuestro prójimo, que lleva en sí la imagen de Dios, consiste en reconocer que tiene derecho a la verdad. De esta forma, decir la verdad, lo cual significa mostrar el debido respeto por los [p 199] hechos, por nuestro prójimo y por Dios, se convierte en un elemento fundamental de la verdadera religión y del verdadero amor al prójimo.

Al exponer el noveno mandamiento, la prohibición divina contra el dar falso testimonio (Éxodo 20:16) en función del principio de que lo negativo implica lo positivo (esto es, que el mandamiento exige todo cuanto sea necesario para evitar aquello que él prohíbe), el Catecismo Mayor de Westminster (P. 144) dice:

Los deberes exigidos consisten en conservar y fomentar la verdad entre los hombres, y el buen nombre de nuestro prójimo tanto como el nuestro propio; manifestarnos a favor de la verdad y defenderla, y hablar la verdad y sólo la verdad desde el fondo del corazón, con sinceridad, libertad, claridad y totalidad, en las cuestiones relacionadas con el juicio y la justicia, y en todas las demás cosas, cualesquiera que sean.

Los juramentos son declaraciones solemnes en las que se invoca a Dios como testigo de lo que se está afirmando y prometiendo, y se lo invita a castigar si se está mintiendo. Las Escrituras aprueban que se haga un juramento como algo adecuado en ciertas ocasiones solemnes (Génesis 24:1–9; Esdras 10:5; Nehemías 5:12; cf. 2 Corintios 1:23; Hebreos 6:13–17), aunque en los tiempos de la Reforma, los anabaptistas rehusaran esta práctica como parte de su negativa a involucrarse en la vida del mundo secular. Para ello, apelaron a la condenación que hace Jesús de los juramentos pensados y preparados para engañar, como si se tratara de un rechazo a la costumbre de hacer votos, y no una exhortación a hablar con honradez y una advertencia contra la tentación de utilizar palabras que den una impresión falsa, teniendo como propósito real la manipulación y la explotación (Mateo 5:33–37; cf. Santiago 5:12).

Los votos que se hacen a Dios son el equivalente devoto de los juramentos, y se los debe tratar con la misma seriedad (Deuteronomio 21:23; Eclesiastés 5:4–6). Lo que uno prometa hacer en su juramento o su voto, debe ser cumplido a toda costa (Salmo 15:4; cf. Josué 9:15–18). Dios nos exige que no tomemos en serio sólo sus palabras, sino también las nuestras. [p 200] No obstante, “nadie puede hacer el voto de realizar algo prohibido en la Palabra de Dios, o que sea obstáculo para el cumplimiento de deber alguno que esté ordenado en ella” (Confesión de Westminster XXII.7).

[p 201]

REINO DE DIOS

LOS CRISTIANOS DEBEN MANIFESTAR EL ESTILO DE VIDA DEL REINO

Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.

El tema del reino de Dios recorre ambos Testamentos, sirviendo de punto focal a los propósitos de Dios para la historia del mundo. En los tiempos del Antiguo Testamento, Dios declaró que ejercería su realeza (su soberanía, Daniel 4:34–35) estableciendo su reino (su dominio o gobierno sobre la vida y las circunstancias de la gente) bajo el rey escogido por Él (el Mesías davidico, Isaías 9:6–7) en una edad dorada de bendición. Este reino vino con Jesús el Mesías como una realidad mundial en las relaciones, que existe dondequiera que se reconoce el señorío de Jesús en arrepentimiento, fe y nueva obediencia. Jesús, el gobernante designado ungido y lleno del Espíritu (Lucas 3:21–22; 4:1, 14, 18–21, 32–36, 41), murió, resucitó, ascendió y ahora se halla entronizado en los cielos como gobernante de todas las cosas (Mateo 28:18; Colosenses 1:13), Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 17:14; 19:16). La era dorada de bendición es una era de beneficio espiritual presente (salvación del pecado y comunión con Dios) que nos lleva a un estado futuro de gozo puro en un universo reconstruido. El reino es presente en sus comienzos, aun cuando sea futuro en su plenitud; en un sentido [p 202] ya está aquí, pero en su sentido más pleno, aún ha de venir (Lucas 11:20; 16:16; 17:21; 22:16, 18, 29–30).

El reino no vino sólo como misericordia, sino también como juicio, tal como Juan el Bautista, su precursor, había dicho que vendría (Mateo 3:1–12). Quienes recibieron con obediencia la Palabra de Jesús y pusieron en sus manos su destino, hallaron misericordia, mientras que los líderes judíos, que no quisieron hacer esto, fueron juzgados. Hablando de una manera estricta, los líderes judíos se juzgaron ellos mismos, puesto que prefirieron vivir en la oscuridad, al apartarse del Salvador (Juan 3:17–20).

La tarea de la Iglesia consiste en hacer visible el reino invisible por medio de un estilo de vida cristiano que sea fiel y dé testimonio. El Evangelio de Cristo sigue siendo el Evangelio del reino (Mateo 4:23; 24:14; Hechos 20:25; 28:23, 31), las buenas nuevas de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo obtenidos al entrar en una relación de discipulado con el Señor viviente (Romanos 14:17). La Iglesia debe hacer que este mensaje sea digno de crédito, manifestando la realidad del estilo de vida según el reino.

La venida del reino significaba una nueva etapa en el programa histórico-redentor de Dios. El Mesías llegó, redimió y se retiró a su trono con la promesa de que vendría de nuevo. Todo lo que era típico, temporal e imperfecto en lo dispuesto por Dios para que Israel tuviera comunión con Él se convirtió en algo del pasado. El Israel de Dios, la simiente de Abraham, fue definido de nuevo como la compañía de los que han creído en Jesús (Gálatas 3:16, 26–29). El Espíritu fue derramado y un nuevo estilo de vida, la vida en Cristo y con Cristo, se convirtió en una realidad de este mundo. De esta forma nació el nuevo internacionalismo de la comunión y el evangelismo mundiales de la Iglesia (Efesios 2:11–18; 3:6, 14–15; Apocalipsis 5:9–10; 7:9; Mateo 28:19–20; Colosenses 1:28–29). Aunque fueron grandes cambios, ninguno de ellos significó que surgiera un nuevo conjunto de normas morales, como se da por supuesto a veces. La ley moral para los cristianos, la [p 203] ley del reino presente de Dios, es la ley que aparece en los Diez mandamientos y en los profetas, aplicada ahora a la nueva situación. Jesús no abolió esa ley, sino que se limitó a llevar a la perfección su cumplimiento (Mateo 5:17–48).

[p 204]

APÓSTOLES

LOS REPRESENTANTES DE JESÚS EJERCIERON LA AUTORIDAD DE ÉL

*Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre
Matías; y fue contado con los once apóstoles.*

Hechos 1:26

Aunque los evangelios llaman “discípulos” y “apóstoles” a las mismas personas (Marcos 3:7, 14, 20), ambos términos no son sinónimos. *Discípulo* significa “alumno, aprendiz”; *apóstol* significa “emisario, representante”, en el sentido de alguien que es enviado con plenos poderes por parte de quien lo envía. Los “doce apóstoles del Cordero” (Apocalipsis 21:14), que hemos de distinguir de los apóstoles (“representantes”) de las iglesias (2 Corintios 8:23) y del resto de los discípulos de Jesús, fueron escogidos y enviados por Él mismo (Marcos 3:14), así como Él, “el apóstol... de nuestra profesión” (Hebreos 3:1), había sido escogido y enviado por el Padre (1 Pedro 1:20). De la misma forma que rechazar a Jesús es rechazar al Padre, rechazar a los apóstoles es rechazar a Jesús (Lucas 10:16).

El Nuevo Testamento presenta a los apóstoles funcionando como evangelistas, fundadores de iglesias en el sentido de establecer comunidades, y pastores, tal como el mismo Jesús había funcionado en estos tres papeles durante su ministerio terrenal. Así como Jesús reclamaba para sus palabras la autoridad divina del Padre (Juan 12:49–50; 14:24), también los apóstoles reclamaban para las suyas la autoridad divina de Cristo (1 Tesalonicenses 2:13; 2 Tesalonicenses 3:6; cf. 1 Corintios 2:12–13; 14:37).

Hechos 1:15–26 nos muestra a la Iglesia antes del día de Pentecostés, pidiendo a Cristo en oración que, por medio de [p 205] las suertes que ellos echaron, escogiera a un sucesor de Judas. No está claro en el libro de los Hechos si hicieron bien, y si Pablo era el decimotercer apóstol de Cristo, o si Pablo era el que Cristo tenía en mente para reemplazar a Judas, y escoger a Matías fue un error; es posible que el propio Lucas no lo supiera. Pablo, el “apóstol de los gentiles” (Romanos 11:13; Gálatas 2:8), quien se presenta a sí mismo como apóstol en las palabras iniciales de la mayoría de sus epístolas, insiste en que, por haber visto a Cristo en el camino de Damasco y haber sido enviado por Él (Hechos 26:16–18), es tan ciertamente testigo de la resurrección de Jesús (requisito que era necesario para un apóstol, Hechos 1:21–22; 10:41–42) como los demás. Jacobo, Pedro y Juan aceptaron a Pablo en la compañía apostólica (Gálatas 2:9), y Dios confirmó su posición con las señales de un apóstol (milagros y manifestaciones, 2 Corintios 12:12; Hebreos 2:3–4) y con la fecundidad de su ministerio (1 Corintios 9:2).

Los apóstoles eran agentes de la revelación hecha por Dios de las verdades que se convertirían en regla de fe y de vida para los cristianos. Como tales, y por medio del nombramiento recibido de Cristo como representantes autorizados suyos (2 Corintios 10:8; 13:10), los apóstoles ejercieron una autoridad exclusiva y funcional dentro de la Iglesia en sus comienzos. Hoy en día no hay apóstoles, aunque algunos cristianos cumplan ministerios que son apostólicos en su estilo de una manera especial. En la actualidad no se está dando ninguna revelación canónica nueva; la autoridad del magisterio apostólico reside en las Escrituras canónicas, de las cuales son centro y clave los escritos de los propios apóstoles. No obstante, la ausencia de nueva revelación no pone a la Iglesia contemporánea en desventaja alguna, comparada con la Iglesia de los tiempos apostólicos, porque el Espíritu Santo interpreta y aplica estas Escrituras continuamente para el pueblo de Dios.

[p 206]

IGLESIA

DIOS FORMA
UNA NUEVA COMUNIDAD
CON LOS SUYOS

*Así que ya no sois extranjeros ni
advenedizos, sino conciudadanos de
los santos, y miembros de la familia de
Dios, edificados sobre el fundamento de
los apóstoles y profetas, siendo la principal
piedra del ángulo Jesucristo mismo, en
quien todo el edificio, bien coordinado,
va creciendo para ser un templo santo en
el Señor; en quien vosotros también
sois juntamente edificados para
morada de Dios en
el Espíritu.*

Efesios 2:19–22

La Iglesia (en griego, *ekklesía*, que significa “asamblea”) existe en Jesucristo, por Jesucristo y gracias a Jesucristo. Por eso es una realidad distintiva del Nuevo Testamento. Sin embargo, al mismo tiempo constituye una continuación de Israel, la simiente de Abraham, el pueblo del pacto con Dios de los tiempos del Antiguo Testamento, por medio de una nueva fase de la historia redentora. Las diferencias entre la Iglesia e Israel se hallan enraizadas en la novedad del pacto por medio del cual Dios y su pueblo están unidos entre sí. El nuevo pacto

bajo el cual vive la Iglesia (1 Corintios 11:25; Hebreos 8:7–13) es una nueva forma de la relación por medio de la cual Dios le dice a una comunidad escogida: “Os tomaré por mi pueblo, y seré vuestro Dios” (Éxodo 6:7; Jeremías 31:33). Tanto la continuidad como la [p 207] discontinuidad entre Israel y la Iglesia reflejan este cambio en la forma del pacto, que tuvo lugar al venir Cristo.

Los nuevos rasgos del nuevo pacto son los siguientes: En primer lugar, la mediación de Jesús, el Dios-hombre crucificado, resucitado y reinante supera a los sacerdotes, los sacrificios y el santuario del Antiguo Testamento (Hebreos 1–10); en Él, los creyentes encuentran ahora su identidad como simiente de Abraham y pueblo de Dios (gálatas 3:29; 1 Pedro 2:4–10).

En segundo lugar, el exclusivismo éado tanto sobre cada cristiano, como sobre la Iglesia, de manera que la comunión con Cristo (1 Juan 1:3), el ministerio que procede de Cristo (Juan 12:32; 14:18; Efesios 2:17) y el anticipo del cielo (2 Corintios 1:22; Efesios 1:14) se convierten en realidades dentro de la experiencia de la Iglesia.

La incredulidad de la mayoría de losnico del pacto antiguo (Deuteronomio 7:6; Salmo 147:19–20) es reemplazado por la inclusión en Cristo de creyentes de todas las naciones en igualdad de términos (Efesios 2–3; Apocalipsis 5:9–10).

En tercer lugar, el Espíritu es derram judíos (Romanos 9–11) condujo a una situación descrita por Pablo como que Dios estaba desgajando las ramas naturales de su olivo (la comunidad histórica del pacto) y reemplazándolas con ramas del olivo silvestre (Romanos 11:17–24). El carácter predominantemente gentil que tiene la Iglesia no se debe a los términos del nuevo pacto, sino al hecho de que los judíos los rechazaran, y Pablo enseñó que esto sería revocado algún día (Romanos 11:15, 23–31).

El Nuevo Testamento define a la Iglesia en función del cumplimiento de las esperanzas y las pautas del Antiguo Testamento por medio de una relación con las tres Personas de la Trinidad divina, producida por el ministerio mediador de Jesucristo. La Iglesia es vista como la familia y el rebaño de Dios (Efesios 2:18; 3:15; 4:6; Juan 10:16; 1 Pedro 5:2–4), su Israel (Gálatas 6:16); el Cuerpo y la Esposa de Cristo (Efesios 1:22–23; 5:25–28; Apocalipsis 19:7; 21:2, 9–27); y el templo del Espíritu Santo (1 Corintios 3:16; cf. Efesios 2:19–22) [p 208] Los que forman la Iglesia son llamados los “elegidos” (escogidos), los “santos” (consagrados, apartados para Dios) y los “hermanos” (hijos adoptivos de Dios).

En esencia, la Iglesia es, era y siempre será una sola comunidad de adoración, reunida de manera permanente en el santuario verdadero que es la Jerusalén celestial (gálatas 4:26; Hebreos 12:22–24), el lugar de la presencia de Dios. Aquí adoran continuamente todos los que están vivos en Cristo, los que tienen vida física con los que ya no la tienen (es decir, la Iglesia militante y la Iglesia triunfante). En cambio, en el mundo, esta Iglesia única se presenta bajo la forma de congregaciones locales, cada una de ellas llamada a realizar el papel de constituir un microcosmos (una muestra representativa en pequeña escala) de la Iglesia en su conjunto. Esto explica cómo es posible que para Pablo la Iglesia universal sea el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:12–26; Efesios 1:22–23; 3:6; 4:4), y también lo sea la congregación local (1 Corintios 12:27).

Se acostumbra a caracterizar a la Iglesia en la tierra como “una” (porque en realidad lo es en Cristo, como lo indica Efesios 4:3–6, a pesar del gran número de iglesias locales y agrupaciones en denominaciones), “santa” (porque está consagrada a Dios en sentido corporativo, como lo está cada cristiano individualmente, Efesios 2:21), “católica” (porque es mundial en su extensión, y trata de mantener la plenitud de la fe) y “apostólica” (porque se halla fundada sobre las enseñanzas de los apóstoles, Efesios 2:20). Se pueden ilustrar estas cuatro características a partir de Efesios 2:19–22.

Debemos hacer una distinción entre la Iglesia tal como la vemos los humanos, y tal como sólo Dios la puede ver. Ésta es la distinción histórica entre la “Iglesia visible” y la “Iglesia invisible”. Invisible no significa que no podamos ver señal alguna de su presencia, sino que no podemos saber (como lo sabe Dios, que lee en los corazones, 2 Timoteo 2:19) cuáles de los que son miembros bautizados y profesos de la Iglesia como institución organizada han sido regenerados [p 209] internamente, y de esta forma pertenecen a la Iglesia como comunión espiritual de pecadores que aman a su Salvador. Jesús enseñó que en la Iglesia organizada siempre habría quienes se considerarían cristianos y pasarían por cristianos, e incluso algunos de ellos llegarían a ser ministros, pero que no estarían renovados en su corazón, y por tanto, serían descubiertos y rechazados en el Juicio (Mateo 7:15–27; 13:24–30, 36–43, 47–50; 25:1–46). La distinción entre “visible” e “invisible” es hecha para tener esto presente. No se trata de que haya dos Iglesias, sino de que es normal que la comunidad visible contenga cristianos de imitación de los cuales Dios sabe que no lo son en realidad (y que si quisieran, lo podrían saber también ellos mismos: 2 Corintios 13:5).

El Nuevo Testamento da por supuesto que todos los cristianos van a compartir la vida de una iglesia local, reuniéndose con ella para adorar (Hebreos 10:25), aceptando su enseñanza y disciplina (Mateo 18:15–20; Gálatas 6:1) y compartiendo su labor de testimonio. Los cristianos desobedecen a Dios y se empobrecen a sí mismos cuando se niegan a unirse con otros creyentes, existiendo una congregación local a la cual ellos pueden pertenecer.

Dios no prescribe la realización del culto cristiano de una manera tan detallada como en los tiempos del Antiguo Testamento, pero el Nuevo Testamento indica con claridad que los ingredientes básicos de la adoración corporativa cristiana son la alabanza (“salmos, himnos y cánticos espirituales”, Efesios 5:19), la oración y la predicación, con la distribución periódica de la Santa Cena (Hechos 20:7–11). Es evidente que el canto de alabanzas a Dios era algo importante en la Iglesia apostólica, como lo ha sido desde entonces en todos los movimientos de poder espiritual: Pablo y Bernabé, además de orar (en voz alta), cantaban himnos en la prisión de Filipos (Hechos 16:25), y el Nuevo Testamento contiene una serie de pasajes que parecen ser fragmentos de himnos (Efesios 5:14; Filipenses 2:6–11; 1 Timoteo 3:16 y otros), al mismo tiempo que los “cánticos nuevos” del Apocalipsis son numerosos y [p 210] exuberantes hasta el éxtasis (Apocalipsis 4:8, 11; 5:9–10, 12–13; 7:10, 12; 11:15, 17–18; 12:10–12; 15:3–4; 19:1–8; 21:3–4). Toda iglesia local, dondequiera que se encuentre, que esté espiritualmente viva, sin duda alguna se tomará muy en serio su canto, su oración y su predicación, y los protegerá con gran celo a los tres.

[p 211]

PALABRA Y SACRAMENTO

CÓMO IDENTIFICAR A UNA IGLESIA GENUINA

La iglesia en Éfeso ...

la iglesia en Esmirna ...

la iglesia en Pérgamo ...

la iglesia en Tiatira ...

la iglesia en Sardis ...

la iglesia en Filadelfia ...

la iglesia e Laodicea ...

Apocalipsis 2:1, 8, 12, 18; 3:1, 7, 14

Toda iglesia local constituye una manifestación de la única Iglesia universal, y presenta la naturaleza de esa Iglesia como familia regenerada del Padre, cuerpo de Cristo que ministra y comunión sostenida por el Espíritu Santo. El mundo contiene iglesias con un estilo propio y credenciales dudosas o falsas (por ejemplo, las iglesias unitarias y la iglesia mormona, que niegan ambas la Trinidad). También, es un hecho conocido que ciertas congregaciones que en un tiempo sostuvieron la fe sin ambigüedades, han ido cayendo hasta el punto de que es difícil saber si aún siguen siendo iglesias. Por consiguiente, es necesario usar de discernimiento. Al oponerse al papado y separarse de la Iglesia católica romana, los reformadores necesitaron determinar cuáles eran las señales distintivas de la Iglesia verdadera. A partir de las Escrituras, encontraron la respuesta en función de dos criterios.

1. *La fiel predicación de la Palabra de Dios.* Esto significa que el grupo en cuestión predica los puntos esenciales del Evangelio cristiano a partir de las Escrituras. La negación [p 212] de la Trinidad, de la divinidad de Cristo, de la expiación que quitó los pecados y de la justificación por medio de la fe, por ejemplo, relaciona a los grupos aberrantes del presente con los separatistas del docetismo, cuyo rechazo de la Encarnación y la Expiación (1 Juan 4:1–3) hizo exclamar a Juan: “No eran de nosotros” (1 Juan 2:19).

2. *El uso correcto de los sacramentos.* Esto significa que se consideran y explican el bautismo y la Santa Cena como presentaciones del Evangelio destinadas a recordar, confirmar y fortalecer la fe en Cristo. Las supersticiones que ahogan la fe al convertir los sacramentos en ritos mágicos, son intolerables. Estas supersticiones golpean la identidad eclesial de una forma más radical que ninguna de las demás cosas que obstruyen la fe en Cristo. La recepción en la Iglesia visible es parte de lo que significa ser bautizados; la confirmación del lugar que la persona ocupa en ella forma parte de lo que significa compartir la Cena del Señor. El uso correcto de los

sacramentos comprende un elemento de disciplina eclesial por medio del cual se prueban las profesiones de fe y se revisa la conducta pública.

Lo ideal es que una congregación cristiana presente otras marcas distintivas de su identidad junto a estas dos mínimas. Lutero habló concretamente de las claves de la disciplina (Mateo 16:19), un ministerio autorizado (Hechos 14:23; 20:28), la adoración pública (Hebreos 10:25) y el sufrimiento bajo la cruz (Hechos 14:22; 20:29). Las iglesias reformadas concretaron un sistema de funcionamiento para la disciplina como tercer criterio o marca distintiva de la Iglesia visible (Tito 1:13; 2:15; 3:10). Hoy en día, los carismáticos y otros hablan del ministerio activo de todos los miembros como otra de las señales distintivas de la Iglesia verdadera (Efesios 4:7–16).

Con todo, estas señales adicionales no son esenciales en el mismo sentido en que lo son las dos mínimas. Ciertamente, aquella iglesia que carezca de ellas será deficiente, pero no sería cierto afirmar que no reúne en absoluto las características de iglesia.

[p 213]

ANCIANOS

LOS PASTORES DEBEN CUIDAR DE LA IGLESIA

Retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen.

Tito 1:9

Los apóstoles les indicaron a todos los cristianos que velaran los unos por los otros con amoroso cuidado y oración (Gálatas 6:1–2; 1 Juan 3:16–18; 5:16; Hebreos 12:15–16), pero también nombraron en cada congregación guardianes, llamados “ancianos” (Hechos 14:23; Tito 1:5), que cuidarían del pueblo como los pastores cuidan de las ovejas (Hechos 20:28–31; 1 Pedro 5:1–4), guiándolo por medio del ejemplo (1 Pedro 5:3) para apartarlos de todo lo dañino y llevarlos a todo lo bueno. En virtud de su oficio, los ancianos (o presbíteros, del griego *presbteroi*) son llamados también “pastores” (en griego, *poiménes*, Efesios 4:11) y supervisores (griego *epískopoi*, u “obispos”, Hechos 20:28; cf. v. 17; Tito 1:5, cf. v. 7; 1 Pedro 5:1–2), y se habla de ellos en función de otras labores además del liderazgo propiamente dicho (Romanos 12:8; 1 Tesalonicenses 5:12; Hebreos 13:7, 17, 24). Por su parte, la congregación debe reconocer la autoridad que sus líderes han recibido de Dios, y seguirlos por donde la conduzcan (Hebreos 13:17).

Esta pauta se halla presente ya en el Antiguo Testamento, donde Dios es el pastor de Israel (Salmo 80:1) y los reyes, profetas, sacerdotes y ancianos (gobernantes locales) son [p 214] llamados a actuar como agentes suyos en el papel de ayudantes de pastor (Números 11:24–30; Deuteronomio 27:1; Esdras 5:5; 6:14; 10:8; Salmo 77:20; Jeremías 23:1–4; Ezequiel 34; Zacarías 11:16–17). En el Nuevo Testamento, Jesús el Buen Pastor (Juan 10:11–30) es también el Príncipe de los pastores (1 Pedro 5:4) y los ancianos son subordinados suyos. El apóstol Pedro se llama a sí mismo “anciano” bajo la autoridad de Cristo (1 Pedro 5:1), tal vez recordando que el pastoreo espiritual fue la tarea concreta que Jesús le encomendó cuando lo restauró al ministerio (Juan 21:15–17).

Algunos ancianos enseñan, aunque no todos (1 Timoteo 5:17; Tito 1:9; Hebreos 13:7), y Efesios 4:11–16 dice que Cristo le dio a la Iglesia “pastores-maestros” (una clase de persona con un papel doble) a fin de preparar a todos para servir, por medio del descubrimiento y el desarrollo de los dones espirituales de cada persona (vv. 4:12–16). En los grupos congregacionales de líderes previstos por los apóstoles, es posible que haya habido maestros que no fueran ancianos (2 Timoteo 2:2), así como había ancianos que no enseñaban, y ancianos que gobernaban y enseñaban a la vez.

El papel pastoral de los ancianos exige una personalidad cristiana madura y estable, y una vida personal ordenada (1 Timoteo 3:1–7; Tito 1:5–9). Habrá una recompensa para la entrega y la fidelidad en el ministerio de anciano (Hebreos 13:17; 1 Pedro 5:4; cf. 1 Timoteo 4:7–8).

Las responsabilidades personales de los apóstoles y de sus representantes, como Timoteo y Tito, eran mayores que las de los ancianos de las congregaciones (2 Corintios 11:28; Tito 1:5), mientras que las de los diáconos (en griego, *diákonoi*, o “siervos”, tal vez los ayudantes de los ancianos, 1 Timoteo 3:8–13; Filipenses 1:1) eran menores, e incluían una responsabilidad particular con respecto al ministerio de misericordia (Hechos 6:2–6; Romanos 16:1–2).

Todas las iglesias necesitan de funcionarios ministeriales que cumplan con el papel de ancianos, y deben establecer un método sabio para escogerlos y nombrarlos.

[p 215]

SACRAMENTOS

CRISTO INSTITUYÓ DOS SELLOS DEL PACTO CON DIOS

Y [Abraham] recibió la circuncisión como señal, como sello de la justicia de la fe que tuvo estando aún incircunciso.

Romanos 4:11

Cristo instituyó dos ritos que debían observar sus seguidores: el bautismo, un rito único de iniciación (Mateo 28:19; Gálatas 3:27) y la Santa Cena, un rito memorial constante (1 Corintios 11:23–26). La Iglesia occidental los llama “sacramentos”, la ortodoxa oriental los llama “misterios” y algunos protestantes que consideran que estas dos palabras están manchadas por relaciones que no las ayudan, los llaman “ordenanzas”. Las Escrituras no tienen ninguna palabra para la categoría que forman estos dos ritos, ni para sus equivalentes del Antiguo Testamento, esto es la circuncisión de los varones como rito de iniciación (Génesis 17:9–14, 23–27) y la Pascua anual como rito memorial (Éxodo 12:1–27). Sin embargo, la enseñanza de la Biblia nos autoriza a reunirlos todos en una misma clasificación como señales y sellos de una relación de pacto con Dios.

La palabra *sacramento* procede del latín *sacramentum*, con el significado general de rito sagrado, y en particular del juramento sagrado de fidelidad que hacía un soldado. El estudio de los ritos mismos nos da un concepto del sacramento como una acción ritual instituida por Cristo, en la cual unas señales percibidas por medio de los sentidos nos presentan la gracia de Dios en Cristo y las bendiciones de su pacto. Les comunican y sellan estas bendiciones a los creyentes, y les [p 216] confirman su posesión, y éstos, al responder recibiendo los sacramentos, les dan expresión a su fe y su fidelidad a Dios. El efecto de la recepción de los sacramentos está en que “establecen una diferencia visible entre los que pertenecen a la Iglesia y el resto del mundo, y los comprometen de manera solemne a servir a Dios en Cristo, de acuerdo con su palabra” (Confesión de Westminster XXVII.1).

Fue un error medieval clasificar como sacramentos a otros cinco ritos más (confirmación, penitencia, matrimonio, órdenes sagradas y extremaunción). Además de que no son sello de una relación de pacto con Dios, “no comparten la naturaleza de sacramentos con el Bautismo y la Santa Cena, puesto que no tienen ninguna señal o ceremonia visible dispuesta por Dios” (Treinta y Nueve Artículos XXV).

Es correcto considerar a los sacramentos como medios de la gracia, puesto que Dios los hace medios para la fe, usándolos para fortalecer la confianza de la fe en sus promesas y para causar actos de fe a fin de recibir los buenos dones que se están simbolizando. La eficacia de los sacramentos a este respecto no reside en la fe o la virtud del ministro, sino en la fidelidad de Dios, quien habiendo sido el que dio las señales, ahora se complace en utilizarlas. Sabedores de esto, Cristo y los apóstoles no sólo hablan del símbolo como si fuera la cosa simbolizada, sino que también hablan como si recibir el primero fuera lo mismo que recibir la segunda (por ejemplo, Mateo 26:26–28; 1 Corintios 10:15–21; 1 Pedro 3:21–22). Así como la predicación de la Palabra hace audible el Evangelio, también los sacramentos lo hacen visible, y Dios utiliza ambos medios para fomentar la fe.

Los sacramentos fortalecen la fe al relacionar las creencias cristianas con el testimonio de nuestros sentidos. El Catecismo de Heidelberg ilustra esto en su respuesta a la Pregunta 75. Las palabras clave son *tan seguro como*.

Cristo me ha ordenado ... comer de este pan partido y beber de esta copa en memoria suya, y con ello me ha dado seguridad: primero, de que su cuerpo fue ... quebrantado en [p 217] la cruz por mí, y su sangre derramada por mí, tan seguro como que veo con mis ojos el pan... partido por mí, y la copa compartida conmigo; y además, que con su cuerpo crucificado y su sangre derramada, El mismo alimenta y nutre mi alma para la vida eterna, tan seguro como que tomo y pruebo del pan y de la copa... que me son dados como prendas seguras del cuerpo y la sangre de Cristo.

Los sacramentos funcionan como medios de la gracia a partir del principio de que, literalmente, ver es (esto es, lleva a) creer.

[p 218]

BAUTISMO

ESTE RITO MANIFIESTA LA UNIÓN CON CRISTO

¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizado en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.

Romanos 6:3–4

El bautismo cristiano, que tiene la forma de una ablución ceremonial (como el bautismo precristiano de Juan), es un símbolo que viene de Dios para simbolizar la purificación interna y la remisión de los pecados (Hechos 22:16; 1 Corintios 6:11; Efesios 5:25–27), la regeneración que obra el Espíritu y la nueva vida (Tito 3:5) y la presencia permanente del Espíritu Santo como el sello de Dios que testifica y garantiza que la persona va a estar guardada y segura en Cristo para siempre (1 Corintios 12:13; Efesios 1:13–14). El bautismo contiene estos significados porque primera y fundamentalmente, simboliza la unión con Cristo en su muerte, sepultura y resurrección (Romanos 6:3–7; Colosenses 2:11–12), y esta unión con Cristo es la fuente de todo otro elemento de nuestra salvación (1 Juan 5:11–12). La recepción de esta señal de fe les da a las personas bautizadas la seguridad de que el [p 219] don divino de la vida nueva en Cristo les ha sido dado de manera gratuita. Al mismo tiempo, las compromete a vivir desde ese momento de una forma nueva como discípulos consagrados de Jesús. El bautismo marca una línea divisoria en la vida del ser humano, porque simboliza un injerto como nueva criatura en la vida resucitada de Cristo.

Cristo les ordenó a sus discípulos que bautizaran en el nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Mateo 28:19). Esto significa que la relación de pacto que confiere formalmente el bautismo es de aceptación por parte de las tres Personas de la Trinidad divina, comunión con todas ellas y consagración a todas ellas. Cuando Pablo dice que los israelitas “en Moisés fueron bautizados” (1 Corintios 10:2), esto significa que fueron puestos bajo el dominio y la dirección de éste. De igual forma, el bautismo en el nombre del Dios uno y trino significa dominio y dirección por parte de Dios mismo.

La señal externa no trae consigo de manera automática ni mágica las bendiciones internas que simboliza, y la profesión de fe de los candidatos no siempre es genuina. Pedro le tuvo que decir a Simón el mago poco después de haber sido bautizado éste, que aún su corazón no había sido renovado (Hechos 8:13–24).

Como señal de un acontecimiento único, el bautismo sólo se le debería administrar en una ocasión a cada persona. El bautismo es real y válido si se usan el agua y el nombre uno y trino, aunque se trate de un adulto cuya profesión resulte hipócrita. Simón el mago recibió el bautismo una vez, y si llegó más tarde a la fe verdadera, habría sido incorrecto bautizarlo de nuevo.

No es posible hallar en el Nuevo Testamento mandato alguno sobre un tipo de bautismo en particular. Se puede cumplir el mandato de bautizar utilizando la inmersión, mojando la cabeza o simplemente rodándola; las tres formas satisfacen el significado del verbo griego *baptízo* y la exigencia simbólica de pasar bajo el agua purificadora y surgir de ella.

[p 220] Bautizar a los hijos pequeños de los creyentes, en la creencia de que esto está de acuerdo con la voluntad revelada de Dios, ha constituido la práctica histórica en la mayoría de las iglesias. Sin embargo, la comunidad bautista mundial, en la que están incluidos diversos pensadores reformados distinguidos, rebate esto.

Esta polémica se relaciona con la insistencia bautista en que sólo pueden ser miembros de las congregaciones locales aquéllos que hayan profesado su fe personal en público, insistencia apoyada a menudo con la afirmación de que Cristo instituyó el bautismo sobre todo como profesión pública de fe, y que esta profesión forma parte de la definición del bautismo, de manera que el bautismo de infantes no tiene en realidad nada de bautismo. (Por este motivo, las iglesias bautistas suelen rebautizar como creyentes a las personas bautizadas en su infancia que han llegado a la fe; desde el punto de vista bautista, aún no han sido bautizadas). La teología reformada niega la idea de que el bautismo de los creyentes sea el único bautismo, y rechaza la negativa bautista a darles un lugar a los hijos de creyentes dentro del cuerpo de Cristo en virtud de su relación con sus padres, y por tanto, desde el nacimiento. Estas diferencias sobre la Iglesia visible forman el fondo de todas las discusiones sobre el bautismo de niños como tal.

La defensa para el bautismo de los hijos de creyentes (práctica que el Nuevo Testamento no ilustra, ordena ni prohíbe) se basa en la afirmación de que la transición entre la forma “antigua” y la “nueva” del pacto con Dios que fue producida por la venida de Cristo no afectó el principio de solidaridad familiar en la comunidad

del pacto (esto es, la Iglesia, como es llamada ahora). Por tanto, se debe bautizar a los niños como antes se había circuncidado a los niños varones judíos, no para darles una posición dentro del pacto, sino para dar testimonio de la posición que ya les había dado en el pacto su parentesco por soberana disposición de Dios.

[p 221] En 1 Corintios 7:14, Pablo resuelve la cuestión de si Dios acepta un matrimonio en el cual sólo uno de los cónyuges se ha hecho cristiano, invocando la certeza de que los niños de un matrimonio así son “santos” por relación y por pacto, esto es, son consagrados a Dios y aceptados por Él en la compañía de su padre cristiano. Por consiguiente, el principio de solidaridad entre padre e hijo sigue en pie, como lo indicó también Pedro en su sermón del día de Pentecostés (Hechos 2:39). Ahora bien, si los niños comparten la categoría de pertenecer al pacto con su padre o madre, es adecuado, si todas las demás cosas también son iguales, concederles la señal de esa categoría y de su lugar dentro de la comunidad del pacto, y sería incorrecto que la Iglesia se la negara.

El que sea adecuado dársele queda demostrado por el hecho de que, cuando la circuncisión era la señal de pertenencia al pacto y de inclusión en la comunidad, Dios lo ordenaba de manera explícita (Génesis 17:9–14).

Contra esto, los bautistas afirman que (a) la circuncisión era sobre todo una señal de identidad étnica judía, de manera que el supuesto paralelo entre ella y el bautismo cristiano es un error; (b) bajo el nuevo pacto, la exigencia de una fe personal antes del bautismo es absoluta; y (c) las prácticas que las Escrituras no reconocen ni aprueban de manera explícita no deben ser introducidas en la vida de la Iglesia.

Es cierto que todos los miembros adultos deberían profesar su fe ante la Iglesia de una manera personal, y las comunidades que bautizan a los niños proporcionan la oportunidad de hacerlo en un rito de confirmación, u otra circunstancia equivalente. La formación cristiana de los niños bautistas y de los bautizados de pequeños es similar: dedicados a Dios en su infancia, ya sea por el bautismo o por un rito de dedicación (que algunos consideran como un bautismo en seco), entonces son criados de manera que vivan para el Señor y llevados al punto de confesar en público su fe por su propia cuenta, en la confirmación o el bautismo (que algunos consideran como una confirmación mojada). Después de [p 222] esto, disfrutaran plena categoría de comunicantes, a menos, por supuesto, que sean sometidos a disciplina por alguna caída. El debate que aún perdura no se refiere a la forma de criar a los niños, sino a la forma en que Dios define a la Iglesia.

[p 223]

LA SANTA CENA

ESTE RITO MANIFIESTA COMUNIÓN CON CRISTO

*Porque yo recibí del Señor lo que
también o he enseñado: Que el Señor
Jesús, la noche que fue entregado, tomó
pan; y habiendo dado gracias, lo partió,
y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que
porvosotros es partido; haced esto en memoria
de mí. Asimismo tomó también la copa, después de
haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto
en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis,
en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis
este pan, y bebiereis esta copa, la muerte
del Señor anunciáis hasta
que él venga.*

1 Corintios 11:23–26

La Santa Cena es un acto de adoración que toma la forma de un banquete ceremonial en el cual los siervos de Cristo comparten pan y vino en memoria de su Señor crucificado y en celebración de la nueva relación de pacto con Dios por medio de la muerte de Cristo.

Nuestro Señor Jesús, en la noche en que iba a ser traicionado, instituyó el sacramento de su cuerpo y sangre, llamado Cena del Señor, para que lo observara su Iglesia hasta el final del mundo, como recuerdo perpetuo del sacrificio de sí mismo en su muerte; el sello de todos los beneficios de ese sacrificio para los verdaderos creyentes, su alimentación espiritual y crecimiento en Él, un estímulo mayor para ellos en todos sus deberes para con Él, y para cumplirlos todos ellos; y para ser un lazo y promesa de su comunión con Él y entre sí, como miembros de su cuerpo místico (Confesión de Westminster XXIX.1).

[p 224] Los pasajes que hablan de la Cena en la que se apoya esta declaración son los cuatro relatos de su institución (Mateo 26:26–29; Marcos 14:22–25; Lucas 22:17–20; 1 Corintios 11:23–25) y 1 Corintios 10:16–21; 11:17–34. El sermón de Jesús (Juan 6:35–38) acerca de sí mismo como el Pan de vida, y la necesidad de alimentarnos de Él comiendo su carne y bebiendo su sangre, fue predicado antes de que existiese la Santa Cena, y es mejor comprenderlo relacionándolo con aquello que la Cena simboliza (esto es, la comunión con Cristo por la fe), más que con la Cena misma.

En la época de la Reforma, las cuestiones relacionadas con la naturaleza de la presencia de Cristo en la Cena y la relación de este rito con su muerte expiatoria fueron centro de tormentosas controversias. En cuanto al primer asunto, la Iglesia católica romana afirmaba (y sigue afirmando) que se trataba de una transustanciación, definida así por el Cuarto Concilio Laterano en 1215. La palabra *transustanciación* significa que las sustancias de pan y vino son transformadas de manera milagrosa en las sustancias del cuerpo y la sangre de Cristo, de manera que dejan de ser pan y vino, aunque sigan teniendo esas apariencias. Lutero modificó esto, afirmando lo que más tarde se llamaría “consustanciación” (término que no gozaba del favor de Lutero); esto es, que el cuerpo y la sangre de Cristo se hacen presentes en la forma del pan y el vino, con ella y bajo ella, y éstos se convierten así en más que pan y que vino, aunque no menos tampoco. Las iglesias ortodoxas orientales y algunos anglicanos dicen más o menos esto mismo. Zuinglio negó que el Cristo glorificado, que ahora se halla en el cielo, esté presente de manera alguna que pudiera ajustarse a las palabras *corporal, física o localmente*. Calvino sostenía que, a pesar de que el pan y el vino no sufrían cambio alguno (estaba de acuerdo con Zuinglio en que la palabra *es* en “esto es mi cuerpo ... mi sangre” significa “representa”; no significa “constituye”), Cristo les concede a los adoradores por medio del Espíritu un disfrute auténtico de su presencia personal, llevándolos a la comunión consigo mismo en los cielos (Hebreos 12:22–24) de una forma que es gloriosa y muy real, aunque indescriptible.

[p 225] En cuanto al segundo tema, todos los reformadores insistieron en decir que en la mesa le damos gracias a Cristo por su labor terminada y aceptada de expiación, en lugar de repetirla, renovarla, reofrecerla, representarla o reactivarla, como afirma la doctrina católica romana sobre la misa.

El rito prescrito de la Cena tiene tres niveles de significado para los participantes. En primer lugar tiene una referencia al *pasado*, a la muerte de Cristo que recordamos. En segundo lugar tiene una referencia al *presente*, a nuestra alimentación corporativa en Él por la fe, con consecuencias en cuanto a nuestra manera de tratar a los demás creyentes (1 Corintios 11:20–22). En tercer lugar, tiene una referencia al *futuro*, puesto que esperamos el regreso de Cristo y nos da ánimos pensar en Él. Se nos aconseja un examen previo de nosotros mismos, para asegurarnos de que nuestro estado de ánimo es el que debería ser (1 Corintios 11:28), y lo sabio que es este consejo resulta evidente.

[p 226]

DISCIPLINA

LA IGLESIA DEBE MANTENER EN ALTO LAS NORMAS CRISTIANAS

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano.

Mateo 18:15–17

El concepto cristiano de la disciplina tiene la misma amplitud del vocablo latino *disciplina*, que abarca toda la gama de procedimientos de formación, instrucción y adiestramiento que exige el discipulado. Cuando la teología reformada resalta la importancia de la disciplina en la iglesia, insistiendo en que no hay salud espiritual sin

ella, y de que es una señal vital de que se trata de una verdadera iglesia, tiene en cuenta más que los simples procesos judiciales contra las personas inmorales y los herejes. Sólo donde se enseñan de manera continua las disciplinas personales del aprendizaje y la consagración, la adoración y la comunión, la justicia y el servicio, en un contexto de interés y responsabilidad mutuos (Mateo 28:20; Juan 21:15–17; 2 Timoteo 2:14–26; Tito 2; Hebreos 13:17), hay un lugar significativo para los correctivos de tipo judicial. No obstante, el Nuevo Testamento enseña con claridad que en ese contexto, los correctivos judiciales ocupan un lugar de importancia en la maduración de las iglesias y las personas (1 Corintios 5:1–13; 2 Corintios 2:5–11; 2 Tesalonicenses 3:6, 14–15; Tito 1:10–14; 3:9–11).

Jesús instituyó la disciplina eclesial al autorizar a sus apóstoles para atar y desatar (esto es, prohibir y permitir, [p 227] Mateo 18:18) y para declarar perdonados o retenidos los pecados (Juan 20:23). Las “haves del reino”, entregadas primero a Pedro y definidas como poder para atar y desatar (Mateo 16:19), se han solido comprender como autoridad para formular doctrina e imponer disciplina; una autoridad que Cristo les ha dado ahora a la Iglesia en general y a los pastores encargados en particular.

La Confesión de Westminster declara:

Las censuras de la iglesia son necesarias para la recuperación y provecho de los hermanos que pecan, para disuadir a otros de cometer pecados semejantes, para purificar de esa levadura que podría infectar toda la masa, para reivindicar el honor de Cristo y la santa profesión del Evangelio, y para evitar la ira de Dios, que caería con toda justicia sobre la Iglesia, si ésta permite que su pacto, y los sellos del mismo [los sacramentos] sean profanados por pecadores notorios y obstinados. (XXX.3)

Las censuras de la iglesia podrían tener que pasar de simples advertencias a la exclusión de la Santa Cena e incluso la expulsión de la congregación (excomunión), que es descrita como entrega de la persona a Satanás, el príncipe de este mundo (Mateo 18:15–17; 1 Corintios 5:1–5, 11; 1 Timoteo 1:20; Tito 3:10–11). Los pecados públicos (es decir, aquellos que están abiertos ante la vista de toda la iglesia) se deben corregir en público en presencia de la iglesia (1 Timoteo 5:20; cf. Gálatas 2:11–14). Jesús enseña un procedimiento para tratar en privado a aquellos que han delinquido de manera personal, en la esperanza de que no llegue a ser necesario pedir la censura pública de la iglesia sobre ellos (Mateo 18:15–17).

La razón de ser de las censuras eclesiales en todas sus formas no es castigar por el castigo mismo, sino producir arrepentimiento y, de esta forma, recuperar a la oveja perdida. Al final de todo, sólo hay un pecado por el cual se excomulga a un miembro de la iglesia: la impenitencia. Cuando es evidente el arrepentimiento, la iglesia debe declarar perdonado el pecado y recibir al pecador de nuevo en su comunión.

[p 228]

MISIÓN

CRISTO ENVÍA A LA IGLESIA AL MUNDO

Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros.

Como me envió el Padre, así también yo os envío.

Juan 20:21

La palabra *misión* procede del vocablo latino *missio*, que significa “envío”. Las palabras que les dijo Jesús a sus primeros discípulos en su capacidad de representantes, siguen teniendo aplicación hoy: “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21; cf. 17:18). La Iglesia universal, y por consiguiente, todas las congregaciones locales y todos los cristianos que están en ellas, son enviados al mundo para cumplir con una tarea concreta y definida. Jesús, el Señor de la Iglesia, nos ha dado la orden de marcha. Tanto personal como corporativamente, todos los que forman el pueblo de Dios se hallan ahora en el mundo cumpliendo con los negocios de su rey.

Esta tarea designada es doble. En primer y fundamental lugar, es la obra de dar testimonio, hacer discípulos y fundar iglesias a nivel mundial (Mateo 24:14; 28:19–20; Marcos 13:10; Lucas 24:47–48). Por todas partes se debe proclamar a Jesucristo como Dios encarnado, Señor y Salvador, y toda la humanidad debe recibir la autoritativa invitación de Dios a hallar vida al volverse a Cristo en el arrepentimiento y la fe (Mateo 22:1–10; Lucas 14:16–24). El ministerio de Pablo como fundador de iglesias, evangelista al mundo entero mientras sus fuerzas y las circunstancias lo permitieron (Romanos 1:14; 15:17–29; 1 Corintios 9:19–23; Colosenses 1:28–29) sirve de modelo a esta primera obligación.

En segundo lugar, todos los cristianos, y por consiguiente, todas las congregaciones eclesiales de la tierra, son llamados [p 229] a practicar obras de misericordia y compasión; a un amor al prójimo que llegue hasta las últimas consecuencias, y que reaccione sin restricciones ante todas las formas de necesidad humana, tal como se presenten (Lucas 10:25–27; Romanos 12:20–21). La compasión era el aspecto interno del amor al prójimo que llevó a Jesús a sanar a los enfermos, alimentar a los hambrientos y enseñar a los ignorantes (Mateo 9:36; 15:32; 20:34; Marcos 1:41; Lucas 7:13), y aquellos que son nuevas criaturas en Cristo, deben sentir una compasión similar. De esta forma, mantienen el segundo de los grandes mandamientos y también le dan credibilidad a su proclamación de un Salvador que convierte a los pecadores en seres humanos que aman a Dios y a los demás. Si los que presentan este mensaje no manifiestan su poder en su propia vida, su credibilidad queda destruida. Si lo manifiestan, queda realizada. Esto era lo que quería decir Jesús al contemplar la visión de las buenas obras de sus testigos llevando a otros a glorificar al Padre (Mateo 5:16; cf. 1 Pedro 2:11–12). Las buenas obras deben hacerse visibles, como respaldo de las buenas palabras.

Aunque Jesús preveía que habría misión a los gentiles (Mateo 24:14; Juan 10:16; 12:32), consideraba que su ministerio terrenal iba dirigido a “las ovejas perdidas de Israel” (Mateo 15:24). Pablo, el apóstol de los gentiles, siempre iba a los judíos primero dondequiera que evangelizaba (Hechos 13:5, 14, 42–48; 14:1; 16:13; 17:1–4, 10; 18:4–7, 19; 19:8–10; 28:17–28; Romanos 1:16; 2:9–10). El derecho de los judíos a escuchar el Evangelio los primeros es cuestión de nombramiento divino (Hechos 3:26; 13:26, 46), y el esfuerzo evangelístico dirigido a los judíos debe seguir constituyendo una prioridad mientras la Iglesia trata de cumplir su misión. Los judíos cristianos están libres de las leyes ceremoniales, pero también están libres para seguir las costumbres judías que expresan su cultura étnica. La expectación de tanto tiempo de que los judíos cristianos vayan a dejar atrás su identidad judía, en lugar de regocijarse por ser judíos “completados” es un prejuicio cultural que no tiene base bíblica alguna.

[p 230]

DONES ESPIRITUALES

EL ESPÍRITU SANTO EQUIPA A LA IGLESIA

Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo ... Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.

Efesios 4:7, 11–12

El Nuevo Testamento describe unas iglesias locales en las cuales algunos cristianos tienen funciones ministeriales formales y oficiales, al mismo tiempo que todos cumplen papeles informales de servicio. El ideal del Nuevo Testamento es que todos los miembros del cuerpo de Cristo tengan su ministerio. Está claro que los oficiales que supervisan no les deben poner restricciones a los ministerios informales, sino más bien facilitarlos (Efesios 4:11–13), y está igualmente claro que aquellos que ministran de manera informal no deben tener una actitud desafiante o perturbadora, sino que deben permitir que los supervisores dirijan su ministerio de una forma ordenada y edificante (es decir, fortalecedora y constructiva, 1 Corintios 14:3–5, 12, 26, 40; Hebreos 13:17). El cuerpo de Cristo crece hasta la madurez en la fe y el amor cuando cada miembro realiza su “actividad propia” (Efesios 4:16) y cumple con la forma de servicio que ha recibido por gracia (Efesios 4:7, 12).

La palabra *don* (literalmente, “donativo”) aparece en relación con el servicio espiritual sólo en Efesios 4:7–8. Pablo explica las palabras *dio dones a los hombres* como relacionadas con la entrega a su Iglesia, por parte del Cristo ascendido, de [p 231] personas llamadas y preparadas para los ministerios de apóstol, profeta, evangelista y pastor-maestro. También, por medio del ministerio capacitador de estos funcionarios, Cristo les está entregando un papel ministerial de uno u otro tipo a todos los cristianos. En otros textos (Romanos 12:4–8; 1 Corintios 12–14), Pablo les llama *jarísmata* (dones que son manifestaciones concretas de la *járís* o gracia, el amor activo y creativo de Dios, 1 Corintios 12:4) a estos poderes dados por Dios, y también *pneumatiká* (dones espirituales como demostraciones concretas del poder del Espíritu Santo, el *pnéuma* de Dios, 1 Corintios 12:1).

En medio de muchas cosas oscuras y cuestiones debatidas con respecto a los *jarísmata* del Nuevo Testamento, resaltan tres certezas. La primera, que un don espiritual es una capacidad para expresar, celebrar, manifestar, y de esa manera comunicar a Cristo de alguna manera. Se nos dice que los dones, usados correctamente, edifican a los cristianos y a las iglesias. No obstante, sólo el conocimiento de Dios en Cristo es el que edifica, de

manera que cada *jarísma* debe ser una capacidad dada por Cristo para manifestarlo y compartirlo de una manera edificante.

La segunda, que los dones son de dos tipos. Hay dones verbales y de amor, de ayuda práctica. En Romanos 12:6–8, la lista de dones que hace Pablo alterna ambas categorías: el primero, el tercero y el cuarto (profecía, enseñanza y exhortación) son dones verbales; el segundo, el quinto, el sexto y el séptimo (servir, distribuir, presidir y mostrar misericordia) son dones de ayuda. El hecho de que se los alterne indica que no se le debe dar entrada a la idea de que haya algún don que sea superior a otro. Por mucho que difieran entre sí los dones como formas de actividad humana, todos tienen la misma dignidad, y lo único que debemos preguntarnos es si usamos de manera adecuada el don que tenemos (1 Pedro 4:10–11).

La tercera, que no hay cristiano alguno que no tenga algún don (1 Corintios 12:7; Efesios 4:7), y que todos tenemos la responsabilidad de hallar, desarrollar y usar al máximo las capacidades de servicio que Dios nos ha dado.

[p 232]

MATRIMONIO

EL MATRIMONIO TIENE POR PROPÓSITO SER UN PACTO DE RELACIÓN PERMANENTE

Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio ...

Malaquías 2:16

El matrimonio es una relación exclusiva en la cual un hombre y una mujer se comprometen entre sí en un pacto de por vida y, basados en este solemne voto, se convierten físicamente en “una sola carne” (Génesis 2:24; Malaquías 2:14; Mateo 19:4–6).

“El matrimonio fue dispuesto para la ayuda mutua entre el esposo y la esposa, para el aumento de la humanidad con una sucesión legítima, y de la Iglesia con una simiente santa, y para evitar la impureza [la licencia sexual y la inmoralidad]” (Confesión de Westminster XXIV.2; Génesis 2:18; 1:28; 1 Corintios 7:2–9). El ideal de Dios para el matrimonio es que el hombre y la mujer experimenten una complementación mutua (Génesis 2:23) y compartan su obra creadora de hacer nuevas personas. El matrimonio es para toda la humanidad, pero es voluntad de Dios que los suyos sólo se casen con otro creyente (1 Corintios 7:39; cf. 2 Corintios 6:14; Esdras 9–10; Nehemías 13:23–27). La intimidad en su nivel más profundo es imposible cuando los cónyuges no están unidos en su fe.

Al usar la relación entre Cristo y su Iglesia para indicar cómo debe ser el matrimonio, Pablo destaca la responsabilidad especial del esposo como líder y protector de su esposa, y el llamado de la esposa a aceptar a su esposo en ese papel (Efesios 5:21–33). Sin embargo, la distinción entre los papeles [p 233] de ambos no significa que la esposa sea una persona inferior; puesto que ambos llevan en sí la imagen de Dios, el esposo y la esposa son iguales en cuanto a dignidad y valor, y deben cumplir la relación entre sus dos papeles a partir de un respeto mutuo enraizado en el reconocimiento de esta realidad.

Dios odia el divorcio (Malaquías 2:16); sin embargo, proporcionó un procedimiento para llevarlo a cabo que protegería a la divorciada (Deuteronomio 24:1–4); esto, según dijo Jesús (Mateo 19:8), fue “por la dureza del corazón de ellos”. La forma natural de comprender sus enseñanzas de Mateo 5:31–32 y 19:8–9 es que la infidelidad marital (el pecado de adulterio) destruye el pacto matrimonial y justifica el divorcio (aunque sería preferible la reconciliación), pero el que se divorcia de su esposa por cualquier otra razón menor, se hace culpable de adulterio cuando se vuelve a casar, y la hace caer a ella en adulterio cuando a su vez también se casa de nuevo. En esto, Jesús sólo está presentando el principio de que todos los casos de divorcio y nuevo matrimonio conllevan un trastorno de la idea que tiene Dios con respecto a las relaciones entre los sexos. Cuando le preguntaron en qué circunstancias era legal divorciarse, respondió diciendo que el divorcio siempre es deplorable (Mateo 19:3–6), pero no negó que los corazones siguen siendo duros; por eso el divorcio, aunque siempre sea un mal en sí mismo, algunas veces sería permisible si se considera que es un mal menor.

Pablo dice que quien se ha convertido al cristianismo y ha sido abandonado después por el cónyuge incrédulo, no está “sujeto a servidumbre” (1 Corintios 7:15). Es evidente que con esto quiere decir que puede dar por terminada su relación. El que se deba considerar que esto confiere también el derecho a volverse a casar, es algo que ha sido motivo de discusión, y las opiniones reformadas han estado divididas durante largo tiempo al respecto.

La Confesión de Westminster (XXIV.5-6) afirma con cautelosa prudencia que, a lo largo de los siglos, la mayoría [p 234] de los cristianos reformados, al reflexionar en los textos bíblicos mencionados anteriormente, han estado de acuerdo con respecto al divorcio:

En caso de adulterio después del matrimonio, le está permitido al cónyuge inocente plantear y conseguir el divorcio, y después de divorciarse, casarse con otra persona, como si el cónyuge ofensor hubiera muerto.

Aunque la corrupción del hombre sea tal que es capaz de estudiar argumentos para separar indebidamente a aquellos que Dios ha unido en matrimonio, sólo el adulterio, o un abandono voluntario tal que no le sea posible a la iglesia o al magistrado civil remediarlo, es causa suficiente para disolver los lazos matrimoniales; en este caso, se debe observar un curso de procedimiento público y ordenado, y no se debe dejar a las personas involucradas en la situación que decidan según su voluntad y discreción en su propio caso.

[p 235]

LA FAMILIA

EL HOGAR CRISTIANO ES UNA UNIDAD ESPIRITUAL

Someteos unos a otros en el temor de Dios.

Efesios 5:21

La familia (es decir, la casa, que consta de padres e hijos, con la adición de parientes, amigos y sirvientes o sin ella) es la más antigua y básica de las instituciones humanas. La Biblia destaca su importancia como unidad espiritual y lugar de adiestramiento para la adquisición de una personalidad adulta madura.

La familia tiene una estructura interna de autoridad según la cual el esposo es líder de la esposa, y los padres son líderes de los hijos. Todo liderazgo es una forma de ministerio, y no de tiranía, por lo que estos papeles domésticos de liderazgo deben ser cumplidos con amor (Efesios 5:22; 6:4; Colosenses 3:18-21; 1 Pedro 3:1-7). El cuarto mandamiento exige que sea el cabeza del hogar el que guíe a toda su familia en la guarda del día de reposo; el quinto les exige a los hijos que respeten a sus padres y se sometan a ellos (Éxodo 20:8-12; Efesios 6:1-3). Jesús mismo dio ejemplo de ello (Lucas 2:51). Más tarde, se opuso firmemente a ciertos gestos de supuesta piedad que eran en realidad evasiones de la responsabilidad hacia los padres (Marcos 7:6-13), y su último acto antes de morir, fue asegurarle el futuro a su propia madre (Juan 19:25-27).

La familia debe ser una comunidad donde se enseñe y aprenda acerca de Dios y de la santidad. Se debe instruir a los hijos (Génesis 18:18-19; Deuteronomio 4:9; 6:6-8; 11:18-21; Proverbios 22:6; Efesios 6:4) y se les debe exhortar a tomarse [p 236] en serio esa instrucción como base para la vida (Proverbios 1:8; 6:20). La disciplina, que significa un adiestramiento directivo y correctivo, es necesaria para sacar a los hijos de las necedades infantiles y llevarlos a una sabiduría llena de dominio propio (Proverbios 13:24; 19:18; 22:15; 23:13-14; 29:15, 17). Así como hay una disciplina amorosa y resuelta en la familia de Dios (Proverbios 3:11-12; Hebreos 12:5-11), también la debe haber en la familia humana.

La familia debe funcionar como una unidad espiritual. La Pascua del Antiguo Testamento era una ocasión familiar (Éxodo 12:3). Josué estaba sentando un ejemplo cuando dijo: “Yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Los hogares se convirtieron en las unidades de consagración cristiana en los tiempos del Nuevo Testamento (Hechos 11:14; 16:15, 31-33; 1 Corintios 1:16). El que un candidato sirviera para un cargo en la iglesia se decidía observando si sabía llevar bien su casa (1 Timoteo 3:4-5, 12; Tito 1:6).

La edificación de una fuerte vida familiar debe constituir siempre una prioridad en nuestro servicio a Dios.

[p 237]

EL MUNDO

LOS CRISTIANOS ESTÁN EN LA SOCIEDAD PARA SERVIRLA Y TRANSFORMARLA

Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso?

Colosenses 2:20-22

En el Nuevo Testamento algunas veces la palabra *mundo* significa lo mismo que en el Antiguo Testamento; o sea, esta tierra, el buen orden natural creado por Dios. Sin embargo, lo más usual es que se refiera a la humanidad como un todo, ahora caída en el pecado y el desorden moral, y convertida en radicalmente contraria a Dios y malvada. Hay ocasiones en que ambos sentidos parecen fundirse, de manera que las afirmaciones acerca del mundo llevan en sí el complejo matiz de una gente perversa que incurre en culpa y vergüenza por el mal uso que hace de las cosas creadas.

Los cristianos son enviados al mundo por su Señor (Juan 17:18) para que le testifiquen acerca del Cristo de Dios y de su reino (Mateo 24:14; cf. Romanos 10:18; Colosenses 1:6, 23) y para servirlo en sus necesidades. Sin embargo, esto lo han de realizar sin caer víctimas de su materialismo (Mateo 6:19–24, 32), su despreocupación con respecto a Dios y a la vida eterna (Lucas 12:13–21) y su orgullosa búsqueda del placer, las ganancias y las posiciones, con exclusión de todo lo demás (1 Juan 2:15–17). El mundo es actualmente el reino de Satanás (Juan 14:30; 2 Corintios 4:4; 1 Juan 5:19; cf. Lucas 4:5–7), [p 238] y las actitudes y formas de pensar de las sociedades humanas reflejan más el orgullo que se ve en Satanás, que la humildad que se ve en Cristo.

Al igual que Cristo, los cristianos deben ser comprensivos ante las ansiedades y necesidades de los demás humanos, a fin de servirles y comunicarse con ellos de una manera eficaz. Sin embargo, lo deben hacer a partir de un despego de este mundo en sus motivaciones, puesto que todo lo que están haciendo es pasar por él momentáneamente, mientras viajan hacia su hogar con Dios, y con el único propósito de agradarlo a Él (Colosenses 1:9–12; 1 Pedro 2:11). No se aprueba el alejamiento monástico de este mundo (Juan 17:15), pero tampoco se aprueba la mundanalidad (es decir, toda internalización del bajo interés egoísta en sí mismos que tienen los habitantes de este mundo: Tito 2:12). Jesús exhorta a sus discípulos a ponerse a la altura del ingenio de los hombres mundanos, utilizando sus recursos para hacer avanzar sus metas, pero especifica que sus metas correctas no tienen que ver con la seguridad terrenal, sino con la gloria celestial (Lucas 16:9).

Por consiguiente, lo primero que les exige Dios a los cristianos en este mundo es que sean diferentes a quienes los rodean; que observen los principios morales absolutos de Dios, practiquen el amor, eviten una licencia vergonzosa y no pierdan su dignidad de portadores de la imagen de Dios con ninguna forma de aut indulgencia irresponsable (Romanos 12:2; Efesios 4:17–24; Colosenses 3:5–11). Lo que está pidiendo es un claro rompimiento con los sistemas de valores y estilos de vida del mundo, como base para practicar la semejanza a Cristo en unos términos positivos (Efesios 4:25–5:17 5:17).

La tarea que tiene el cristiano ante sí es triple. El principal mandato recibido por la Iglesia es el de evangelizar (Mateo 28:19–20; Lucas 24:46–48), y todo cristiano debe buscar por todos los medios promover la conversión de los incrédulos. Aquí es significativa la huella que deja el cambio realizado en su propia vida (1 Pedro 2:12). También, el amor al prójimo [p 239] debe llevar de continuo a los cristianos a la realización de obras de misericordia de todas clases. Además de esto, los cristianos son llamados a cumplir el “mandato cultural” dado por Dios a la humanidad en el momento de la Creación (Génesis 1:28–30; Salmo 8:6–8). El hombre fue hecho para administrar el mundo de Dios, y esta mayordomía forma parte de la vocación humana en Cristo. Exige trabajo duro, con la honra de Dios y el bien de los demás como meta. Ésta es la verdadera “ética de trabajo” protestante. Esencialmente, es una disciplina religiosa; el cumplimiento de un “llamado” divino.

Sabedores de que Dios, en su providencial bondad e indulgencia, sigue conservando y enriqueciendo a su mundo descarriado aun ante el pecado humano (Hechos 14:16–17), los cristianos deben involucrarse en todas las formas de actividad humana legales, y al hacer esto en función del sistema de valores y la visión de la vida cristianos, se convertirán en sal (un conservante que hace que las cosas sepan mejor) y luz (una iluminación que muestra el camino por donde hay que ir) en la comunidad humana (Mateo 5:13–16). Cuando los cristianos cumplen de esta forma con su vocación, el cristianismo se convierte en una fuerza cultural transformadora.

[p 240]

EL ESTADO

LOS CRISTIANOS DEBEN RESPETAR EL GOBIERNO CIVIL

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos.

Romanos 13:1–2

El gobierno civil es un medio dispuesto por Dios para dominar a las comunidades. Es uno de estos medios, junto a los ministros de la Iglesia, los padres en el hogar y los maestros en la escuela. Cada uno de estos medios tiene su propia esfera de autoridad bajo Cristo, quien gobierna ahora el universo en nombre de su Padre, y cada esfera tiene que ser delimitada por referencia a las demás. En nuestro mundo caído, estas estructuras de autoridad son instituciones de la “gracia común” (bondadosa providencia) de Dios, que se levantan como baluarte contra la anarquía, la ley de la selva y la disolución del orden social.

A partir de Romanos 13:1–7 y 1 Pedro 2:13–17, la Confesión de Westminster define así la esfera del gobierno civil:

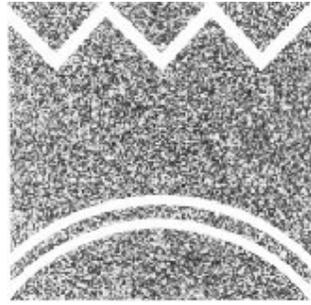
Dios, el Señor y Rey supremo de todo el mundo, ha dispuesto que haya magistrados civiles para que estén bajo El y sobre el pueblo, para su propia gloria y el bien público; y con este fin, los ha armado con el poder de la espada, para la defensa y el apoyo de aquellos que son buenos, y para el castigo de los que hacen el mal... El magistrado civil no tiene derecho a asumir la administración de la Palabra y de los [p 241] sacramentos, ni el poder de las llaves del reino de los cielos. (XXIII. 1, 3)

Puesto que el gobierno civil existe para el bienestar de toda la sociedad, Dios le da el poder de la espada (es decir, el uso legítimo de la fuerza para hacer cumplir las leyes justas: Romanos 13:4). Los cristianos deben reconocer esto como parte del orden dispuesto por Dios (Romanos 13:1–2). Sin embargo, las autoridades civiles no deben usar este poder para perseguir a los que pertenezcan o no pertenezcan a ninguna religión en particular, ni tampoco para consolidar ninguna forma de mal.

Es correcto que el estado recoja impuestos por los servicios que presta (Mateo 22:15–21; Romanos 13:6–7). Sin embargo, si prohíbe lo que Dios exige, o exige lo que Dios prohíbe, se hace ineludible alguna forma de desobediencia civil, con la aceptación de sus consecuencias penales (con lo cual estamos demostrando que reconocemos la autoridad que los gobiernos como tales han recibido de Dios: Hechos 4:18–31; 5:17–29).

Los cristianos deben exhortar a los gobiernos para que cumplan con su papel en la forma debida. Deben orar por ellos, obedecerlos, y sin embargo, velar sobre ellos (1 Timoteo 2:1–4; 1 Pedro 2:13–14), recordándoles que Dios los ha puesto para gobernar, proteger y mantener el orden, y no para tiranizar. En un mundo caído, en el cual lo normal es que el poder corrompa, las instituciones democráticas que dividen el poder ejecutivo entre muchos y hacen que cuantos lo detentan tengan que responder ante el pueblo, suelen ofrecer de ordinario la mejor esperanza en cuanto a evitar la tiranía y conseguir justicia para todos.

[p 243]



CUARTA PARTE:

DIOS REVELADO COMO
SEÑOR DEL DESTINO

[p 245]

PERSEVERANCIA

DIOS MANTIENE SEGURO A SU PUEBLO

*Y a los que predestinó, a éstos también llamó;
y a los que llamó, a éstos también justificó;
y a los que justificó, a éstos también glorificó.*

Romanos 8:30

Digamos en primer lugar que al declarar la seguridad eterna del pueblo de Dios, es más claro hablar de su conservación que, como se suele hacer, de su perseverancia. Perseverar significa persistir en medio del desaliento y de las presiones contrarias. La afirmación de que los creyentes perseveran en la fe y la obediencia a pesar de todo es cierta, pero su razón es que Jesucristo persiste en conservarlos por medio del Espíritu.

Las Escrituras insisten en esto. Juan nos dice que Jesucristo, el Buen Pastor, les ha prometido a su Padre (Juan 6:37–40) y directamente a sus ovejas (Juan 10:28–29) que cuidará de ellas para que nunca perezcan. En su oración sacerdotal antes de su pasión, le pidió al Padre que aquellos que Él le había dado (Juan 17:2, 6, 9, 24) fueran conservados para la gloria, y es inconcebible que su oración, que aún continúa (Romanos 8:34; Hebreos 7:25), quede sin respuesta.

Pablo ve el plan soberano de Dios para la salvación de sus elegidos como un todo unitario, del cual forma parte la glorificación de los justificados (Romanos 8:29–30). A partir de esta base, construye el brillante discurso de Romanos 8:31–39, en el cual celebra la seguridad presente y futura de [p 246] los santos en el amor omnipotente de Dios. En otros textos, se regocija en la certeza de que Dios va a terminar la “buena obra” que ha comenzado en la vida de aquéllos a quienes él se dirige (Filipenses 1:6; cf. 1 Corintios 1:8–9; 1 Tesalonicenses 5:23–24; 2 Tesalonicenses 3:3; 2 Timoteo 1:12; 4:18).

La teología reformada se hace eco de esto que él destaca. La Confesión de Westminster declara:

Aquéllos a quien Dios había aceptado en su Amado, eficazmente llamados y santificados por su Espíritu, no pueden caer ni total ni definitivamente del estado de gracia, sino que con toda certeza, perseverarán en él hasta el fin, y serán eternamente salvos. (XVII.1)

Esta doctrina afirma que quienes han sido regenerados, son salvos por medio de la perseverancia en la fe y en el estilo de vida cristiano hasta el final (Hebreos 3:6; 6:11; 10:35–39), y que es Dios quien los mantiene en esa perseverancia. Eso no significa que todos aquellos que hayan profesado conversión van a ser salvos. Se hacen profesiones falsas; el entusiasmo de un momento desaparece (Mateo 13:20–22); muchos de los que le dicen a Jesús “Señor, Señor” no van a ser reconocidos (Mateo 7:21–23). Sólo aquellos que manifiesten ser regenerados al buscar la santidad de corazón y el verdadero amor al prójimo mientras pasan por este mundo, tienen derecho a creerse seguros en Cristo. El sendero que conduce a la gloria es la perseverancia en la fe y la penitencia, y no en un simple formalismo cristiano. Suponer que la creencia en la perseverancia conduce al descuido en la vida y a una presunción llena de arrogancia, es tener un concepto totalmente errdo.

Algunas veces, los que han sido regenerados recaen y cometen graves pecados. Sin embargo, en esto actúan en contra de su personalidad; le hacen violencia a su propia naturaleza nueva, y se crean a sí mismos una profunda angustia, de tal manera que terminan por buscar y hallar la restauración a la justicia. Cuando miran al pasado, su caída les parece [p 247] un momento de locura. Cuando los creyentes regenerados actúan de acuerdo con su personalidad, manifiestan un afán agradecido y humilde por agradar al Dios que los salvó, y saber que Él ha prometido mantenerlos seguros para siempre sólo sirve para aumentar este afán.

[p 248]

PECADO IMPERDONABLE

SÓLO LA IMPENITENCIA
CARECERÁ DE PERDÓN

De cierto os digo que todos

*los pecados serán perdonados a
los hijos de los hombres, y las blasfemias
cuales quiera que sean; pero cualquiera
que blasfema contra el Espíritu Santo,
no tiene jamás perdón, sino que
es reo de juicio eterno.*

Marcos 3:28–29

Cuando Jesús les advirtió a los fariseos que la blasfemia contra el Espíritu Santo era imperdonable, tanto en este mundo como en el otro (Mateo 12:32; Marcos 3:29–30), fue porque ellos estaban afirmando que Él exorcizaba a los demonios porque era aliado de Satanás (Beelzebub). Su advertencia revela su actitud con respecto al estado espiritual de ellos.

Podía orar por el perdón de aquéllos cuya blasfemia contra Él era fruto de la ignorancia, y de hecho, más tarde lo haría: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Sin embargo, no era así como veía a los fariseos.

A las personas les es posible tener una comprensión tal que, internamente, sepan que Jesús es el divino Salvador que Él afirma ser, y con todo, no estar dispuestas a admitirlo en público, debido a todos los cambios en su conducta que una admisión así haría necesarios. Es posible tratar de hacerse sentir bien a sí mismo con respecto a su propia falta de honradez moral, inventando razones, por absurdas que sean, [p 249] para no tratar a Jesús como alguien digno de nuestra fidelidad. Es obvio que Jesús percibió que eso era precisamente lo que estaban haciendo los fariseos al llamarlo sirviente de Satanás. No eran ignorantes; estaban reprimiendo la convicción y sofocando un conocimiento real, aunque indeseado; estaban cerrando los ojos firmemente ante la luz, y encalleciendo su conciencia al llamarla tinieblas. La locura que Jesús puso al descubierto en lo que ellos estaban diciendo (Mateo 12:25–28) era índice de la presión que hacía en ellos la convicción que sentían; el razonamiento irracional suele ser una señal de que se está resistiendo ante la convicción.

Al atribuir al poder satánico los exorcismos producidos por medio del Espíritu Santo (Mateo 12:28), los fariseos estaban blasfemando (hablando con impiedad) contra el Espíritu. Un pecado así se volvía imperdonable cuando la conciencia se había encallecido de tal forma a base de llamar bien al mal, que quedaba destruido todo sentido de la gloria moral que contenían las poderosas obras de Jesús (que en un sentido muy real, constituían sus credenciales: Mateo 11:2–6; Juan 10:38; 14:11). Este endurecimiento del corazón contra Jesús evitaría que hubiera remordimiento alguno en ningún momento por haber blasfemado así. Cuando no existe remordimiento, el arrepentimiento se vuelve imposible, y cuando no existe arrepentimiento, el perdón es imposible.

Por tanto, endurecer la propia conciencia a base de razonamientos deshonestos con el fin de justificar el que neguemos el poder de Dios en Cristo y rechacemos sus derechos sobre nosotros es la fórmula del pecado imperdonable. Otra versión de él, esta vez en cristianos profesos que se apartan de Cristo, se halla descrita en Hebreos 6:4–8. Los cristianos que temen haber cometido el pecado imperdonable demuestran, por su misma ansiedad, que no lo han cometido. Las personas que lo han cometido no tienen remordimiento ni preocupación; de hecho, no suelen estar conscientes de lo que han hecho, y del destino al que se han sentenciado ellos [p 250] mismos. Jesús vio que los fariseos se estaban poniendo en peligro de cometer este pecado, y habló como lo hizo con la esperanza de impedir que cayeran plenamente en él.

[p 251]

MORTALIDAD

LOS CRISTIANOS NO TIENEN QUE TEMER A LA MUERTE

Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros.

Filipenses 1:21–24

No sabemos cómo habrían salido de este mundo los humanos, de no haber tenido lugar la Caída; algunos dudan que hubieran salido de él jamás. Sin embargo, tal como son las cosas, la separación del cuerpo y el alma por medio de la muerte corporal, que es al mismo tiempo fruto del pecado y juicio de Dios (Génesis 2:17; 3:19, 22; Romanos 5:12; 8:10; 1 Corintios 15:21), es una de las cosas ciertas de la vida. Esta separación del alma (la persona) y del cuerpo es señal y emblema de la separación espiritual de Dios que produjo la muerte física (Génesis 2:17; 5:5) y que se hará más profunda después de la muerte para aquellos que dejen este mundo sin Cristo. Por consiguiente, es natural que la muerte aparezca como un enemigo (1 Corintios 15:26) y como algo aterrador (Hebreos 2:15).

El terror de la muerte física queda abolido para los cristianos, aunque siga siendo desagradable morir. Jesús, su Salvador resucitado, pasó Él mismo por una muerte más traumática que todas aquéllas a las que tendrán que enfrentarse los cristianos jamás, y ahora vive para apoyar a sus siervos [p 252] cuando pasan de este mundo al lugar que Él les ha preparado en el otro mundo (Juan 14:2–3). Los cristianos deben considerar su propia muerte futura como una cita en el calendario de Jesús; cita que Él va a cumplir fielmente. Pablo pudo decir: “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia... teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Filipenses 1:21, 23), puesto que estar “ausente del cuerpo” significará estar “presente al Señor” (2 Corintios 5:8).

Al morir los creyentes, su alma (es decir, los creyentes mismos, como personas que siguen existiendo) son perfeccionados en la santidad y entran en la vida de adoración del cielo (Hebreos 12:22–24). En otras palabras, son glorificados. Algunos que no creen esto, suponen que existe una disciplina de purgatorio después de la muerte que es en realidad otra etapa en la santificación, durante la cual se va purificando el corazón de manera progresiva y refinando la personalidad en preparación para la visión de Dios. Sin embargo, esta creencia no es ni bíblica ni lógica, porque si al venir Cristo, los santos que estén vivos sobre la tierra van a ser perfeccionados moral y espiritualmente en el instante de su transformación corporal (1 Corintios 15:51–54), es natural suponer que lo mismo le sucede a cada creyente en el momento de su muerte, cuando deje detrás su cuerpo mortal. Otros suponen que hay un estado de inconsciencia (la dormición del alma) entre la muerte y la resurrección, pero las Escrituras hablan de relaciones, actuaciones y goces conscientes (Lucas 16:22; 23:43; Filipenses 1:23; 2 Corintios 5:8; Apocalipsis 6:9–11; 14:13).

La muerte es decisiva en cuanto al destino de la persona. Después de ella no hay posibilidad de salvación para los perdidos (Lucas 16:26): a partir de ese momento, santos e impíos cosechan lo que hayan sembrado en esta vida (Gálatas 6:7–8).

Para los creyentes, la muerte es ganancia (Filipenses 1:21), porque después de ella se hallan más cerca de Cristo. Sin embargo, la pérdida del cuerpo como tal no es ganancia; el cuerpo es instrumento de expresión y experiencia, y estar [p 253] sin cuerpo significa estar limitado; empobrecido, en realidad. Por eso Pablo quiere ser “revestido” con su cuerpo de resurrección (esto es, volver a tener cuerpo), más que ser “desvestido” (es decir, dejar de tener cuerpo, 2 Corintios 5:1–4). La verdadera esperanza cristiana consiste en ser resucitados para la vida del cielo. Así como la vida en el estado “intermedio” o “temporal” entre la muerte y la resurrección es mejor que la vida anterior en este mundo, la vida de resurrección va a ser mejor aún. De hecho, será la mejor posible. Y esto es lo que Dios tiene reservado para todos sus hijos (2 Corintios 5:4–5; Filipenses 3:20–21). ¡Aleluya!

[p 254]

SEGUNDA VENIDA

JESUCRISTO REGRESARÁ A LA TIERRA EN GLORIA

Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón.

1 Tesalonicenses 5:1–4

El Nuevo Testamento anuncia una y otra vez que Jesucristo regresará un día. Ésta será su “visita real”, su “aparición” y “venida” (en griego, *parusía*). Cristo regresará a este mundo en gloria. El segundo advenimiento del Salvador va a ser personal y físico (Mateo 24:44; Hechos 1:11; Colosenses 3:4; 2 Timoteo 4:8; Hebreos 9:28), visible y triunfante (Marcos 8:38; 2 Tesalonicenses 1:10; Apocalipsis 1:7). Jesús viene para dar fin a la historia,

resucitar a los muertos y juzgar al mundo (Juan 5:28–29), para impartirles a los hijos de Dios su gloria definitiva (Romanos 8:17–18; Colosenses 3:4), y para señalar el comienzo de un universo reconstruido (Romanos 8:19–21; 2 Pedro 3:10–13). El cumplimiento de esta agenda por parte suya va a ser la última fase y el triunfo final de su reino de mediación. Una vez hechas estas cosas, la aplicación de la redención contra la hostilidad satánica, que era la labor concreta del reino, habrá terminado. Cuando Pablo dice que Cristo entonces “entregará el reino” [p 255] al Padre y se someterá a Él (1 Corintios 15:24–28), no está indicando que se vaya a producir disminución alguna en los honores de Cristo a partir de ese momento, sino que está señalando la terminación del plan para llevar a los elegidos al cielo, para cuyo cumplimiento había sido entronizado el Hijo resucitado. Los elegidos en gloria, purificados y perfectos, honrarán para siempre al Cordero como el que fue capaz de abrir el libro del plan de Dios para la realización y aplicación de la redención en la historia, y hacer que sucediera lo que estaba planificado (Apocalipsis 5). En la nueva Jerusalén, Dios y el Cordero están entronizados y reinan juntos para siempre (Apocalipsis 22:1, 3), pero este reinado es la continuación de la relación Señor-siervos entre Dios y los santos, que sigue a la era del reino de mediación, más que la continuación de dicho reino como tal.

En 1 Tesalonicenses 4:16–17, Pablo enseña que la venida de Cristo tendrá la forma de un descenso desde los cielos, anunciado por un toque de trompeta, un grito y la voz del arcángel. Aquellos que murieron en Cristo ya habrán sido resucitados y estarán con Él, y todos los cristianos que estén sobre la tierra serán “arrebata-dos” (es decir, llevados a las nubes para reunirse con Cristo en los aires) de manera que puedan regresar de inmediato a la tierra con Él como parte de su escolta triunfante. La idea de que el arrebatamiento los saca de este mundo por un período de tiempo antes de que Cristo aparezca por tercera vez para una segunda “segunda venida” ha sido sostenida por muchos, pero carece de apoyo bíblico.

Aunque algunos de los detalles que da Pablo tengan significado simbólico (la trompeta, como una corneta militar, exige atención a la actividad de Dios, Éxodo 19:16, 19; Isaías 27:13; Mateo 24:31; 1 Corintios 15:52; las nubes significan la presencia activa de Dios, Éxodo 19:9, 16; Daniel 7:13; Mateo 24:30; Apocalipsis 1:7), parece estar hablando en sentido literal, y el hecho de que cuanto describe se halle más allá del poder [p 256] de nuestra imaginación no debería impedir que aceptásemos su palabra de que así van a suceder las cosas.

El Nuevo Testamento especifica mucho de lo que sucederá entre las dos venidas de Cristo, pero con la excepción de la caída de Jerusalén en el año 70 (Lucas 21:20, 24), las predicciones señalan procesos, más que sucesos singulares identificables, y no permiten calcular ni siquiera una fecha aproximada para la reaparición de Jesús. El mundo gentil será llamado a la fe (Mateo 24:14); los judíos serán introducidos al reino (Romanos 11:25–29, un pasaje que tal vez prevea una conversión nacional, y tal vez no); habrá falsos profetas y falsos Cristos o anticristos (Mateo 24:5, 24; 1 Juan 2:18, 22; 4:3). Habrá apostasía de la fe, y tribulación para los que permanezcan fieles (2 Tesalonicenses 2:3; 1 Timoteo 4:1; 2 Timoteo 3:1–5; Apocalipsis 7:13–14; cf. 3:10). Un “hombre de iniquidad” al parecer imposible de identificar, acerca del cual Pablo les había hablado a los tesalonicenses en unas enseñanzas orales que no han llegado hasta nosotros (2 Tesalonicenses 2:5), debía o deberá aparecer (2 Tesalonicenses 2:3–12). Si el período de mil años del que se habla en Apocalipsis 20:1–10 es en realidad la historia del mundo entre las dos venidas de Cristo, habrá una última lucha culminante de poderes de algún tipo entre las fuerzas anticristianas del mundo y el pueblo de Dios (vv. 7–9). Sin embargo, no se pueden deducir fechas a partir de estos datos; el momento del regreso de Jesús sigue siendo totalmente desconocido.

El regreso de Cristo tendrá la misma importancia para los cristianos que estén vivos cuando tenga lugar, que la muerte para los cristianos que mueran antes de que se produzca: será el final de la vida en este mundo y el comienzo de una vida que ha sido descrita como “un ambiente desconocido con un habitante muy conocido” (cf. Juan 14:2–3). Cristo enseña (Mateo 24:36–51) que será un trágico desastre que la *parusía* sorprenda a alguien sin estar preparado. En lugar de esto, el pensamiento sobre lo que habrá de suceder debería estar siempre [p 257] en nuestra mente, dándonos ánimos en nuestro servicio cristiano del presente (1 Corintios 15:28) y enseñándonos a vivir como si estuviéramos siempre de guardia, listos para ir al encuentro de Cristo en cualquier momento (Mateo 25:1–13).

[p 258]

RESURRECCIÓN GENERAL

LOS MUERTOS EN CRISTO RESUCITARÁN EN GLORIA

Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo ... Así

también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual ...

1 Corintios 15:35–37, 42–44

Jesús fue el primero en resucitar de entre los muertos (Hechos 26:23), y cuando Él regrese a este mundo, resucitará a sus siervos a una vida como la suya (1 Corintios 15:20–23; Filipenses 3:20–21). De hecho, va a resucitar a toda la raza humana; los que no sean suyos por medio de la fe, serán resucitados para sentenciarlos (Juan 5:29). Los cristianos que estén vivos cuando Él venga, pasarán en ese instante por una maravillosa transformación (1 Corintios 15:50–54), mientras que los cristianos que hayan muerto experimentarán un glorioso regreso a un cuerpo (2 Corintios 5:1–5).

Habrà continuidad entre el cuerpo mortal y el inmortal, como sucedió en el caso de Jesús, puesto que el cuerpo con el cual había muerto, fue el resucitado. Pablo compara la relación entre el cuerpo resucitado y el mortal, con la relación entre la semilla y la planta que brota de ella (1 Corintios 15:35–44); una clase de continuidad, como debemos observar, que permite grandes diferencias entre el punto de partida y el producto final. También, dice Pablo, en todos los casos habrá un contraste [p 259] en cuanto a calidad. Nuestro cuerpo presente, como el de Adán, es natural y terreno, sujeto a todo tipo de debilidades y decadencia, hasta que al final, termina por perecer. En cambio, nuestro cuerpo resucitado, como el de Cristo, va a ser espiritual (creado, habitado y sostenido por el Espíritu Santo) y pertenecerá a la esfera del orden de cosas eterno, imperecedero, inmortal y celestial (1 Corintios 15:45–54).

No obstante, así como los discípulos pudieron reconocer al Jesús resucitado a pesar de los cambios que la resurrección había producido en Él, y así como Moisés y Elías, de nuevo en un cuerpo, fueron reconocibles en el momento de la Transfiguración (Mateo 17:3–4), y así como los santos judíos vueltos a un cuerpo fueron reconocibles después de la resurrección de Jesús (Mateo 27:52–53), también los cristianos resucitados se podrán reconocer unos a otros, y podemos esperar una gozosa reunión más allá de este mundo con los creyentes a quienes amábamos y perdimos por la muerte. Esto se halla implícito en 1 Tesalonicenses 4:13–18, texto escrito porque las personas que estaban vivas en Cristo tenían que habían perdido de manera definitiva a los que habían muerto en Cristo; Pablo escribió como lo hizo acerca del regreso de Cristo para darles la seguridad de que verían de nuevo con toda certeza a sus seres amados cristianos.

Así como el amor inquebrantable y la humildad de Jesús son el modelo al que Dios está conformando nuestra personalidad regenerada, también su cuerpo glorificado, la forma presente de ese cuerpo por medio del cual Él expresó a la perfección estas cualidades cuando estaba en la tierra, es el modelo para la reconstrucción del nuestro (Filipenses 3:21). En estos momentos, el cuerpo del cristiano es a lo sumo un pobre instrumento para la expresión de los anhelos y los propósitos de su corazón regenerado, y muchas de las debilidades con las que luchan los santos—timidez, irritabilidad, lujuria, depresión, frialdad en las relaciones y demás—están fuertemente relacionadas con nuestra constitución física y la [p 260] forma en que ésta le marca pautas a nuestra conducta. El cuerpo que tendremos en la resurrección general será un cuerpo que esté en perfecto acuerdo con nuestra persona perfectamente regenerada, y demostrará ser un instrumento perfecto para que nos expresemos de una manera santa por toda la eternidad.

Glorificación (llamada así porque es una manifestación de Dios en nuestra vida: 2 Corintios 3:18) es el nombre bíblico que recibe el acto por el que Dios termina lo que comenzó al regenerarnos; esto es, nuestra reconstrucción moral y espiritual para que seamos perfecta y permanentemente conformados a Cristo. La glorificación es una obra de poder transformador, por medio de la cual Dios nos convierte por fin en criaturas sin pecado en un cuerpo inmortal. La idea de nuestro estado final glorificado incluye (a) conocimiento perfecto de la gracia, por medio de una extensión ilimitada de nuestros poderes de comprensión (1 Corintios 13:12); (b) disfrute perfecto de la visión y compañía del Padre y del Hijo; (c) adoración y servicio perfectos a Dios a partir de una naturaleza perfectamente integrada y un corazón perfectamente entregado al amor y la obediencia; (d) liberación perfecta de todo lo que se experimenta como pecaminoso, malvado, debilitante y frustrante; (e) cumplimiento perfecto de todos los anhelos de los cuales somos conscientes (no de los apetitos sexuales, Mateo 22:30, ni del hambre y la sed, Apocalipsis 7:16, o el deseo de dormir, Apocalipsis 22:5; sino del anhelo de una comunión mayor con Dios); (f) terminación perfecta de todo cuanto era bueno y valioso en la vida de este mundo, pero tuvo que quedar incompleto porque el anhelo era mayor que la capacidad; y (g) crecimiento personal sin fin en la realización de todas estas cosas perfectas.

Pablo termina en Romanos 8:30 su análisis de la acción por medio de la cual Dios salva a sus elegidos con un tiempo pasado sorprendente: “Y a los que justificó, a éstos también glorificó”. En los tiempos de Pablo, la

glorificación era, [p 261] como aún es, algo futuro para todos, con excepción de Jesús mismo; sin embargo, es evidente que Pablo pensaba que, al ser aquí y ahora la glorificación un punto fijo dentro del plan soberano de Dios, ya es como si se hubiera cumplido. El tiempo pasado tiene como propósito hacernos saber que es absolutamente imposible que nuestra glorificación no se produzca. Ésta es la seguridad y la certeza de la esperanza cristiana.

[p 262]

TRONO DEL JUICIO

DIOS JUZGARÁ A TODA LA HUMANIDAD

Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.

Mateo 25:41

La certeza del juicio final forma el marco dentro del cual se presenta el mensaje de la gracia salvadora en el Nuevo Testamento. Pablo en particular insiste en esta certeza, haciéndola resaltar ante los cultos atenienses (Hechos 17:30–31) y explicándola en detalle en la primera sección de la epístola a los Romanos, el libro del Nuevo Testamento que contiene su exposición más completa del Evangelio (Romanos 2:5–16). Pablo afirma que Jesucristo nos salva “de la ira venidera”, en “el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (1 Tesalonicenses 1:10; Romanos 2:5; cf. Romanos 5:9; Efesios 5:6; Colosenses 3:6; Juan 3:36; Apocalipsis 6:17; 19:15). A través de las escrituras la indignación, el enojo y la furia, de Dios, de la cual se hace referencia a menudo, son de juicio. Estas palabras siempre señalan al santo Creador, activamente juzgando el pecado, según su ira, como lo hace en Romanos 2:5–16. El mensaje del juicio venidero para toda la humanidad, con Jesucristo complementando la obra de su reino mediador en su papel de juez de parte de su Padre, se ve a través del Nuevo Testamento (Mateo 13:40–43; 25:41–46; Juan 5:22–30; Hechos 10:42; 2 Corintios 5:10; 2 Timoteo 4:1; Hebreos 9:27; 10:25–31; 12:23; 2 Pedro 3:7; Judas 6–7; Apocalipsis 20:11–15). Cuando vuelva Cristo y se termine la historia, [p 263] todos los humanos de todas las edades serán resucitados para ser juzgados, y ocuparán sus lugares ante el tribunal de Cristo. No hay duda que es imposible imaginarse este acontecimiento, pero la imaginación humana no es la medida de lo que un Dios soberano puede hacer y hará.

En el juicio, todos rendirán cuentas por sí mismos a Dios, y Dios a través de Cristo “pagará a cada uno conforme a sus obras” (Romanos 2:6; cf. Salmo 62:12; Mateo 16:27; 2 Corintios 5:10; Apocalipsis 22:12). Los regenerados, los cuales han aprendido, como siervos de Cristo que son, a amar la justicia y anhelar la gloria de un cielo santo, serán reconocidos, y sobre el fundamento de la expiación y los méritos de Cristo a favor de ellos, les será otorgado aquello que anhelan. El resto recibirá un destino que estará de acuerdo con el estilo de vida alejado de Dios que han escogido, y les llegará ese destino debido a su propio demérito (Romanos 2:6–11). La medida en que conocían la voluntad de Dios será la norma por la cual será evaluado su demérito (Mateo 11:20–24; Lucas 11:42–48; Romanos 2:12).

El juicio manifestará, y de esa forma reivindicará de manera definitiva, la justicia perfecta de Dios. En un mundo de pecadores, en el cual Dios “ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos” (Hechos 14:16), no es de extrañarse que la maldad abunde tanto, y que surjan dudas sobre si Dios, siendo soberano, puede ser justo, o siendo justo, puede ser soberano. Con todo, el que Dios juzgue con justicia es su gloria, y el Juicio final será su reivindicación propia definitiva contra las sospechas de que le ha dejado de preocupar la justicia (Salmo 50:16–21; Apocalipsis 6:10; 16:5–7; 19:1–5).

En el caso de aquellos que profesan ser de Cristo, la revisión de sus palabras y obras reales (Mateo 12:36–37) tendrá la utilidad especial de descubrir las evidencias que indiquen si su profesión es fruto de un corazón sincero y regenerado (Mateo 12:33–35) o simplemente el parloteo sin sentido de una religiosidad hipócrita (Mateo 7:21–23). Todo quedará revelado en la vida de todos en el día del Juicio (1 Corintios 4:5), y cada uno recibirá [p 264] de Dios según lo que él o ella es en realidad. Aquéllos en los cuales la fe que profesaban no se manifestaba en un nuevo estilo de vida, marcado por el odio al pecado y las obras de amoroso servicio a Dios y a los demás, se perderán (Mateo 18:23–35; 25:34–46; Santiago 2:14–26).

Los ángeles caídos (demonios) serán juzgados en el último día (Mateo 8:29; Judas 6) y los santos estarán involucrados en este proceso (1 Corintios 6:3), aunque las Escrituras no revelan con precisión qué papel desempeñarán.

El conocimiento del juicio futuro constituye siempre un llamado al arrepentimiento en el presente. Sólo el penitente estará preparado para el juicio cuando éste llegue.

[p 265]

INFIERNO

LOS MALVADOS SERÁN LANZADOS A UNA ANGUSTIA QUE NO TENDRÁ FIN

*Y la muerte y el Hades fueron lanzados
al lago de fuego. Ésta es la muerte segunda.*

*Y el que no se halló inscrito en el libro
de la vida fue lanzado al lago de fuego.*

Apocalipsis 20:14–15

El secularismo sentimental de la cultura occidental moderna, con su exaltado optimismo acerca de la naturaleza humana, su raquíptico concepto de Dios y su escepticismo en cuanto a que la moralidad personal tenga verdadera importancia—en otras palabras, su conciencia corrompida—, les hace difícil a los cristianos tomarse en serio la realidad del infierno. La revelación del infierno en las Escrituras da por supuesta una profundidad de comprensión en cuanto a la santidad divina y el pecado humano y demoníaco, que la mayoría de nosotros no tenemos. No obstante, la doctrina del infierno aparece en el Nuevo Testamento como algo básico dentro del cristianismo, y se nos llama a tratar de comprenderla como lo hicieron Jesús y sus apóstoles.

El Nuevo Testamento ve el infierno (*Gehenna*, como lo llama Jesús, el lugar de incineración, Mateo 5:22; 18:9) como el lugar final de habitación de aquéllos que sean destinados al castigo eterno en el Juicio Final (Mateo 25:41–46; Apocalipsis 20:11–15). Se lo considera como un lugar de fuego y tinieblas (Judas 7, 13), de llanto y crujir de dientes (Mateo 8:12; 13:42, 50; 22:13; 24:51; 25:30), de destrucción [p 266] (2 Tesalonicenses 1:7–9; 2 Pedro 3:7; 1 Tesalonicenses 5:3), y de tormento (Apocalipsis 20:10; Lucas 16:23). En otras palabras, un lugar de tormento y angustia absolutos. Si, como parece, estos términos son simbólicos, más que literales (en sentido literal, el fuego y las tinieblas serían mutuamente excluyentes), podemos estar seguros de que la realidad, que se halla más allá de los límites de nuestra imaginación, excede en horror al símbolo. Las enseñanzas del Nuevo Testamento acerca del infierno tienen el propósito de aterrarnos y dejarnos mudos de terror, al asegurarnos que, así como el cielo va a ser mejor de cuanto nosotros podamos soñar, también el infierno será peor de cuanto podamos concebir. Así son las cuestiones de la eternidad, que necesitamos enfrentar ahora con realismo.

El concepto del infierno es el de una relación negativa con respecto a Dios; una experiencia que no es tanto de su ausencia, como de su presencia en ira y desagrado. La experiencia de la ira de Dios como fuego consumidor (Hebreos 12:29), la justa condenación recibida de Él por desafiarlo y aferrarnos a los pecados que Él detesta, y la privación de todo cuanto es valioso, agradable y digno, serán las que le darán su forma a la experiencia del infierno (Romanos 2:6, 8–9, 12). Se forma este concepto a base de negar de forma sistemática todos los elementos de la experiencia sobre la bondad de Dios, tal como la conocemos los creyentes por medio de la gracia, y como toda la humanidad la conoce a través de sus generosos actos de providencia (Hechos 14:16–17; Salmo 104:10–30; Romanos 2:4). La realidad, como quedara dicho anteriormente, será más terrible que el concepto; nadie se puede imaginar lo malo que va a ser el infierno.

Las Escrituras consideran al infierno como interminable (Judas 13; Apocalipsis 20:10). Las especulaciones acerca de una “segunda oportunidad” después de la muerte, o de la aniquilación personal de los impíos en algún momento, no tienen garantía bíblica alguna.

El infierno aparece en las Escrituras como algo que la misma persona escoge; los que estén en el infierno se darán [p 267] cuenta de que se sentenciaron ellos mismo a él, al amar las tinieblas en lugar de la luz, al decidir no tener como Señor a su Creador, prefiriendo la autoindulgencia del pecado a la negación de sí de la justicia, y (si tuvieron algún encuentro con el Evangelio), rechazando a Jesús en lugar de acudir a Él (Juan 3:18–21; Romanos 1:18, 24, 26, 28, 32; 2:8; 2 Tesalonicenses 2:9–11). La revelación general enfrenta a toda la humanidad con esta cuestión, y desde este punto de vista, el infierno aparece como el gesto de respeto de Dios por la decisión que tome el ser humano. Todos reciben lo que ellos han escogido en realidad; o estar con Dios para siempre, adorándolo, o estar sin Dios para siempre, adorándose a sí mismo. Los que estén en el infierno sabrán no sólo que se lo merecen por lo que han hecho, sino también que ellos mismos lo escogieron en su corazón.

El propósito de las enseñanzas bíblicas acerca del infierno es hacernos valorar, abrazar con gratitud y preferir racionalmente la gracia de Cristo que nos salva de él (Mateo 5:29–30; 13:48–50). Realmente, el que Dios hable de manera tan explícita sobre el infierno en las Escrituras es una manifestación de misericordia con la humanidad. Ahora no podremos decir que no se nos advirtió.

[p 268]

EL CIELO

DIOS RECIBIRÁ A LOS SUYOS EN EL GOZO ETERNO

No se turbe vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy vosotros también estéis.

Juan 14:1–3

La palabra cielo, cuyos equivalentes tanto en hebreo como en griego se refieren a la esfera atmosférica que rodea la tierra, es el término bíblico para hablar de la habitación de Dios (Salmo 33:13–14; Mateo 6:9), el lugar donde se halla su trono (Salmo 2:4); el lugar de su presencia, al que ha regresado el Cristo glorificado (Hechos 1:11); donde ahora se unen en adoración la Iglesia militante y la triunfante (Hebreos 12:22–25) y donde un día estarán los que son de Cristo con su Salvador para siempre (Juan 17:5, 24; 1 Tesalonicenses 4:16–17). Lo describe como un lugar de descanso (Juan 14:2), una ciudad (Hebreos 11:10) y una patria (Hebreos 11:16). En algún momento futuro, al regresar Cristo para juzgar, tomará la forma de un cosmos reconstruido (2 Pedro 3:13; Apocalipsis 21:1).

Pensar que el cielo es un lugar es algo más correcto que equivocado, aunque la palabra nos podría engañar. El cielo aparece en las Escrituras como una realidad en el espacio, que toca y penetra todo el espacio creado. En Efesios, Pablo sitúa en el cielo tanto el trono de Cristo a la diestra del Padre (Efesios 1:20) como las bendiciones espirituales y la vida [p 269] resucitada en Cristo de los cristianos (Efesios 1:3; 2:6). La expresión “los lugares celestiales” de Efesios 1:3, 20; 2:6; 3:10 y 6:12 es una variante literaria de la palabra “cielo”. Pablo menciona una experiencia que tuvo en el “tercer cielo” o “paraíso” (2 Corintios 12:2, 4). Sin duda, se debe distinguir el cielo que es trono de Dios, de los ámbitos celestiales ocupados por poderes espirituales hostiles (Efesios 6:12). Nos espera la posesión de un cuerpo resucitado adaptado a la vida del cielo (2 Corintios 5:1–8), y estando en ese cuerpo, veremos al Padre y al Hijo (Mateo 5:8; 1 Juan 3:2). Sin embargo, mientras estamos en nuestro cuerpo actual, las realidades del cielo nos resultan invisibles, e imperceptibles de ordinario, y sólo las conocemos por fe (2 Corintios 4:18; 5:7). Con todo, nunca debemos olvidar lo cercanos que están a nosotros el cielo y sus habitantes: el Padre, el Hijo y el Espíritu, los santos ángeles y los espíritus demoniacos, porque es una cuestión que tiene una sólida realidad espiritual.

Las Escrituras nos enseñan a formarnos nuestro concepto sobre la vida del cielo a base de (a) extrapolarlo de la relación imperfecta que tenemos ahora con Dios Padre, Hijo y Espíritu, con otros cristianos y con las cosas creadas, con la idea de una relación perfecta, libre de toda limitación, frustración y fallo; (b) eliminar de nuestra idea de una vida para Dios toda forma de dolor, mal, conflicto y tensión, tal como los experimentamos aquí en la tierra; y (c) enriquecer lo que nos imaginamos sobre ese futuro feliz, añadiéndole todo lo que conozcamos que sea excelente y que constituya un disfrute dado por Dios. Las visiones sobre la vida celestial que hay en Apocalipsis 7:13–17 y 21:1–22:5 se apoyan en estas tres formas de concebirla.

Según las Escrituras, el gozo constante que les ofrecerá la vida del cielo a los redimidos brotará de (a) la visión de Dios en el rostro de Jesucristo (Apocalipsis 22:4); (b) su experiencia continua del amor de Cristo, mientras Él les ministra (Apocalipsis 7:17); (c) su comunión con los seres [p 270] amados y con todo el cuerpo de los redimidos; (d) el crecimiento, la maduración, el aprendizaje, el enriquecimiento de capacidades y engrandecimiento de poderes continuos que Dios les tiene reservado. Los redimidos anhelan todas estas cosas, y sin ellas, su felicidad no podría estar completa, pero en el cielo no va a haber anhelos que no se vean realizados.

Habrán diferentes grados de bienaventuranza y recompensa en el cielo. Todos serán bendecidos hasta el límite de lo que puedan recibir, pero sus capacidades van a variar, de la misma forma que lo hacen en este mundo. En cuanto a las recompensas (un aspecto en el cual la falta de responsabilidad en el presente nos puede causar pérdidas permanentes en el futuro: 1 Corintios 3:10–15), debemos comprender dos puntos. El primero es que, cuando Dios recompensa nuestras obras, está coronando sus propios dones, porque sólo por gracia nos ha sido posible realizar esas obras. El segundo es que la esencia de la recompensa en cada caso será

mayor de lo que el cristiano más desee; esto es, una profundización de su relación de amor con el Salvador, que es la realidad hacia la cual señalan todas las imágenes bíblicas de coronas honoríficas, mantos y banquetes. La recompensa es paralela a la recompensa del cortejo, que consiste en el enriquecimiento de la propia relación de amor por medio del matrimonio.

Por consiguiente, la vida de la gloria celestial es un compuesto de la visión de Dios en Cristo y a través de Él y de la recepción del amor del Padre y el Hijo, de descanso (Apocalipsis 14:13) y trabajo (Apocalipsis 7:15), de alabanza y adoración (Apocalipsis 7:9–10;19:1–5), y de comunión con el Cordero y con los santos (Apocalipsis 19:6–9).

Tampoco tendrá fin (Apocalipsis 22:5). Su condición de eterna forma parte de su gloria; sempiterna, podríamos decir, es la gloria de la gloria.

[p 271] Los corazones en la tierra, en medio de una experiencia gozosa

dicen: “No quisiera que esto terminara jamás”. Pero, se termina.

Los corazones de quienes están en el cielo dicen:

“Quiero que esto perdure para siempre”

Y así será. No puede haber

mejor noticia

que ésta.

